

HOWARD FAST

UN TOQUE DE INFINITO

CINEMA FICCION

3



Lectulandia

En esta nueva serie de cuentos inéditos, Howard Fast, uno de los más celebrados narradores norteamericanos, da otra muestra de la cualidad mágica que caracteriza su genio literario.

El interés primordial de Fast es el hombre y su futuro. En estos relatos se evidencia un profundo sentido de misterio y esperanza, del valor sobrepuesto a la desesperación y del triunfo de la vida sobre la muerte.

Si la humanidad debe ser destruida, nunca será como consecuencia de una explosión de violencia humana, sino por obra de la naturaleza. Si el hombre ha de sobrevivir, es gracias a algo no más dramático ni menos exquisito que el vuelo de un pájaro.

Lectulandia

Howard Fast

Un toque de infinito

ePub r1.0
rafcastro 24.10.16

Título original: *A touch of infinity*
Howard Fast, 1972
Traducción: Rolando Costa Picazo
Diseño/Retoque de cubierta: Gracias

Editor digital: rafcastro
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Bill Segal
que abrió la puerta*

EL ARO

En una de sus encantadoras y candorosas expresiones, que llegarían a ser conocidas por todo su público televisivo, el doctor Hepplemeyer atribuyó su éxito en la ciencia no a su talento sino a su nombre. ¿Se imaginan lo que significa llamarse Julius Hepplemeyer para toda una vida? Cuando uno es Julius Hepplemeyer, se ve obligado a trascender el nombre, o se conforma con perecer.

Había recibido el Premio Nobel en dos oportunidades, antes de perfeccionar el aro, lo que era prueba de que verdaderamente había trascendido su nombre. Al agradecer la distinción, hizo gala de lo que la prensa dio en llamar «las joyas de Hepplemeyer», es decir, dichos o sentencias como éstas: «La sabiduría obliga al hombre a actuar tontamente», «La educación impone una búsqueda de la ignorancia». «La solución siempre hace necesario el problema». Esta última sentencia se aplicaba perfectamente al aro. El doctor Hepplemeyer nunca había tenido la intención de curvar el espacio, algo que le parecía presuntuoso.

—Sólo Dios puede curvar el espacio —repetía con insistencia—. El hombre simplemente busca, y a veces encuentra.

—¿Cree en Dios? —le preguntó con ansiedad un periodista.

—En un Dios irónico, sí. La prueba de su existencia está en la risa. Una sonrisa es la única expresión de eternidad.

Hablaba de esa manera sin ningún esfuerzo especial, y las personas muy observadoras se daban cuenta de que pensaba de esa manera. Su mujer era una persona muy observadora. Una mañana, durante el desayuno, mientras él se disponía a comer un huevo pasado por agua, le explicó que todo vuelve a sí mismo.

Eso le causó una gran impresión a su mujer, aunque sin saber por qué.

—¿Incluso Dios? —le preguntó.

—Especialmente Dios —contestó él, y durante los dos años siguientes trabajó en el aro. El decano de Ciencias de la Universidad de Columbia le facilitó las cosas, permitiéndole que diera sólo una clase por semana. Se lo ayudó de todas las maneras imaginables. Después de todo, estaban en la Era de Hepplemeyer. Ya Einstein había muerto, y Hepplemeyer se veía obligado a recordar a sus admiradores que si bien la Ley del Retorno de Hepplemeyer había abierto nuevos caminos a la física, de cualquier manera descansaba sólidamente sobre la base de la obra de Einstein. Pero

su modestia caía en oídos sordos. El suplemento semanal del «New York Times», que antes sacaba seis artículos por año sobre algún aspecto de la obra de Einstein, ahora había reducido los artículos a tres, mientras dedicaba siete a Hepplemeyer. Isaac Asimov, continuamente dedicado a esclarecer los misterios de la ciencia, dedicó seis mil palabras a una explicación popular de la Ley del Retorno, y aunque hubieron pocos que la entendieron, sirvió de tema de conversación de sobremesa a miles de lectores intrigados. No hubo muchos egos averiados, ya que el mismo Asimov calculaba que sólo unas doce personas en el mundo entendían realmente las ecuaciones de Hepplemeyer.

Mientras tanto Hepplemeyer estaba tan absorbido en su trabajo que hasta había dejado de leer lo que escribían acerca de su obra. Se quedaba trabajando en el laboratorio toda la noche, ayudado por sus jóvenes colaboradores, llenos de entusiasmo, que más que asistentes pagos eran discípulos suyos, hasta que logró dar forma a su matemática, transformándola en un aro de reluciente aluminio, construido con un caño de seis pulgadas de diámetro. El aro era un círculo de doce pulgadas de diámetro. Dentro del caño de seis pulgadas había una espiral de enmarañados y finísimos alambres. Según explicaba a sus alumnos, en realidad estaba construyendo una red en la que tal vez lograría atrapar un tirabuzón de las interminables circunvoluciones del espacio.

Como es natural, en seguida se retractó de sus imágenes.

—Somos tan limitados —explicó—. El universo está lleno de innumerables maravillas para las que carecemos de nombres, para las cuales no tenemos palabras, ni siquiera conceptos. ¿El aro? Eso es diferente. El aro es un objeto, como pueden ver.

Llegó un hermoso día de sol en el mes de abril, en que el aro estuvo por fin terminado, y profesor y alumnos lo llevaron triunfalmente a mostrar a la universidad. Fueron necesarios ocho jóvenes robustos para transportar la estructura de hierro en la que descansaría el aro. Estaban presentes la prensa, la televisión, unos cuatro mil estudiantes, cuatrocientos Policías, y muchos representantes de la vida, normal y anormal, de Nueva York. El centro de la Universidad de Columbia estaba tan lleno de gente que los policías tuvieron que despejar una parte para dar paso al aro. Hepplemeyer les rogaba que apartaran a la multitud, porque podría ser peligroso. Odiaba por igual la violencia y la imbecilidad, y por eso pidió por favor a los estudiantes que evitaran los líos que son casi inevitables cuando hay demasiados estudiantes y policías juntos.

Uno de los policías le prestó una bocina, y el profesor, declaró:

—Esto es sólo una prueba. Es casi imposible que resulte. He calculado que en cualquier área de equis metros cuadrados, posiblemente sólo unos centímetros cuadrados sean receptores. Así que, como ven, las probabilidades que tenemos no son muchas. Deben dejarnos lugar libre. Deben permitir que nos desplazemos.

Los estudiantes se sentían bien bajo la influencia de la marihuana y de otras

sustancias tranquilizantes, en ese luminoso día de primavera. Además adoraban a Hepplemeyer, a quien consideraban como a una especie de Bob Dylan del mundo de la ciencia. Por eso prestaron su colaboración, hasta que finalmente el profesor encontró un lugar que le venía bien, e instalaron el aro.

Hepplemeyer lo observó pensativamente durante un momento y luego empezó a buscar algo en sus bolsillos. Encontró una goma de borrar grande, de color gris, y la tiró al aro. Lo atravesó y cayó al suelo, del otro lado.

El cuerpo de estudiantes (como el de la prensa) no tenía idea de lo que debía sucederle a la goma, pero la expresión abatida de Hepplemeyer decía bien a las claras que fuera lo que fuese, no había ocurrido lo que debía ocurrir. Los estudiantes aplaudieron en señal de apoyo comprensivo y Hepplemeyer, reconfortado, anunció por la bocina:

—Probamos de nuevo, ¿no?

Los dieciséis jóvenes robustos levantaron la estructura y el aro y los llevaron a otra parte del patio. La multitud los siguió respetuosamente, con el mismo aprecio con que el público sigue a los jugadores en un campeonato de golf. Las cámaras de televisión también los siguieron. El profesor volvió a repetir el experimento. Esta vez tiro una pipa vieja por el aro. Igual que la goma, la pipa atravesó el aro y cayó del otro lado.

—Volveremos a intentarlo —dijo a la multitud—. A lo mejor nunca lo logramos. A lo mejor no servirá de nada. Antiguamente la ciencia era algo mecánico y predecible. Hoy, dos y dos pueden ser el infinito. De cualquier manera, era una buena pipa y me alegro de recobrarla.

Entonces se hizo evidente para los presentes que lo que se arrojaba a través del aro no debía pasar al otro lado, y si no fuera Hepplemeyer quien hacía el experimento, sino alguna otra persona, la multitud de estudiantes, camarógrafos, reporteros y policías se habrían retirado disgustados. Pero era Hepplemeyer, y en lugar de dispersarse enojados, su fascinación por el experimento fue en aumento.

Se eligió un nuevo lugar, y se volvió a instalar el aro. Esta vez el doctor Hepplemeyer seleccionó una lapicera fuente de su bolsillo, obsequio de la Academia, con la inscripción *Nil desperandum*. Quizá con plena conciencia de inscripción arrojó la lapicera a través del aro, y esta vez el objeto desapareció antes de completar su trayectoria. Simplemente, desapareció.

Hubo un gran silencio durante un momento muy largo, y luego uno de los jóvenes asistentes de Hepplemeyer, llamado Peabody, tomó el destornillador que había usado para levantar la estructura, y lo arrojó a través del aro. Desapareció. El joven Brumberg hizo lo mismo con el martillo. Desapareció. Todo desapareció: la llave inglesa, las pinzas, las tenazas.

La demostración fue suficiente. Un aplauso estruendoso y triunfal atravesó la universidad, llegando hasta la ciudad. Entonces todos se contagiaron. Empezó una estudiante que arrojó su volumen de poemas de E.E.Cummings a través del aro.

Desapareció. Siguió una cantidad suficiente de libros como para formar una pequeña biblioteca. Todos desaparecieron. Luego una lluvia de zapatos, cinturones, pulóveres, camisas. La gente tiraba lo que tenía a su alcance, y todo desaparecía.

El profesor Hepplemeyer trató, en vano, de impedir la lluvia de objetos que arrojaban. Su voz no se alzaba por sobre la algarabía de los enloquecidos estudiantes que habían presenciado cómo se desmoronaba la realidad básica como coronación de todas las verdades y virtudes de cuyo desmoronamiento habían sido testigos otras generaciones. El profesor Hepplemeyer trató de advertirles del peligro, pero también en vano.

Entonces se destacó de la multitud Ernest Silverman, campeón de salto en alto y estudiante distinguido, ciudadano de Filadelfia, para formar parte de la historia.

Con toda la exuberancia y despreocupación de la juventud, se arrojó por el aro, y desapareció. Y de inmediato la risa y los gritos se convirtieron en un silencio frío y espantoso. Igual que los niños que habían seguido al flautista, Ernest Silverman se había esfumado, y con él las esperanzas y las fantasías. Empezó a soplar un viento helado.

Algunos arriesgados quisieron seguir el ejemplo, pero Hepplemeyer se interpuso en su camino y por la bocina les rogó que se dieran cuenta del riesgo que corrían. Con respecto a Silverman, Hepplemeyer no pudo más que repetir lo que declaró a la policía una vez que hubieron guardado el aro bajo una guardia permanente las veinticuatro horas del día.

—Pero ¿dónde está? —Era la pregunta.

—No sé —era la respuesta.

La pregunta y la respuesta eran las mismas en el destacamento local y en la Central de la Policía, sólo que dada la posición de Hepplemeyer el Comisionado lo llevó a su despacho privado (ya era la medianoche) y le preguntó, implorándole:

—¿Qué hay del otro lado de ese aro, profesor?

—No lo sé.

—Eso dice usted todo el tiempo. Pero usted hizo ese aro.

—Nosotros construimos las dínamos. ¿Sabemos cómo funcionan? Hicimos la electricidad. ¿Sabemos lo que es?

—¿Lo sabemos?

—No, no lo sabemos.

—Eso no importa. Los padres de Silverman han llegado de Filadelfia, y han traído a un abogado y como quince reporteros, y todos quieren saber adónde está el chico, y amenazan con no sé cuántos juicios y demandas.

Hepplemeyer suspiró.

—Yo también quiero saber dónde está —dijo.

—¿Qué podemos hacer? —imploró el Comisionado.

—No lo sé. ¿No cree que debería arrestarme?

—¿De qué lo acuso? ¿De negligencia, asesinato, secuestro? Nada se ajusta a lo

ocurrido.

—Yo no soy policía —dijo Hepplemeyer—. Y si me arrestara, estorbaría mi trabajo.

—¿Está vivo el muchacho?

—No lo sé.

—¿Puede contestar una sola pregunta? —dijo el Comisionado con cierta exasperación—. ¿Qué hay del otro lado del aro?

—En cierto sentido, la universidad. En otro sentido, alguna otra cosa.

—¿Cómo?

—Otra parte del espacio. Una secuencia distinta de tiempo. La eternidad. O Brooklyn. No sé.

—Brooklyn no. Ni ninguna otra parte de Nueva York, o el chico ya habría vuelto. Es muy raro que usted haya inventado esa cosa y ahora no sepa nada de ella.

—Sé lo que se supone que debe hacer —dijo Hepplemeyer disculpándose—. Curvar el espacio.

—¿Lo hizo?

—Probablemente.

—Tengo cuatro policías que están dispuestos a atravesar el aro. Voluntarios. ¿Usted estaría de acuerdo?

—No.

—¿Por qué no?

—El espacio es algo muy especial, a lo mejor ni siquiera existe —contestó el profesor con la dificultad del hombre de ciencia cuando intenta explicar una abstracción a un lego—. El espacio es algo que no podemos comprender.

—Hemos llegado a la luna.

—Precisamente. Es un lugar incómodo. Suponga que el muchacho esté en la luna.

—¿Está en la luna?

—No sé. Podría estar en Marte. No me gustaría arriesgar a cuatro policías.

Entonces, con el ingenio o la ingenuidad propia de las personas que aman a los animales, arrojaron a un perro por el aro. Desapareció.

Durante las semanas siguientes pusieron de guardia a un policía mientras el profesor pasaba el día entero en los tribunales y la tarde con sus abogados. Tuvo tiempo, sin embargo, para conferenciar con el intendente tres veces.

La ciudad de Nueva York tenía una bendición: su intendente era un hombre de ingenio e imaginación. El profesor Hepplemeyer soñaba con el espacio y el infinito, mientras que el intendente soñaba con ecología, los desperdicios y las finanzas. Por eso no es de extrañarse que al Intendente se le ocurriera una idea para cambiar el curso de la historia.

—Déjenos intentarlo con un solo tacho de desperdicios —le rogó el Intendente al profesor Hepplemeyer—. Si resulta, podría ganar un tercer Premio Nobel.

—No quiero otro Premio Nobel. No merecí los otros dos. Ya tengo bastante culpa

por eso.

—Puedo convencer a la junta de Presupuesto a que paguen las costas del caso Silverman.

—Pobre muchacho. ¿Va a cargar la junta con mi culpa?

—Lo va a hacer millonario.

—Eso es lo que menos me gustaría ser.

—Es su obligación para con la humanidad —insistió el Intendente.

—La universidad no lo va a permitir.

—Deje la universidad por mi cuenta —dijo el Intendente.

—Es inmoral —dijo Hepplemeyer con desesperación. Y luego se dio por vencido. Al día siguiente un camión recolector de basura, repleto, dio marcha atrás hasta el lugar en que estaba emplazado el aro.

En Nueva York cualquier cosa en seguida se convierte en un *happening*. Por otra parte, no hay nada más poderoso que una idea cuando le ha llegado el momento. Por estas dos razones, la brillante idea del Intendente circuló por la ciudad como pólvora. Allí estaban presentes las cámaras de los canales de televisión, la prensa local y nacional, de diez a quince mil estudiantes, curiosos de la zona, y también la prensa internacional, que sólo aparece para acontecimientos de resonancia mundial. Éste era uno de esos acontecimientos, ya que el talento para hacer basura es genérico a la humanidad y probablemente su principal función, como una vez tuviera la poca delicadeza de afirmar George Bernard Shaw. Por cierto, el cómo librarse de la basura era un problema que compartía toda la humanidad.

Chirriaron las cámaras y cincuenta millones de personas observaron sin pestañear por unos instantes las pantallas de sus televisores mientras el gran camión de Sanidad se acercaba a destino. Anotamos, por su interés histórico, que el conductor era Ralph Vecchio y Tony Andamano su asistente. Andamano, podríamos decir, parado en el arco iris de la historia, daba indicaciones a Vecchio con tranquilidad y eficiencia:

—Un poco más, Ralphy, un poquito más. Despacio. Dale un poco más. Despacito, despacito. Muy bien. Ya está.

El profesor Hepplemeyer estaba parado junto al Intendente, musitando en voz muy baja a medida que el mecanismo del vaciado de desperdicios empezaba a funcionar. Entonces los desperdicios comenzaron a fluir a través del aro. No se oyó ningún sonido proveniente de la multitud por unos momentos, pero cuando la basura desapareció, en dirección al infinito o a Marte o a alguna otra galaxia, se oyó un grito triunfal de tal magnitud que parecía adecuado a la salvación de la raza humana.

Ese día nacieron los héroes. El intendente se convirtió en héroe. Tony Andamano se convirtió en héroe. Ralph Vecchio fue un héroe. Pero sobre todo el profesor Hepplemeyer, cuya fama igualaba su tristeza. Por ley especial del Congreso se creó la Medalla Nacional de Ecología, que fue otorgada al profesor Hepplemeyer. Lo hicieron coronel de Kentucky y ciudadano honorario del Japón y de Gran Bretaña. Japón le ofreció inmediatamente diez millones de dólares por un solo aro, y contratos

de un billón de dólares por cien aros. Le fueron otorgados títulos honorarios de dieciséis universidades, y la ciudad de Chicago mejoró la oferta del Japón a doce millones por un solo aro. La competencia entre las ciudades de Estados Unidos se convirtió en carrera frenética, ocupando el primer lugar Detroit con una oferta de cien millones de dólares por el primer (más bien segundo) aro que construyera Hepplemeyer. Alemania no requirió un aro, sino el principio que lo regía, y manifestaron que estaban dispuestos a pagar medio billón de marcos, recordando gentilmente al profesor, al mismo tiempo, que por lo general se prefería el marco al dólar.

Mientras tomaban el desayuno, la esposa de Hepplemeyer le recordó que aún no habían pagado la cuenta del dentista, a quien le debían mil doscientos dólares por el trabajo de ortodoncia.

—Sólo tenemos setecientos veintidós dólares en el banco —dijo el profesor con un suspiro—. Quizá sea conveniente que pidamos un préstamo.

—No, no. Eso no. Estás bromeando —dijo su mujer.

El profesor la miró, sorprendido.

—La oferta de los alemanes —dijo ella—. Ni siquiera tienes que construir el maldito aparato. Todo lo que necesitan es el principio.

—En muchas oportunidades me he preguntado si después de todo no es la ignorancia sino la devoción al principio de la dualidad la responsable por todos los males de la humanidad.

—¿Qué?

—La dualidad.

—¿Te gustan los huevos? Los compré en el Supermercado Pioneer. Son siete centavos más baratos, y de los más grandes.

—Son muy buenos —dijo el profesor.

—¿Qué demonios quiere decir dualidad?

—Todo. La manera en que pensamos. El bien y el mal. Blanco y negro. Mi camisa, la tuya. Mi país, el tuyo. Es la manera en que pensamos. Nunca pensamos en una cosa, en un todo, una unidad. El universo está fuera de nosotros. Nunca se nos ocurre pensar que nosotros estamos dentro de él.

—Realmente no puedo seguirte, —respondió su mujer con paciencia—, pero ¿quieres decir acaso que no vas a construir más aros?

—No estoy seguro.

—Eso quiere decir que estás seguro.

—No, sólo quiere decir que no estoy seguro. Tengo que pensarlo.

Su esposa se levantó de la mesa, y el profesor le preguntó adónde iba.

—No estoy segura. Voy a tener un horrible dolor de cabeza o a saltar por la ventana. Tengo que pensar sobre eso también.

La única persona que estaba absolutamente segura acerca de sí misma era el intendente de la ciudad de Nueva York. Durante ocho años había tenido que ocuparse

de problemas que no tenían solución, y no había ninguna organización en la ciudad, ya fuera entre los sindicatos, las sociedades vecinales, de consumo, o tropas de Boy Scouts, que no lo hubieran elegido como chivo expiatorio. Por fin parecía que se le mejoraban las cosas, y se sentía tan agradecido al aro que hubiera dado armas a sus ciudadanos y levantado barricadas si alguien amenazaba tocarlo o interferir con él. Había un cordón policial permanente alrededor del aparato, y continuamente una procesión interminable de camiones de basura atravesaba la universidad de Columbia para vaciar los desperdicios a través del aro.

En las oficinas de Urbanización y Planeamiento los técnicos no dormían, tratando de idear un sistema para que todas las cloacas desembocaran en el aro. Era un momento decisivo, y no importaban los ruegos de los intendentes de las ciudades vecinas, que querían que sus ciudades fueran incluidas en el proyecto. El intendente se mantenía firme. No había ninguna hora de las veinticuatro del día, ni siquiera un minuto de los sesenta que hacen una hora, sin que un camión no estuviera vaciando su carga de desperdicios en el aro. Tony Andamano, que había sido ascendido a inspector, no se movía del aro, acompañado de un grupo de ayudantes cuya tarea específica era controlar que la basura fuera descargada al infinito en forma correcta.

Naturalmente, la presión local, luego nacional y por fin mundial, siguió creciendo. Se insistía en que se desarmara el aro y se lo reprodujera fielmente. Los japoneses, que siempre habían sido expertos en reproducir y mejorar cualquier cosa que se inventara en Occidente, fueron los primeros en presentar la moción en las Naciones Unidas. Luego los siguieron medio centenar de países. Pero el intendente había tenido una larga charla con Hepplemeyer. Fue más o menos así, si es que se puede confiar en las memorias de Hepplemeyer:

—Quiero una respuesta directa y honesta, profesor. Si lo desarman, ¿podrán reproducirlo?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no conocen la matemática. No es una transmisión de automóvil, en absoluto.

Naturalmente. —¿Existe una posibilidad de que lo puedan reproducir?

—¿Quién sabe?

—Supongo que usted lo sabrá —dijo el intendente—. ¿Puede reproducirlo usted?

—Yo lo hice.

—¿Hará otro?

—Quizá. He estado pensando en ello.

—Ya ha pasado un mes.

—Yo no pienso muy rápido —dijo el profesor.

Entonces el intendente hizo una declaración histórica: «Cualquier intento por interferir con el funcionamiento del aro será considerado como una transgresión de los derechos constitucionales de propiedad de la ciudad de Nueva York, y será

resistido con todos los medios, legales o no, de que disponga la ciudad».

Los comentaristas se embarcaron de inmediato en una discusión de lo que quería significar el intendente con «Medios no legales», mientras el gobernador, que nunca había sido amigo del intendente, le hacía juicio ante la justicia federal defendiendo el derecho de todos los municipios del estado de Nueva York. La NASA, por otra parte, burlándose de la sugerencia de que existían secretos científicos sin solución, dedicó todos sus cerebros electrónicos a la empresa de resolver este problema. Los rusos hicieron la predicción de que ellos tendrían su propio aro en sesenta días. Sólo los chinos parecían divertirse, ya que ellos transformaban casi todos los desperdicios en una especie de estiércol orgánico, y eran demasiado pobres y económicos como para que les preocupara el problema. Pero los chinos estaban demasiado lejos como para que su diversión suavizara los ánimos de los norteamericanos, y la ira empezó a crecer día a día. De héroe excéntrico, el profesor Hepplemeyer empezaba a convertirse en enemigo público número uno de la ciencia. Ahora se lo acusaba públicamente de comunista, loco, egomaniaco y, para colmo, asesino.

—Me siento muy incómodo —le confesó el profesor a su mujer. Ahora que evitaba aparecer en la televisión y se negaba a dar conferencias de prensa, ventilaba sus ansiedades y se confesaba ante la mesa del desayuno.

—Hace treinta años que sé lo testarudo que eres. Ahora, por lo menos, lo sabe el mundo entero.

—No es que sea testarudo. Es un asunto de dualidad, como te dije.

—Todos los demás dicen que es un asunto de basura. Todavía no has pagado la cuenta del dentista. Hace cuatro meses que está vencida. El doctor Steinman nos ha demandado.

—Vamos, tranquilízate. Los dentistas no presentan demandas.

—Dice que en potencia eres el hombre más rico de la tierra, y eso justifica su demanda.

El profesor estaba haciendo garabatos en la servilleta.

—Notable —dijo—. ¿Sabes qué cantidad de basura han echado por el aro?

—¿Sabes que podrían pagarte por cada kilo que tiran? Hoy llamó un abogado que quiere representar...

—Más de un millón de toneladas —interrumpió él—. ¿Qué te parece? ¡Más de un millón! Somos criaturas maravillosas. Durante siglos los teólogos buscaron una explicación teológica para la humanidad, y nunca se le ocurrió a nadie que somos fabricantes de basura, y nada más que eso.

—Dijo que podrían darte cinco centavos por tonelada.

—Más de un millón de toneladas —dijo, pensativamente—. Quién sabe dónde estarán.

Exactamente tres semanas más tarde, a las cinco y veinte de la mañana, apareció la primera grieta en el asfalto de Wall Street. Era una fisura bastante común, de las que aparecen en muchas calles de una ciudad, y no había nada extraño, como para

alarmar a nadie, sólo que no era una grieta estática. Entre las cinco y veinte y las ocho y veinte duplicó su extensión, y alcanzó una pulgada de ancho. El olor que salía llamó la atención de las multitudes que iban a sus empleos, y se corrió la voz de que había una pérdida de gas.

A las diez los camiones de la compañía de gas estaban en el lugar examinando las válvulas, principales, y para las once la policía había hecho un cordón de vigilancia. La grieta, que se extendía en toda la extensión de la calle, tenía ya ocho pulgadas de ancho. La gente hablaba de un terremoto, pero cuando se hizo averiguaciones en la universidad de Ford, la información fue que no se registraba nada fuera de lo común en el sismógrafo, excepto, tal vez, unos temblores muy débiles. De cualquier manera, nada que pareciera un terremoto.

Cuando las calles se llenaron de gente a la hora del almuerzo, el olor rancio y desagradable hizo que una media docena de personas de estómago delicado se descompusieran. Para la una, la grieta era de más de un pie de ancho. Además, se habían roto varias cañerías de agua, y la compañía de electricidad se vio obligada a cortar las líneas de alto voltaje. A las dos y diez minutos aparecieron los primeros desperdicios.

Los desperdicios surgían de la grieta, que después de una hora ya tenía tres pies de ancho, con lo que los edificios empezaron a moverse, aparecieron grietas y cayeron algunos ladrillos. Entonces la basura comenzó a amontonarse en Wall Street como si fuera lava proveniente de un volcán en erupción. Cerraron las oficinas, y huyeron los empleados, los banqueros, los corredores de bolsa y los secretarios, todos vadeando en medio de un mar de basura. A pesar de los esfuerzos de la policía y de los bomberos, a pesar de los heroicos salvamentos de los o quipos de helicópteros de la policía, ocho personas perecieron entre la basura o quedaron atrapadas en algún edificio. Para las cinco de la tarde la basura en Wall Street tenía diez pisos de alto y por un extremo caía en Broadway y por el otro a East River Drive. Entonces, como un volcán primigenio, estallaron las represas, y por espacio de una hora llovió basura sobre la isla de Manhattan igual que en el pasado habían llovido cenizas sobre Pompeya.

Y luego todo terminó, de repente, con extraña rapidez, con tanta rapidez que el intendente no abandonó su despacho, sino que se quedó sentado observando por la ventana la alfombra de basura que rodeaba el palacio de la Municipalidad.

Tomó el teléfono. Funcionaba todavía. Discó, utilizando su línea particular, y los impulsos eléctricos atravesaron la montaña de desperdicios, y sonó el teléfono en el estudio del profesor Hepplemeyer.

—Hepplemeyer —dijo el profesor.

—Habla el intendente.

—Oh, sí. Ya estoy enterado. Lo siento muchísimo. ¿Terminó ya?

—Parece haber parado —dijo el intendente.

—¿Y Ernest Silverman?

—Ni rastros de él —dijo el intendente.

—Bueno, muy atento en llamarme. —Aquí está toda la basura.

—¿Alrededor de dos millones de toneladas? —preguntó el profesor con dulzura.

—Kilo más o menos. ¿Le parece que puede traer el aro...?

El profesor colgó el receptor y fue a la cocina, donde, su mujer estaba preparando la comida. Le preguntó quién había llamado.

—El intendente.

—¿Qué quiere?

—Quiere que trasladen el aro.

—Es muy atento en consultarte. —Si, por cierto— dijo el profesor. —Pero tengo que pensarlo.

—Es natural que lo hagas —dijo ella con resignación.

EL PRECIO

El mismo Frank Blunt relató la historia de cómo, cuando tenía siete años, había sobornado a un muchacho mayor, más grande que él, que había amenazado con darle una paliza. El otro muchacho, cuando lo entrevistaron muchos años después, tuvo mucha dificultad en recordar el incidente, pero luego dijo que si podía confiar en su memoria, el asunto fue porque Frank Blunt le había pegado a su hermanita de cinco años, quitándole un caramelo. Lucy, una prima segunda de Frank Blunt, agregó con acritud que el dólar utilizado para sobornar al muchacho más grande había provenido de la cartera de la madre de Frank. Otros tres hombres informaron que Frank había protegido la inversión vendiendo su protección a los chicos más pequeños por veinticinco centavos. Pero sea como fuere, aquello había sucedido hacía mucho tiempo. Lo importante era que ilustraba las dos cualidades que habían contribuido de manera decisiva al éxito subsiguiente de Frank Blunt: su habilidad para apropiarse de lo ajeno y de hacer un negocio si el precio era razonable.

La historia respecto a que él se recibió en el colegio secundario comprando las respuestas del examen final es apócrifa, probablemente fabricada por algún envidioso. Nunca nadie pudo decir que Frank Blunt fuera estúpido. La historia tiene vestigios de otra, verdadera: se libró de ser expulsado de la universidad sobornando al decano por dos mil dólares, suma nada despreciable en esos días. Como sucede con muchos de los rumores que circulan alrededor de Frank Blunt, es difícil encontrar pruebas. El rumor más desagradable que circulaba era que Frank había prosperado mucho participando de las ganancias de una media docena de infelices mujeres, a quienes magistralmente había iniciado en la profesión más antigua. Otro rumor era que había ideado un mecanismo para obtener, con anticipación, los resultados de los exámenes, vendiéndolos con abundantes beneficios. Esto fue imposible de probar también. Todo lo que se sabía con seguridad era el soborno del decano. También se sabe que cuando por fin dejó la universidad en tercer año (por voluntad propia), tenía acumulada una fortuna de cincuenta mil dólares. Eso fue en el año 1916. Un año después sobornó a alguien para librarse de ser llamado a las filas durante la Primera Guerra Mundial. Las circunstancias exactas no se conocen.

Dos años más tarde compró los servicios permanentes de Hiram Gillard, senador del estado, por una cifra desconocida, y gracias a eso ganó cuatro concesiones de

obras públicas con beneficios que le significaron medio millón de dólares, una cifra fabulosa en 1919. En 1920, cuando Frank Blunt tenía veinticuatro años, compró a cuatro concejales de la Municipalidad para conseguir la concesión para construir la red de alcantarillado, obra que consumió catorce millones de dólares, de los cuales él ganó un millón limpio.

Para 1930 se decía que su fortuna ascendía a los diez millones de dólares. Era la época de la fiebre de investigación de negociados y se vio envuelto en varios escándalos, acusado de soborno en cuatro oportunidades diferentes, y de fraude en siete. A Frank Blunt nunca le interesó lo pequeño. Por lo menos cinco millones se le fueron en la compra de dos jueces federales, tres fiscales, cinco ayudantes de fiscal, dos senadores nacionales y un jurado (pensaba que para arreglar a un jurado, sólo basta comprar a un buen hombre).

Uno de los senadores llegó a ser socio de él en los negocios, y Frank Blunt salió del escándalo con las manos limpias y tres excelentes compañías de servicios, de las cuales obtuvo suficientes ventajas como para compensar el dinero invertido en protegerse.

A menudo decía, más tarde, que los contactos que había hecho entonces en el gobierno valían más que los gastos en que había incurrido para limpiar su nombre, como solía decir eufemísticamente. Lo que era verdad, porque logró sacar tajada de la nueva explotación del petróleo en el mar, operando con la osadía y el vigor que lo habían convertido en una especie de leyenda dentro del mundo de las finanzas. Esta vez compró al gobernador de un estado, y es en esta oportunidad, según se dice, que hizo la famosa observación:

«Se puede comprar hasta al mismísimo diablo si el precio es adecuado».

Frank Blunt nunca discutía el precio. «Uno arroja el pan al agua», solía decir, y cuando quería algo, nunca permitía que el precio fuera un impedimento. Había descubierto que pagara lo que pagase por algo que deseaba, el soberbio instinto que poseía para las inversiones hacía que recuperara lo que había invertido, y además sacara provecho.

Los políticos no eran la única mercancía que adquiriría Frank Blunt. Era un hombre alto, fuerte y apuesto, de autoritarios ojos azules, y nunca tenía dificultades con las mujeres. Si bien siempre estaban listas para acudir a su llamado sin esperar que se les pagase, él prefería comprar lo que usaba. Estas compras eran temporarias. Recién compró algo permanente a los cuarenta y un años, cuando su fortuna ascendía a más de cincuenta millones de dólares. Era la Miss Estados Unidos del momento, y él no sólo le compró una gran mansión en una colina en Dallas, estado de Texas, sino que también la hizo estrella de cine, protagonista de cuatro películas. Para conseguirlo compró a seis de los críticos cinematográficos más importantes del país, ya que nunca hacía nada sin proteger sus inversiones.

Todo esto pertenece a otra era, pues para la época en que Frank Blunt tenía cincuenta y seis años, en 1952, tenía más dinero del que pudiera computarse. Se había

fabricado una nueva imagen de sí con la ayuda de la firma que contrataba a los hombres más brillantes en las relaciones públicas del país. Había comprado su designación como embajador a uno de los países principales de la Europa Occidental. Su copa estaba colmada, y rebosaba, por así decirlo. Entonces tuvo el primer ataque al corazón.

Cuatro años después, a los sesenta, tuvo el segundo ataque. Yacía en su cama, el primer día que lo sacaron de la carpa de oxígeno, y mirando fijamente con sus fríos ojos azules al especialista en corazón que había traído de Suiza (flanqueado continuamente por varios colegas norteamericanos), y le preguntó:

—Bueno, doctor, ¿cuál es el veredicto?

—Se va a recuperar, señor Blunt. Ya está en vías de hacerlo.

—¿Qué diablos quiere decir eso?

—Quiere decir que dentro de unas pocas semanas se levantará.

—¿Por qué no va al grano? ¿Cuánto me queda de vida después de este ataque?

El médico suizo carraspeó y tosió hasta que Blunt lo echó de la habitación. Luego enfrentó a los médicos norteamericanos y les especificó que cada uno de los cuatro había cobrado más de veinte mil dólares de honorarios...

—Y ninguno de ustedes va a volver a ver un centavo mío si no me entero de la verdad. ¿Cuánto tiempo me queda?

El consenso de opinión fue un año, mes más o mes menos.

—¿Habrá una operación?

—No, señor. En su caso una operación es contraindicada.

—¿Tratamiento?

—Ninguno en especial.

—Entonces, ¿no hay esperanzas?

—Sólo un milagro, señor Blunt.

Frank Blunt entrecerró los ojos y se quedó pensando por algunos minutos, mirando fijamente a los cuatro médicos, que se sentían muy incómodos. Luego les dijo:

—¡Fuera! ¡Váyanse todos!

Cinco semanas después, desdeñando la ayuda de su mujer y de su mayordomo, Frank Blunt salió de su casa y se metió en el automóvil especialmente construido para él por la General Motors, que le había costado veintidós mil dólares (era un hombre muy patriótico que se negaba a que hubiera un auto de fabricación extranjera en su garaje), le dijo a su chofer que no dijera una sola palabra, porque iban a salir.

Blunt nunca iba a la iglesia, excepto a una boda o a algún funeral, aunque la imagen que él se había fabricado de sí mismo, lo presentaba como un hombre muy religioso, cuya religión tenía un carácter personal y ferviente, y el amplio espectro de su beneficencia incluía a varias organizaciones religiosas. Había sido bautizado en la iglesia bautista, y ahora se dirigió al templo bautista más próximo, y golpeó a la puerta de la casa del ministro. El Reverendo Harris, un anciano canoso y afable,

acudió a la puerta, y quedó sorprendido y halagado por la visita inesperada de un hombre tan rico y famoso.

—Oí que estaba enfermo —dijo, sin saber qué decir.

—Estoy mejor. ¿Puedo pasar?

—Por favor, pase. Pase y siéntese. Le diré a mi esposa que le haga un poco de té.

—Prefiero tomar un poco de *whisky* solo.

El pastor Harris le explicó con tristeza que en su casa no había *whisky*, aunque había una botella de jerez que le habían obsequiado sus feligreses. —Prefiero el té— dijo Frank Blunt. El pastor lo hizo pasar a su estudio, y luego la señora Harris, muy nerviosa y excitada, les sirvió té con masitas. Blunt, sentado sin decir nada en el pobre estudio, se puso a mirar los estantes llenos de libros viejos. Cuando se retiró la señora Harris, dijo de repente, con rudeza:

—Es acerca de Dios.

—¿Sí, señor Blunt?

—Quiero que me entienda. Soy un hombre de negocios. Quiero hechos, no fantasías. ¿Cree en Dios?

—Ésa es una pregunta muy rara para hacérmela a mí.

—Sí o no, señor. No me gusta perder el tiempo.

—Sí —respondió débilmente el pastor.

—¿Sin reservas?

—Sí.

—¿Sin dudas?

—No, señor Blunt. Yo no tengo dudas.

—¿Lo ha visto alguna vez?

—¿Visto a quién? —preguntó el pastor, desconcertado.

—A Dios.

—Una pregunta muy extraña, señor.

—Todas mis preguntas son extrañas. El hecho que ahora esté aquí es extraño, qué diablos. Si no puede contestar esa pregunta, dígalo.

—Permítame que yo le pregunte algo —dijo el pastor Harris, cuyo respeto era superior a la indignación que sentía en ese momento—, ¿cree usted en Dios?

—No tengo otro remedio. Le repetiré mi pregunta. ¿Lo ha visto alguna vez?

—¿Como lo estoy viendo a usted?

—Naturalmente. ¿De qué otra manera, si no?

—En mi corazón, señor Blunt —dijo Harris lentamente, lleno de curiosa dignidad—. Sólo en mi corazón, señor.

—¿En su corazón?

—En mi corazón, señor.

—Entonces, maldito sea, no lo ha visto. Usted cree que existe algo, y, ¿dónde está? En su corazón. ¿Qué clase de respuesta es ésa? Cuando miro mi corazón, todo lo que veo son dos malditas coronarias, eso es todo.

—Lo que es una lástima.

El pastor Harris se quedó callado, esperando que Blunt le explicara la razón de su visita. —Joe Jerico lo ve— dijo Blunt, como para sí.

Harris lo miró fijamente.

—¡Joe Jerico! —repitió Blunt, casi gritando.

—¿El predicador?

—Exactamente. ¿Es un hombre de Dios, o no?

—Eso no lo puedo decir yo —replicó Harris, apacible—. Él hace su trabajo, yo hago el mío. Él le habla a miles de personas. Yo hablo a unas pocas.

—Él habla con Dios, ¿no?

—Sí, él habla con Dios. Frank Blunt se puso de pie y le extendió la mano al viejo.

—Gracias por concederme su tiempo, pastor. Le enviaré un cheque mañana.

—Eso no es necesario.

—Para mí, sí. Yo lo consulté en su especialidad. Mi médico gana mil dólares por la mitad del tiempo que usted me dedicó hoy. Usted se merece lo mismo.

A la tarde siguiente, volando desde Dallas, Texas, a Nashville, Tennessee, en un Cessna particular de dos motores, Frank Blunt le hizo la misma pregunta a su piloto.

—Soy metodista —respondió Alf Jones, el piloto.

—Podría ser un maldito musulmán, por lo que importa. Yo le pregunté otra cosa.

—De eso se ocupa mi mujer —dijo Alf Jones—. Caramba, señor Blunt, si yo pensara en esas cosas mientras vuelo de ciudad en ciudad, me convertiría en un maldito monje, ¿no?

En el aeropuerto no lo esperaba un coche alquilado sino un automóvil particular, con chofer, pues Blunt tenía este tipo de autos en todos los aeropuertos principales. Después de saludarlo con cálido respeto, el chofer se dirigió al enorme campo abierto de doscientas acres, conocido como «Ciudad del Arrepentimiento».

—Se lo ve bien, señor Blunt —dijo el chofer.

—¿Qué sabe de Joe Jerico? —le preguntó Blunt.

—Es un buen hombre.

—¿En qué se basa para decir eso?

—Mire a mi abuelo. Era el viejo más sucio y pecador de todos los que han querido violar a alguna negrita bonita. La verdad es que no podía haber una mujer cerca de él. Es decir, cuando no estaba borracho. Cuando estaba borracho, era un demonio malo y peligroso que podía hacerle cualquier cosa a uno.

—¿Qué diablos tiene que ver eso con Joe Jerico?

—Mi abuelo fue a una de las reuniones, y descubrió la verdad.

—¿Cómo está ahora?

—Es un santo. Tan santo que dan ganas de pegarle.

—¿Fue a una reunión?

—Sí, señor Blunt. A una sola reunión, y vio la luz.

Estaba oscuro cuando llegaron a la Ciudad del Arrepentimiento, pero unos

reflectores gigantes iluminaban el lugar con luz de día. Ya había miles de autos, como un mar de escarabajos alrededor de una carpa blanca, enorme. Blunt respetaba la organización y las cosas hechas en gran escala.

—¿Qué capacidad tiene la carpa? —le preguntó al chofer.

—Diez mil personas.

—¿La colma?

—Todas las noches. Parece increíble, señor Blunt, pero viajan trescientos y cuatrocientos kilómetros para verlo. Tiene un equipo de altoparlantes, porque a veces se quedan dos o tres mil personas sin poder entrar. Se quedan sentados en el auto, como si fuera uno de esos cines al aire libre.

—¿Cobra entrada?

—Veinticinco centavos solamente. No quiere que se queden sin entrar los pobres. Después hace una colecta.

Estacionaron el auto, y luego Blunt le dijo al chofer que esperara, mientras se dirigía a pie hasta la tienda. Había como doscientos o trescientos acomodadores de ambos sexos, que repartían panfletos y hojas con canciones, y ubicaban a la multitud. Los hombres vestían traje blanco y las mujeres vestidos blancos. Era un operativo gigante, muy bien organizado. Blunt hizo un cálculo rápido. Por noche, incluyendo la entrada y las contribuciones nominales, hacía por lo menos cinco mil dólares. Nada tremendo, comparado con lo que tenía él, pero transformaba a Joe Jerico en un hombre práctico, aunque su profesión fuera metafísica.

Blunt pagó su entrada, entró, y se ubicó en un banco de atrás, entre una mujer muy gorda, de cuarenta y tantos años, y un viejo muy delgado. La tienda ya estaba casi llena. Había muy pocos espacios libres. A los pocos minutos de su llegada se inició la reunión con un coro de cincuenta voces que cantaban «Adelante, soldado cristiano». Luego entonaron un segundo himno y luego un tercero, después se oscureció el recinto y los reflectores iluminaron el escenario. El telón de fondo era un ciclorama negro. Se abrió el telón y avanzó Joe Jerico. Era un hombre muy erguido, ni alto ni bajo, de hombros anchos, cabeza grande, pelo canoso y ojos de color gris pálido que parecían trozos de hielo brillante.

No hubo introducción. Se sumergió en el tema con una voz que tenía el timbre de un órgano.

—El texto de esta noche es San Juan, capítulo, ocho, versículo doce. «Habló entonces Jesús a sus discípulos, y les dijo: Soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida». ¿Creen ustedes? Espero que no, Dios me perdone, porque éste no es lugar para los creyentes. Éste es lugar para los que no creen, para los perdidos, los bastardos, a quienes acosa el diablo, para los perdidos, repito, porque vienen aquí, llegan al hogar, se encuentran a ustedes mismos. Ábranme vuestros corazones a mí...

Frank Blunt escuchaba atentamente. No lo conmovía la emoción sino la admiración por la manera en que el hombre manejaba la multitud. Jugaba con ellos,

como si irradiara una fuerza poderosa que se manifestaba a través de él. Su voz, baja por naturaleza y de muy buen timbre, mejorada por el estudio de la oratoria, con un dejo de acento sureño, apaleaba a su auditorio, se posesionaba de él, lo cautivaba, lo utilizaba.

Frank Blunt observaba. Escuchaba cómo iba aumentando la carga emotiva. Asentía apreciativamente a medida que los pecadores se adelantaban para ser salvados bajo la voz imperiosa de Joe Jerico, admiraba la excelente organización de la congregación en el momento de clímax emocional. Ignoró la caja con la ranura que hicieron circular por su fila, aceptando las miradas hostiles de los que estaban a su alrededor. Pensaba todo el tiempo. Cuando terminó, vio cómo se iban los demás, muchos de ellos con lágrimas en los ojos. Permaneció sentado, sin moverse, hasta que no hubo nadie más que él en la enorme sala, y entonces se acercó un acomodador y le preguntó si estaba bien, o le pasaba algo.

—Me llamo Frank Blunt —le dijo al acomodador—. Aquí está mi tarjeta. Quiero ver al señor Jerico.

—El señor Jerico no ve a nadie a esta hora. Como se dará cuenta, está muy fatigado. Quizá...

—Yo estoy aquí ahora y quiero ver al señor Jerico. Llévelo mi tarjeta. Esperaré aquí.

No era fácil resistir un pedido de Frank Blunt. Hacía tantos años que daba órdenes, tantos años que lo obedecían, que automáticamente hacían su voluntad. El acomodador tomó la tarjeta, se dirigió al frente de la tienda, desapareció durante algunos minutos, volvió a aparecer, regresó a la parte de atrás, y le dijo a Blunt:

—El Reverendo Jerico lo espera. Sígame.

Recorrieron todo el largo de la tienda, traspusieron el telón negro y atravesaron la parte de atrás. Los acomodadores, los del coro y el resto del numeroso personal de Joe Jerico los siguieron con miradas curiosas hasta que llegaron a la puerta de un gran camarín. El acomodador llamó a la puerta. Contestó la voz profunda de Joe Jerico:

—Adelante —el acomodador abrió la puerta y Frank Blunt entró en el camarín. Era una casa rodante, muy bien decorada. Allí estaba Joe Jerico, con una bata de seda verde, tomando jugo de naranja en un vaso alto.

Blunt midió el camarín de una mirada rápida. También midió al hombre. No había nada barato o modesto en Joe Jerico. Hacía un trabajo del que Blunt carecía de experiencia, pero le agradaba la manera en que Jerico lo llevaba a cabo.

—Así que usted es Frank Blunt —dijo Jerico, indicándole una silla—. Siéntese. ¿Jugo de tomates, jugo de naranjas? No tenemos bebidas alcohólicas, aunque puedo ofrecerle un poco de vino.

—Estoy bien, gracias.

No hubo apretón de manos, no hubo frialdad ni calor en el recibimiento. Dos hombres que se observaban y se medían el uno al otro.

—Me alegro que haya venido —dijo por fin Joe Jerico.

—¿Por qué?

—Porque está a tiempo para arrepentirse.

—Yo no vine aquí para arrepentirme.

—¿No? —Jerico entrecerró los ojos—. ¿Para qué vino entonces?

—Los médicos me dan un año de vida. Son unos mentirosos. Por la naturaleza misma de su profesión. Suponen que si me dieran menos, los despediría.

—¿Cuánto tiempo se da usted?

—De tres a seis meses.

—Entonces yo diría que necesita arrepentirse, señor Blunt.

—No, señor. Necesito vivir, señor Jerico.

—¿Ah, sí? ¿Cómo va a hacer para eso?

—¿Qué sabe acerca de mí, señor Jerico?

—Lo que saben todos, más o menos.

—Permítame que llene los espacios en blanco. Comencé mi carrera comprando al decano de una universidad. Descubrí que si el precio es adecuado, uno puede comprar cualquier cosa, sin excepción. He comprado a jueces, concejales, fiscales de distrito, jurados, senadores. Compré a los gobernadores de dos estados. He comprado a hombres y mujeres y caballos pura sangre de carrera. Una vez me encapriché con una princesa, y la compré para acostarme con ella por una noche. Me costó veinticinco mil dólares. Compré al dictador de un país europeo y una vez tuve la oportunidad de comprar a un miembro del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética. Me costó menos que la princesa, pero a la larga me trajo mayores beneficios.

Dijo todo esto sin sacar los ojos del rostro de Jerico. Éste escuchó con interés.

—Usted siempre va al grano, señor Blunt.

—No tengo tiempo para perder, señor Jerico.

—¿Qué se propone hacer?

—Usted me gusta, señor Jerico. Usted se da cuenta de qué se trata y tampoco pierde tiempo. Quiero vivir. Me propongo comprar a Dios.

Jerico asintió, siempre con sus ojos claros fijos en Blunt. No dijo una palabra. Frank Blunt esperó. Pasaron unos minutos de silencio en los que Frank Blunt seguía esperando pacientemente. Respetaba a un hombre que estudiaba cuidadosamente una proposición.

—Usted no está tratando con el jefe —dijo Jerico finalmente—, sino con un subordinado. ¿Qué quiere, exactamente?

—Soy un hombre razonable. Tengo sesenta años. Quiero quince más. He hablado con un hombre que se ocupa de cuidar que se cumplan los contratos. Si yo muero antes de los quince años, él lo mata a usted.

—Es razonable —dijo Jerico después de una pausa—. Me agrada la manera en que piensa usted, señor Blunt.

—A mí me agrada la manera en que piensa usted, señor Jerico.

—En ese caso, es posible que podamos cerrar el trato.

—Muy bien. ¿Cuánto puede costarme?

Jerico sonrió y extendió las manos.

—¿Qué otra alternativa tiene, señor Blunt? Yo podría sugerirle la recompensa que le aguarda al hombre que ha vivido bien, pero nadie lleva dinero a ese lugar. El dinero es necesario aquí en la Tierra.

—¡Váyase al diablo! —exclamó Blunt. Pero no se puso de pie. Se quedó sentado, observando a Jerico.

—Yo no acudí a usted —dijo Jerico suavemente—. Fue usted quien acudió a mí.

De nuevo se hizo un silencio prolongado. Jerico esperó a que el otro hablara. Por fin Blunt preguntó:

—¿Cuánto dinero me permitirá retener?

—Absolutamente nada.

—No se puede vivir del aire. Con un millón me las podría arreglar.

—Absolutamente nada.

—Alguien dijo una vez que yo tenía más dinero que Dios. Ahora todo se invierte. En realidad, señor Jerico, su contrato no es equitativo. No necesito dinero. Me dan crédito hasta veinte millones de dólares. Trato hecho. ¿Qué le parece si nuestros abogados se reúnen mañana?

Los abogados tardaron siete semanas en concluir con todos los requisitos legales y con todos los papeles que había que firmar. En la octava semana, Frank Blunt sufrió un ataque. Lo llevaron al sanatorio Colonial de Dallas, que Joe Jerico no tardó en comprar, instalando su propio personal médico, técnico y de enfermeros. Reemplazaron el agotado corazón por un corazón mecánico; un riñón, también mecánico, ocupó el lugar del anterior, y fue alimentado por conducto intravenoso. Es difícil decir si se diferenciaba en mucho de un vegetal, pero el informe que daba Joe Jerico cada semana, después de su visita, era que vivía gracias a la fe: la fe lo mantenía vivo.

Para el tercer año ya las visitas de Jerico habían cesado. Esto se debía, en parte, al hecho que ahora vivía en Luxemburgo (debido a los beneficios en rentas), y su fortuna aumentaba a pasos tan acelerados que ahora aborrecía hasta la idea de viajar en avión. Su yate, de dieciocho mil toneladas, era todo lo que necesitaba para desplazarse. Sólo congregaba a sus fieles una vez por año, y cada vez que viajaba a los Estados Unidos para esa ocasión, no dejaba de visitar a Frank Blunt.

Frank Blunt murió en 1971, exactamente quince años después de ese día que visitara a Joe Jerico en su camarín y le estrechara la mano al cerrar el trato. En realidad, la muerte se debió a un desperfecto en el corazón artificial, como era de esperar. Habían sucedido tantas cosas, y el mundo se había olvidado de Frank Blunt.

Joe Jerico recibió la noticia en su yate, que estaba anclado en el puerto de Ischia, adonde había ido a pasar algunos días a la finca del Duque de Genneset, y llegó tarde a la cena porque tuvo que redactar un mensaje expresando sus condolencias a la

familia de Blunt. Jerico tenía cincuenta años ya, estaba en la plenitud de su vida, verdaderamente cómoda, pero no por eso había perdido su fe. Como le dijo a la joven que lo acompañó a la cena:

—La voluntad de Dios se cumple de una manera extraña.

CUESTIÓN DE TAMAÑO

Abigail Cooke, la esposa de Herbert Cooke, tenía una profunda conciencia social y un desarrollado sentido de justicia. Descendía de cinco generaciones de habitantes de Nueva Inglaterra que habían poseído conciencia social y sentido de justicia, cualidades bastante comunes en Nueva Inglaterra después de la quema de brujas. Vivía en una encantadora casa colonial, muy antigua, rodeada por quince acres de tierra, en Redding, estado de Connecticut. No permitía que se rociara a sus árboles con pesticidas, y respetaba fielmente los principios ecológicos. Creía firmemente en el abono, en los fertilizantes orgánicos y en la Nueva Izquierda. Vivía apaciblemente con sus hijos adolescentes (su marido era abogado, tenía su estudio en Danbury), y su corazón estaba siempre de parte de una infinidad de buenas causas, a las que contribuía enviando cheques. Era una mujer atractiva que aún no había cumplido los cuarenta, pertenecía a la secta congregacionista, aunque no iba a la iglesia con mucha frecuencia, y creía en los derechos civiles con pasión religiosa. No era, de ninguna manera, una persona histérica.

Una hermosa mañana de verano, estaba sentada en la galería abierta de la parte de atrás de la casa, pelando arvejas, cuando vio que algo se movía. Después dijo que le había parecido que era una mosca, por lo que tomó un matamoscas y la aplastó. La mosca quedó pegada en la palmeta, y la miró con detenimiento. Entonces se empezó a poner histérica, se controló, dio gracias a Dios de que sus hijos no estuvieran en la casa, y con gran dificultad para controlar el llanto llamó a su esposo por teléfono.

—He matado a un hombre —le dijo.

—¿Qué? Espera un minuto —dijo él—. Serénate. ¿Te sientes bien?

—Estoy bien. —¿Están bien los chicos?

—Hoy están en el campamento.

—Bien, bien. ¿Estás segura de que tú estás bien?

—Sí. Un poquito histérica...

—¿Dijiste que habías matado a un hombre?

—Sí. ¡Oh, Dios mío! Sí, eso dije.

—Por favor, serénate, ¿me oyes, Abby? Quiero que te tranquilices y me digas exactamente lo que pasó.

—No puedo.

—¿Quién es el hombre que dices que mataste? ¿Un ladrón?

—No.

—¿Llamaste a la policía?

—No, no puedo.

—¿Por qué no? Abby, ¿estás bien? No tenemos armas. ¿Cómo es posible que hayas matado a alguien?

—Te lo ruego, por favor, ven a casa. En seguida.

A la media hora Herbert Cooke llegaba a la casa. Saltó del auto y abrazó a su mujer, que todavía seguía temblando.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

Ella sacudió la cabeza, lo tomó de la mano, lo llevó a la galería, y señaló la palmeta.

—Es una palmeta para matar moscas —dijo él con impaciencia—. Abby, ¿qué te sucede, por amor de Dios?

—¿Quieres mirarla de cerca, por favor? —rogó ella, y empezó a llorar una vez más.

—¡Deja de llorar!

Estaba convencido de que su mujer sufría un colapso nervioso, y entonces decidió complacerla. Tomó la palmeta y la miró. La miró durante un rato muy largo, y luego dijo, en voz apenas audible:

—Oh, Dios mío, ¿cómo es posible?

Sin dejar de mirar, le dijo a su mujer:

—Abby, querida, hay una lupa en el primer cajón de mi escritorio. Tráela, por favor.

Ella entró en la casa y regresó con la lupa.

—No me pidas que mire —dijo.

Herbert colocó la palmeta sobre la mesa con mucho cuidado y la observó con la lupa.

—Dios mío —murmuró—, Dios misericordioso. Es un hombre, y blanco, además.

—Y eso, ¿qué importa? —No importa en absoluto. Sólo que... Dios mío. Abby, es de una pulgada y media de alto. Si estuviera parado, quiero decir. Perfectamente formado. El golpe no lo reventó. Se distingue el pelo, la cabeza, los rasgos. Está completamente desnudo...

—¿Qué importa todo eso? Yo lo maté. ¿No es eso lo esencial?

—Debes serenarte, querida.

—Pensé que era una mosca. La vi por el rabillo del ojo. La vi y la aplasté. Voy a vomitar.

—Basta, no sigas. No mataste a un ser humano. No hay ser humano de este tamaño.

—Me voy a descomponer.

Corrió a la casa. Herbert Cooke siguió estudiando con la lupa el diminuto objeto.

—Qué cosa extraña —murmuraba—. Es un hombre, sí. Tiene cinco dedos en la mano, cinco en el pie, rasgos agradables, pelo rubio. Un tipo buen mozo. ¿Qué habrá sentido bajo la palmeta? Le habrá parecido que lo aplastaba un enorme enrejado de hierro. Aunque ésta apenas aplastado...

Cuando regresó, Abigail estaba pálida, aunque más dueña de sí. Dijo:

—¿Sigues mirando ese horror?

—No es un horror, Abby.

—¿No puedes deshacerte de eso?

Herbert levantó la vista de la lupa y se quedó mirando a su mujer por un momento.

—En realidad, no es eso lo que quieres.

—Sí que lo quiero.

—Abby, nunca nos ha sucedido nada tan extraño, posiblemente no le haya sucedido a nadie. No puede existir un ser humano de este tamaño.

—Estás viendo uno, allí, en la palmeta.

—Exactamente. No lo podemos tirar. ¿Quién es?

—¿Qué es?

—Exactamente —dijo Herbert—. ¿Qué es? ¿De dónde vino? Creo que entiendes lo que quiero decir —dijo con paciencia y dulzura.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó ella, con cierta frialdad en el tono.

—Soy ahogado, Abby. Trabajo en un juzgado, es mi vida, y es algo que tengo muy presente.

—Y yo soy tu mujer, aunque parece que lo hubieras olvidado.

—De ningún modo. No has hecho nada malo. Nada. Apuesto mi profesión a que no has hecho nada malo.

—Continúa.

—Aquí hay un cuerpo. De pulgada y media, pero sin embargo sigue siendo un cuerpo. Tenemos que avisar a la policía.

—¿Para qué? Lo hecho, hecho está. Lo maté. ¿No es bastante que tenga que vivir con ese remordimiento?

—No dramaticemos, querida. No sabemos que es. Tú aplastaste un insecto. Para nosotros, sigue siendo eso.

—Déjame ver con la lupa.

—¿Estás segura de que te animas?

—Ya estoy perfectamente bien.

Le dio la lupa, y ella observó la palmeta un rato.

—No es un insecto —dijo.

—No.

—¿Qué van a decir los chicos? Ya sabes cómo son... recuerda la vez que quisiste poner veneno para los conejos que comían la lechuga.

—Los chicos no tienen que enterarse de nada. Llamaré al jefe de Policía Bradley. Me debe un favor.

Herbert y Bradley, sentados en la oficina de éste, contemplaban la palmeta matamoscas.

—No me animé a despegarlo de la palmeta —dijo Herbert—. Pero me olvidé de traer la lupa.

Con deliberada lentitud, el jefe sacó una lupa de un cajón del escritorio y la colocó sobre la palmeta.

—No puede ser —murmuró—. Nunca me imaginé que vería uno de éstos. Es un hombre, ¿no?

—No existen hombres de una pulgada y media.

—¿Y pigmeos?

—Tienen más de un metro, noventa y seis veces más grandes que eso.

—Pues...

—¿Qué quisiste decir con eso de que nunca creías que verías a uno de éstos? No pareces ni siquiera sorprendido.

—Oh, estoy sorprendido, Herb.

—Pero no lo suficiente.

—Quizá sea más difícil sorprenderse cuando uno es un policía. Todo es posible entonces.

—Pero esto no.

—Está bien, Herb. La verdad es que Abigail no es la primera. Yo no había visto ninguno antes, pero he oído hablar de ellos y he leído los informes. Ha habido varios casos: chicos asustados, amas de casa, el viejo Ezra Bean que todavía trabaja en el campo en su granja de Newtown, una anciana que se asustó en Bethel (dice que su perro se comió a un montón), otra señora de Ridgefield que dice que su perro olfateó a un grupo de esos seres y que le llenaron el hocico de flechitas de un cuarto de pulgada de largo y que tuvo que sacárselas con pinzas de las cejas. Claro que nadie pudo creer que era verdad, así que los que los oyeron tampoco les creyeron. —Volvió a mirar con la lupa—. Yo tampoco puedo creerlo.

—¿Con arcos y flechas?

—El muy desvergonzado no tiene ropas bastante difícil creer algo así.

—Si tienen arcos y flechas, quiere decir que son inteligentes —dijo preocupado Herbert Cooke.

—Ah, ¿quién sabe? A lo mejor alguno metió el hocico en un arbusto espinoso.

—Abigail está desolada. Dice que mató a un hombre.

—Tonterías.

—¿Puedo decirle que es inocente, desde el punto de vista legal?

—Claro. De cualquier manera, fue un accidente.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó Cooke, indicando la palmeta.

—Lo voy a poner en formol. ¿Quieres que te devuelva la palmeta?

—No creo que Abby la quiera. Pero no puedes dejarlo en formol.

—No, supongo que no. A lo mejor éste es un caso para el FBI, aunque no he oído de ningún otro caso fuera de Connecticut. A lo mejor voy a ver al juez Billings. Puede ocurrírsele alguna idea. Dile a Abby que no se preocupe.

—No va a ser fácil —dijo Herbert—. El estaba lejos de sentirse satisfecho. Como varios millones de norteamericanos, había estado pensando en la violencia de la guerra y del asesinato, en Vietnam, y hasta había pensado en convertirse a los cuáqueros. Eso no sería muy fácil para Abigail, que descendía de tantas generaciones de congregacionistas, pero ya lo habían discutido, y se sentía seguro en su posición de hombre de conciencia.

—Dile que no se preocupe, que yo hablaré con el juez Billings.

Cuando Herbert Cooke regresó a su casa al día siguiente, lo recibió una esposa desolada.

—Quiero vender la casa y mudarme —anunció ella.

—Vamos, vamos, Abby. Piensa en lo que dices. Sabes muy bien que nunca harías una cosa así.

—Quiero vender la casa.

—Estás de nuevo como ayer.

—De nuevo no. Sigo igual. No dormí en toda la noche. Hoy Billy se clavó una astilla en el pie.

—Cosas que pasan. Los chicos andan siempre descalzos.

—Quiero mostrarte la astilla. La guardé. —Lo condujo hasta el escritorio, desenvolvió algo, y le dio la lupa—. Mira.

Él observó la pequeña astilla de madera, de menos de un cuarto de pulgada de largo, con mucho detenimiento.

—¡Dios mío!

—Sí.

—Es increíble.

—Sí —repitió su mujer.

—Con una púa en la punta, que podría ser de metal. Parece de metal.

—No me importa de qué es. No me importa lo que parece. Quiero vender la casa e irme.

—Ésa es una reacción emocional —le aseguró él con el tono de voz más calmo y profesional que pudo encontrar.

—Así lo siento yo.

—Pero éste es un acontecimiento sin precedentes. Fuera de *Los viajes de Gulliver*, esto no le ha ocurrido nunca a nadie, y si no estoy equivocado, los seres de Gulliver eran de tres o cuatro pulgadas. No de media.

—Es terrible vivir sabiendo que una ha matado a un hombre con una palmeta matamoscas.

Pocos días después de esta conversación, Abigail leyó un editorial en un diario de Danbury. Con estilo zumbón, decía: ¿Es verdad que hay hadas en nuestros jardines? Una cantidad de ciudadanos respetables han afirmado ver seres diminutos, cuyo tamaño oscila entre media pulgada y tres cuartos de pulgada, mucho más pequeños que los de Gulliver. Nosotros no nos hemos encontrado con ninguno de estos caballeritos, pero tenemos una abuela irlandesa que continuamente anda viendo duendes. Pero allá no es extraño, ni aquí tampoco, si se toma un poco de *whisky* irlandés en cantidad necesaria.

Como los chicos estaban presentes, Abigail le pasó el diario a su marido sin hacerle ningún comentario. Él leyó, y luego dijo:

—Le pedí al reverendo Somers que viniera a visitarnos.

—¿Sí?

—Es una cuestión moral, ¿no? Pensé que eso te tranquilizaría.

La hija los miró con curiosidad. Es difícil tener secretos con los chicos.

—¿Por qué no puedo jugar en el bosque? —quiso saber Billy.

—Porque lo digo yo —contestó Abigail, aunque nunca había actuado así con los chicos antes.

—Effie Jones dice que hay seres pequeños en el bosque —continuó diciendo Billy—. Effie Jones dice que ella aplastó a uno.

—Effie Jones es una mentirosa, como sabe todo el mundo —dijo su hermana.

—No me gusta que digas que alguien es mentiroso —dijo Herbert, incómodo—. No está bien.

«No todo lo que hacemos nosotros está bien», pensó Abigail. Sin embargo, se sintió aliviada cuando llegó el reverendo Somers esa tarde. Somers era un hombre de gran sentido común que contemplaba el mundo sin rabia ni asco, algo que no era muy fácil de lograr en la década de 1970.

Somers probó su jerez, lo elogió, y dijo que estaba encantado de estar en compañía de gente tan agradable, gente de su preferencia.

—Pero no muy felices —dijo Herbert.

—No conozco ningún pasaje de la Biblia donde se diga que la felicidad es una condición normal de la humanidad.

—La semana pasada yo era muy feliz —dijo Abigail.

—Permítanme hablar de teología —dijo Herbert de pronto—. ¿Cree usted que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza?

—Antropológicamente, no. En un sentido más amplio, sí. ¿Qué pasa, Herbert? ¿Es por los seres pequeños?

—¿Ha oído hablar de ellos?

—Sí, he oído hablar. Nadie hace otra cosa que hablar de ellos, Herbert.

—¿Usted cree que existen?

—No sé qué creer.

—Créalo, reverendo. Abby mató a uno. Con la palmeta de matar moscas. Lo

aplastó. Se lo llevé el comisario Bradley.

—No.

—Sí —dijo Abigail con amargura.

—¿Qué era? —preguntó el reverendo.

—No sé —contestó tristemente Herbert—. Bajo la lupa, era un hombre. Un hombre completo, del tamaño de una hormiga. Un hombre blanco.

—¿Por qué insistes con eso de que era un hombre blanco? —preguntó Abigail—. Por el amor de Dios, no era mas grande que una mosca, ¿qué puede importar el color?

—Así es —concedió Herbert.

—Lo que quieren decir ustedes dos —dijo Somers lentamente—, es que se parecía a un hombre.

—Pues sí.

—¿Dónde está ahora?

—El comisario Bradley lo guardó en formol.

—Me gustaría echarle un vistazo. Decimos que parece un hombre, pero ¿de qué está hecho un hombre? ¿No se necesita ante todo que posea un alma?

—Eso es discutible —dijo Abby.

—¿Por qué? Conocemos al hombre bajo dos aspectos, tal cual es y tal como nos es revelado por Dios. Dos aspectos necesarios para definir al hombre. El resto pertenece al reino animal y al vegetal. El hombre se presenta como una criatura del tamaño nuestro. Dios también lo revela como una criatura de nuestro tamaño.

—No si proviene de otra galaxia —dijo Abby.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó su marido.

—Quiere decir que, vista desde una nave espacial, la tierra tiene el tamaño de una naranja. Y desde esa perspectiva el hombre no es muy grande, ¿no?

—Por amor de Dios —dijo Herbert—, no estás hablando de proporciones correctas. Estás hablando de punto de vista, de perspectiva. Un hombre sigue teniendo el mismo tamaño en cualquier parte del espacio.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella con la falta de razonamiento bastante razonable que es propia de toda mujer inteligente.

—Querida amiga —dijo Somers—, usted está fuera de sí, todos nosotros estamos así, y probablemente estaremos peor antes de que esto termine; pero creo que debemos conservar el sentido de la proporción. El hombre es tal cual lo ha hecho Dios y tal cual lo conocemos. Yo soy un hombre sensible. Ya saben que nunca he cambiado de opinión con respecto a esta horrible guerra en Vietnam, a pesar de todas las dificultades que he tenido para conservar unidos a todos los miembros de mi congregación. Les hablo, no como alguien que toma la Biblia al pie de la letra, sino como una persona que cree en Dios en un sentido indefinible.

—Aun en el caso de que Dios sea indefinible, sigue siendo grande, ¿verdad? Si Dios se aleja un millón de años luz, ¿qué tamaño tendremos para Él?

—Abby, tus suposiciones no tienen sentido.

—¿No? —desenvolvió algo envuelto en un pedazo de papel y lo puso bajo la lupa. Somers miró y dijo que la astilla parecía en realidad una flecha.

—Es una flecha. Se la saqué a Billy del dedo del pie. El no vio quién le disparó, pero ¿cuanto va a pasar antes de que pise a uno de ellos?

—Debe haber una explicación para esto; debe ser un nuevo insecto que se parece mucho al hombre. Como los monos, que sin embargo siguen siendo monos y no hombres.

—¿Insectos de pelo rubio, piel blanca con dos piernas y dos brazos y que disparan flechas? Me extraña, reverendo Somers.

—Sea lo que fuere, Abby, es parte del reino natural, y así debemos aceptarlo. Que algunos hayan muerto, bueno, esto también es parte de la vida, igual que las calamidades que ocurren, como las inundaciones, terremotos, la desaparición de ciudades antiguas como Pompeya.

—¿Quieres decir que como son tan pequeños, una palmeta matamoscas se convierte para ellos en una calamidad natural?

—Bueno, sí.

Aparte de una nota satírica acerca del extraño comportamiento de algunos ciudadanos en el condado de Fairfield, qué apareció en el «New York Times», nadie más tomó muy en serio el asunto de los seres pequeños, y la mayoría de los habitantes del condado en cuestión decía que la gente veía visiones debido al calor excesivo. Los Cooke no vendieron la casa, pero Abigail Cooke dejó de pasear por el bosque, y hasta se alejaba del césped cuando estaba muy crecido. Se daba cuenta de que observaba el suelo continuamente y que cada vez dormía menos. Herbert encontró un roedor que estaba lleno de pequeñas flechas, pero no le dijo nada a su mujer.

El juez Billings lo llamó por teléfono.

—¿Por qué no vienes a verme a eso de las cuatro, Herb? —le dijo—. Van a venir algunas personas que te interesarán.

Billings ya le había dicho a Herbert Cooke que lo consideraba como un excelente candidato para el Congreso cuándo quedara una vacante (pronto se retiraría un miembro del partido, de setenta y tantos años). A Cooke le halagaba que Billings lo llamara Herb, y esperaba que lo de esa tarde tuviera algo que ver con las próximas elecciones. Por eso se sorprendió al encontrar al comisario Bradley y a otros dos hombres, entre ellos, Dobson, del FBI, y el otro, el profesor Channing, de la Universidad de Yale, entomólogo de profesión.

—Herb —explicó el juez— es el marido de la señora que mato a esa cosa, la primera que conseguimos. Ahora ya tenemos una docena.

Channing saco una caja de madera, chata, de su bolsillo. Era una caja como de seis pulgadas cuadradas. La abrió y exhibió una serie de placas, en cada una de las cuales había uno de los seres pequeños, prolijamente aplastado. Cooke miró un

momento, sintió que se descomponía, y trató de controlarse.

—Además —decía el juez—, Herb es un hombre muy sensato. Va a ser nuestro candidato para el Senado cualquiera de estos días y un hombre muy importante en el país. Me pareció que hoy debía estar aquí con nosotros.

—Debo aclarar —dijo el hombre del FBI—, que ya hemos discutido esto a otro nivel. Participaron el gobernador y una cantidad de personas del estado. Gracias a Dios que es algo local.

—Sucedre —dijo Channing— que este fenómeno tiene algunos años. Creemos que comenzó en los bosques cerca del dique Saugatuck. Desde entonces se han desparramado unas seis o siete millas a la redonda. Eso no parece mucho, pero si pensamos que el paso que dan es de un cuarto de pulgada, en comparación con el del hombre, que puede alcanzar a un metro, es bastante. Han ocupado un área mas o menos circular de más de mil quinientas millas de diámetro, si medimos comparativamente la invasión. Es un poder dinámico cuyas implicancias son aterradoras.

—¿Qué demonios son? —preguntó Bradley.

—Son una mutación, o una degeneración evolucionaria, o monstruos. Es imposible decir qué son exactamente.

—¿Son hombres? —preguntó el juez.

—No, no, hombres no. Estructuralmente parecen muy similares, pero hemos practicado disecciones, y hay diferencias internas fundamentales. Las relaciones entre corazón; hígado y pulmones es completamente distinta. Además, tienen una especie de antenas en los oídos, parecidas a las de los insectos.

—Pero sin embargo son inteligentes, ¿verdad? —preguntó Herbert Cooke—. Los arcos y flechas...

—Precisamente, y por esa razón son peligrosos.

—¿No los transforma en seres humanos esa inteligencia? —preguntó el juez.

—No lo creo. El tamaño y la estructura del cerebro del delfín indican que es tan inteligente como nosotros, pero eso no lo transforma en un ser humano.

Channing miró a los otros hombres, uno por uno. Tenía una barba corta y anteojos gruesos, y hablaba con una seguridad profesional que Herbert Cooke encontró tranquilizadora.

—¿Por qué son peligrosos? —preguntó Cooke, pensando que Channing quería que se lo preguntaran.

—Porque surgieron hace un año o dos, y ya poseen arcos y flechas. Suponemos, con cierto fundamento, que tienen un distinto sentido subjetivo del tiempo. Igual que los insectos. Para un insecto, un día puede ser toda una vida, porque es todo lo que viven, y subjetivamente puede parecerle muy largo. Si ocurre lo mismo con estos seres, entonces en estos dos años pueden haberse sucedido muchas generaciones. Si ya han ideado el arco y la flecha, dentro de seis meses tendrán revólveres. ¿Cuánto pasará hasta que algo como una bomba atómica supere el problema del tamaño? Y

consideren el asunto de la población. Es como con un tablero de damas. Si ponen un grano de arena en el primer cuadrado, dos granos en el segundo, cuatro en el tercero, ocho en el cuarto, al llegar al último ya no habrá suficiente arena en todas las playas del mundo para llenarlo.

La discusión prosiguió. Herbert Cooke estaba nervioso. No dejaba de mirar de vez en cuando las placas que estaban sobre la mesa.

—Cuando esto se sepa... —decía el juez.

—No puede saberse —dijo el hombre del FBI—. Eso ya está decidido. Cuando se piensa lo que pueden hacer los chicos y los *hippies* con una cosa así... Debemos terminar con ellos. ¿Cuándo? Depende de ustedes.

—Tan pronto como sea posible —dijo Channing.

—¿Qué piensan hacer? —preguntó Herbert.

—El DDT está prohibido por la ley, pero en este caso se hará una excepción. Ya hemos experimentado con un concentrado de DDT...

—¿Experimentado?

—Atrapamos vivos a unos dieciocho seres. El DDT es tremendamente efectivo. Incluso con un concentrado no demasiado fuerte, mueren en quince minutos.

—Usaremos cuarenta helicópteros —explicó el hombre del FBI—. Rociaremos desde el aire en un operativo entre las tres y las cuatro de la mañana. Todos estarán dormidos, y pocos sabrán lo que sucedió. Rocío de saturación.

—Es nocivo para las abejas y para algunos animales, pero no nos queda otro remedio.

—Y fíjense en los jóvenes de este país —le dijo el comisario Bradley a Herbert—. ¿Sabe que están haciendo manifestaciones en favor de la paz en un lugar como New Milford? Los *hippies* andan haciendo líos en Nueva York, Washington y Los Angeles, pero ahora los tenemos encima. ¿Se imagina lo que pasaría si se enteraran que vamos a usar veneno contra estos bichos?

—¿Cómo mueren? —preguntó Herbert—. Quiero decir, ¿cómo mueren cuando les echan veneno?

—Lo que pasa, Herb —interrumpió el juez Billings—, es que necesitamos tu imagen. A veces ha provocado reacciones desfavorables, como cuando tu mujer pegó esa etiqueta en el paragolpes con las palabras *Madre por la Paz* y todo eso, o esa otra vez cuando hizo circular esa petición por el asunto de la ecología, que es un tema candente en estos momentos. Pero supongo que siempre hay algo de verdad en lo que dicen, y yo reconozco que no es posible terminar con toda una generación de criaturas. Malditos sean, ni siquiera se puede meterlos presos. Hay que conversar con ellos, y ésa es una de tus virtudes, Herb. Tú sabes tratarlos. Tu imagen es la imagen de un hombre honrado, y eso vale oro para nosotros. Líos va a haber, pero queremos que haya los menos posible. Esos fanáticos unitarios están metiendo bulla, y aunque yo mismo soy congregacionista, reconozco que hay dos o tres ministros congregacionistas a los que les gusta revolver el avispero. Pero creo que tú eres capaz

de calmar los ánimos.

—Me gustaría saber cómo mueren cuando se los rocía —dijo Herbert.

—De eso se trata —dijo Channing, ansioso—. Tal vez sea conveniente no dar demasiadas explicaciones. Parece que el DDT los paraliza casi instantáneamente, aunque no sea directo. Dejan de moverse, se vuelven marrones y se secan. Queda algo informe, imposible de identificar. Fíjese en esta placa.

Tomó una de las placas y la miró con una lupa. Los hombres se amontonaron para ver, y Herbert se les unió.

—Parece como una cucaracha muerta hace meses —dijo Bradley.

—¿Y los peligros del DDT?

—Han sido muy exagerados. Nosotros no estamos recomendando que se lo vuelva a usar. El Ministerio de Agricultura es muy firme al respecto, pero para decir verdad, hace muchos años que lo usamos. Una vez más no va a causar demasiado daño. Para cuando salga el sol todo habrá terminado.

—Cuanto antes lo hagamos, mejor —dijo el comisario Bradley.

Esa noche el zumbido de los helicópteros despertó a Herbert Cooke. Se levantó, fue al baño, y miró su reloj. Eran las tres pasadas. Cuando volvió a la cama, Abigail estaba despierta, y le preguntó:

—¿Que es eso?

—Parece un helicóptero.

—Cien helicópteros, más bien.

—Es porque todo está tan silencioso. Unos minutos después, ella murmuró:

—Dios mío, ¿por qué no para ese ruido?

Herbert cerró los ojos y trató de dormir.

—¿Por qué no para? Herbert, ¿por qué no para?

—Ya va a parar. ¿Por qué no tratas de dormir? Debe ser un ejercicio del ejército. No hay por qué preocuparse.

—Parece como si estuvieran arriba de nuestro techo.

—Trata de dormir, Abby. Transcurrió el tiempo, el sonido de los helicópteros se alejó, se fue apagando, luego paró. El silencio era completo. Un silencio enorme. Herbert Cooke, acostado, escuchaba el silencio.

—¿Herb?

—Creí que dormías.

—No puedo dormir. Tengo miedo.

—No hay por qué temer.

—Estaba tratando de acordarme del tamaño del universo.

—¿Con qué fin, Abby?

—¿Te acuerdas de ese libro de sir James Jean, el astrónomo? Creo que decía que el universo tiene doscientos millones de años luz de extremo a extremo...

Herbert seguía escuchando el silencio.

—¿Qué tamaño tenemos nosotros, Herb? —preguntó, como en un lamento—.
¿Qué tamaño tenemos?

UN AGUJERO EN EL PISO

—Debe tener mucha influencia —dijo Robinson.

—Yo no tengo influencia. Es mi tío quien tiene influencia. Es amigo del comisionado.

—Nunca llevamos a nadie en el asiento de atrás.

—Excepto a algún delincuente —dijo Robinson, sonriendo. Era un negro de cara redonda y una sonrisa horrible.

—Si yo fuera inteligente —dijo McCabe—, sería escritor y no policía. Conozco a un tipo en la policía de Los Angeles que escribe. Escribió un libro que fue un «best-seller». Y ahora está lleno de plata, pero quiere seguir siendo policía. Eso es algo que no puedo entender. El libro no lo leí pero vi la película. ¿Vieron la película?

—Yo la vi.

—Buena película.

—Una porquería —dijo Robinson.

—Eso es lo que opinas tú. Los Angeles no es Nueva York.

—Claro que no.

—¿Ha estado alguna vez en Los Angeles? —me preguntó McCabe. Era mayor que Robinson, tendría cerca de cuarenta años, y estaba engordando, su cara era dura y chata y sus ojos azules pequeños y desconfiados. Me gustaba cómo se llevaba con Robinson, como dos amigos.

McCabe recibió una llamada, y Robinson aceleró e hizo sonar la sirena.

—Es un atraco —dijo McCabe.

A una mujer le habían robado la cartera en la calle 116. Dos chicos, que lograron huir. La mujer estaba temblorosa y lloraba, pero no le había pasado nada. Robinson anotó la descripción de los chicos y el contenido de la cartera mientras McCabe calmaba a la mujer y hacía circular a la gente.

—Hay diez mil chicos en esta ciudad capaces de hacer algo así, ¿cómo apresarlos? Y si los apresamos, ¿qué hacemos con ellos? ¿Dijo que había estado en Los Angeles?

—Sí, algunas veces, de paso.

—Ésta es una ciudad triste —dijo Robinson.

—¿Cómo es Los Angeles? —preguntó McCabe.

—En el centro es igual que acá, quizá peor en algunas partes.

—Pero ¿Hollywood, Beverly Hills, lugares así?

—Hay mucho sol. Cuando no hay niebla.

—¡Qué diablos! —dijo McCabe—. No hay que usar sobretodos, no hay nieve. Me quedan seis años, y luego me parece que me voy a ir para el oeste con mi mujer.

Nos detuvimos, y Robinson le hizo la boleta a un camión que estaba estacionado justo frente a una bomba de incendios.

—Hay que hacer lo que hacen los demás —dijo Robinson.

—¿Ayudaron alguna vez a una parturienta? —le pregunté.

—Pregúntele a McCabe.

—Ayudamos a nacer a siete chicos —dijo McCabe—. Es decir, desde que estamos juntos. Y no me refiero tan sólo a ayudar llevando a la madre al hospital a toda velocidad. Hablo de todo el asunto, incluso pegarles en el trasero para que lloren.

—Una vez fueron mellizos —dijo Robinson.

—¿Cómo se sintieron? Quiero decir, en ese momento, cuando veían al chico vivo, llorando.

—Uno se siente bien en ese momento.

—Excitado —dijo Robinson—. Como borracho. Quizá como un drogadicto que no puede conseguir la droga y luego siente la hipodérmica en la vena. Dopado.

—¿Compensa las otras cosas?

Se hizo una larga pausa y luego McCabe me preguntó:

—¿Qué otras cosas?

—Un hijo de puta —dijo lentamente Robinson— me puso la pistola en el estómago y apretó el gatillo tres veces. No compensan cosas así.

—La pistola falló —explicó McCabe—. Las tres veces. Fue algo especial, que tal vez sucede una vez cada mil.

—No compensa el haber nacido negro —dijo Robinson.

Seguimos recorriendo la ciudad sin hablar durante los diez minutos siguientes. Tal vez por lo último que había dicho Robinson, o quizá porque no estaban cómodos conmigo en el asiento de atrás. Recibieron una llamada, y McCabe explicó que había habido un accidente en una casa de la calle 118.

—Puede ser cualquier cosa —dijo Robinson—. Se hunden los pisos, se cae el techo, a los chicos los comen las ratas. Yo crecí en una casa así. Lo culpaba a mi padre de ello; Y lo sigo culpando.

—¿Adónde pueden ir?

—Pueden irse a alguna parte. Es un país grande.

—No se puede escribir sobre los policías —dijo McCabe—. Los policías son una reacción. Se hunde el piso y llaman a la policía. ¿Qué diablos vamos a hacer? ¿Reconstruir las ratoneras en que viven?

Fuimos a la calle 118. Había una media docena de personas de pie frente a una de

las casas de inquilinato, y una nos dijo que la llamada la había hecho la señora González, cuyo departamento estaba en la parte de atrás, en el cuarto piso.

—¿Qué pasó? —quiso saber McCabe.

—No sabemos. No nos deja entrar.

—¿Está herida?

—Herida no está. No nos deja entrar.

Empezamos a subir las escaleras. McCabe y Robinson señalaban el camino, yo los seguía. Un par de hombres, entre los curiosos, hicieron ademán de seguirnos, pero McCabe no se los permitió y les dijo que se fueran todos. Subimos hasta el cuarto piso, fuimos hasta el departamento de atrás, y Robinson llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—La policía —dijo Robinson.

Abrió la puerta hasta donde se lo permitía la cadena de seguridad, y Robinson y McCabe se identificaron. Entonces nos dejó entrar atravesando la cocina, como en casi todas las casas de inquilinato. El lugar estaba limpio y prolijo. La señora González era una mujer pequeña y flaca, como de cuarenta y cinco años. Nos dijo que su marido trabajaba para la Municipalidad. Su hijo trabajaba en una carnicería de la avenida Lexington. Estaba completamente sola en el departamento, en un estado bordeando la histeria.

—Ahora todo va a ir bien —dijo McCabe con una dulzura insospechada—. Díganos lo que sucedió.

Ella meneó la cabeza.

—Algo debe haber sucedido —dijo Robinson—. Usted llamó a la policía.

Asintió vigorosamente.

—Muy bien, señora González —dijo Robinson—, sucedió algo que la asustó. Eso lo sabemos. Algo que la descompuso. Se sentía nerviosa, con frío, con ganas de vomitar. ¿Tiene frío ahora?

Asintió.

Robinson tomó un saco de lana que colgaba de una percha en la cocina.

—Póngaselo. Se va a sentir mejor.

Se puso el saco.

—¿Hay alguien en los dormitorios? Preguntó McCabe.

—No —murmuró.

—¿Tiene un poco de coñac... o *whisky*?

Asintió, señalando una alacena. Fui y encontré una botella de ron. Serví un poco en un vaso y se lo ofrecí. Bebió, hizo un gesto de repugnancia, y suspiró.

—Ahora díganos qué pasó.

Asintió y poniéndose de pie salió de la cocina. La seguimos a través de una habitación que hacía de sala y comedor a la vez, muy limpia, con alfombra, muebles baratos, llenos de adornos, y entramos en el cuarto contiguo, que tenía dos sofás-camas, una cómoda, y un agujero de más de un metro de diámetro en el medio del

piso.

—El maldito piso se hundió —dijo McCabe.

—¡También la manera en que construyen estas casas! —dijo Robinson.

—La manera en que las construían hace setenta y cinco años —dije.

La señora González no dijo nada. Estaba parada a la entrada de la habitación, y de ahí no se movía.

—¿Quién vive abajo? —preguntó McCabe.

—Montez. Un maestro. No hay nadie ahora... excepto el diablo.

Robinson entró en la habitación y dio unos pasos hasta el agujero. El viejo piso crujía bajo sus pies pero no se hundió más. Se detuvo a veinte centímetros del agujero y miró abajo. No dijo nada. Se quedó ahí, mirando hacia abajo.

—Tendrían que clausurar el edificio —dijo McCabe—, ¿pero adónde va esta gente? Usted quiere escribir acerca de los problemas que hay, pues, aquí tiene un problema. Toda esta maldita ciudad es un gran problema.

Robinson seguía mirando hacia abajo. Me imaginé que había un cadáver o alguna cosa espantosa. Entré.

—Tenga cuidado —me advirtió McCabe—. La madera está podrida. Se puede caer. ¿Qué te parece? —le preguntó a Robinson.

Robinson seguía sin contestar.

Caminé con mucho cuidado por un extremo de la habitación. McCabe hizo lo mismo, pero del otro lado. Los dos llegamos al agujero al mismo tiempo. Robinson estaba frente al agujero, dando la espalda a la puerta. McCabe y yo estábamos a cada lado de él.

Aun antes de que me diera cuenta de lo que había allí sentí el olor. Era parecido al aroma del jazmín; aunque distinto. Algo que nunca había oído, indescriptible. Salía en una corriente de aire cálido, una corriente lenta que no sé por qué me hizo acordar a la plata. No es posible decir por qué una corriente de agua puede parecerse a la plata, pero así era.

Y entonces vi. Vi lo que vio McCabe y lo que había visto Robinson, así que no lo soñé ni lo imaginé. Como a tres metros de profundidad había una extensión de césped. Tenía la apariencia de que lo hubieran cortado, así como cortan el césped inglés, pero sin embargo era casi seguro que ese césped grueso nunca había sido cortado. Tampoco era verde, sino que parecía cubierto de algo brillante, como lilas.

Ninguno de nosotros habló. Ninguno dijo que podía ser el piso del departamento del señor Montez y que el maestro era especialista en horticultura. Sabíamos que no era el piso del señor Montez. Eso era todo lo que sabíamos. El único sonido que se oía en el cuarto era el llanto sosegado de la señora González.

Entonces Robinson se agachó, se tendió en el suelo cuan largo era y dejó colgar la cabeza y los hombros, sosteniéndose con las manos. El piso podrido crujió bajo su

peso.

—¡Cuidado! —exclamó McCabe—. Te vas a caer de cabeza.

Era maravilloso. Unicamente un policía de la ciudad de Nueva York podía ser así, tener una mentalidad para la cual no existía lo inesperado ni lo imposible. Todo era posible en Nueva York, como lo demostraban los hechos.

—¿Qué ve? —le pregunté a Robinson.

—Veo más de lo mismo. Eso es todo. —Se corrió hacia atrás y se incorporó, y luego me miró, y después a McCabe.

—Estamos en un cuarto piso —dijo McCabe, desolado. Por fin se le desmoronaba el universo.

—Hay muchísimo más —dijo Robinson.

—Voy a llamar por teléfono para denunciar esto. Les voy a decir que hay un campo de pastoreo en el cuarto piso de una vieja casa de inquilinato.

—No es un campo de pastoreo —dijo Robinson.

—¿Qué diablos es, entonces? ¿Un espejismo?

—Voy a bajar —dijo Robinson.

—Eso sí que no.

El rostro redondo de Robinson había perdido la expresión jovial. Ya no era el rostro tranquilo y controlado de un policía negro de la ciudad de Nueva York, que sabe cuándo y cuánto puede presionar. Miró a McCabe, le sonrió, aunque sin humor, y después le preguntó qué creía él que había allí.

—¿Cómo diablos voy a saber qué hay?

—Yo si lo sé.

—¡Qué mierda vas a saber!

—¿Qué hay allí abajo? —le pregunté a Robinson con voz temblorosa—. ¿Qué vio allí?

—El revés de la medalla.

—¿Qué diablos quiere decir eso? —exigió McCabe.

—Lo que pasa —dijo Robinson con un suspiro—, es que hace demasiado tiempo que eres blanco.

—Voy a llamar por teléfono —dijo McCabe—. ¿Me oyes, Robinson? Voy a llamar a la Central, y luego voy a pedirle las llaves al encargado, si es que hay uno en esta ratonera piojosa, y después voy a entrar en el departamento de Montez y voy a mirar ese agujero, y ya veremos quién es el que está cultivando césped en un cuarto piso. Y hasta ese momento, tú no bajas, ¿entiendes?

—Claro que entiendo, hombre —contestó suavemente Robinson.

McCabe salió, pasando junto a la llorosa señora González, y cerró la puerta de la cocina de un portazo. Como sí eso hubiera hecho una corriente de aire, el aire perfumado se elevó del agujero, llenando la habitación.

—¿Qué vio usted allí? —le pregunté a Robinson.

—¿Quiere echar un vistazo? —sugirió Robinson.

Dije que no con la cabeza. No había nada sobre la tierra que me persuadiera a echarme sobre ese piso crujiente tal como lo había hecho Robinson. Éste me observaba.

—¿Tiene miedo?

Asentí.

—¿Sabe lo que va a pasar cuando McCabe consiga al encargado y entren en ese departamento? Va a mirar para arriba y me va a ver a mi, y entonces va a decir que fue una ilusión óptica, y a las dos o tres semanas ni siquiera nos vamos a acordar de lo que vimos.

—Es una ilusión —dije yo.

—¡Huela!

—¡Dios mío, está viendo algo que no está allí! —Usted y yo, señor, y esa señora... eso es realidad. No es una ilusión.

—Es realidad —dije yo.

Me miró un rato largo, meneó la cabeza, luego se sentó junto al agujero, se deslizó sobre el piso y se quedó colgando, sostenido por las manos. Luego se dejó caer sobre el césped. Se paró y giró en un círculo de trescientos sesenta grados, mirando todo. Como el césped, lo cubría una luz de sol violeta.

—¡Robinson!

No me oyó. Era obvio que no me ola. Levantó la cabeza en la dirección en que yo estaba, con el rostro oscuro bañado en el resplandor violáceo. No sé qué vio, pero a mí no. La extraña luz le daba un tono dorado a su piel. Miró a su alrededor, sonriendo con felicidad.

—¡Eh! —gritó—. ¿Sigue ahí?

—Aquí estoy. ¿Me oye?

—Si usted está ahí, no lo oigo, no lo veo, y no lo podrá creer, pero no me importa un bledo.

La señora González lanzó un grito. Gritó dos o tres veces y luego se puso a sollozar.

—Dígale a McCabe —gritaba Robinson—, dígame a McCabe que agarre el coche patrullero y se lo meta en el trasero... Dígame a McCabe...

Nunca me enteré qué otra cosa quería que hiciera McCabe, porque en ese momento McCabe irrumpió en el departamento de Montez, y luego los vi a los dos, a Robinson y a McCabe parados entre un montón de listones rotos y pedazos de yeso, mirándose.

McCabe alzó la vista y dijo:

—No se acerquen al borde porque se hunde todo el techo. Ya avisé a los bomberos. Vamos a hacer que desalojen el edificio, así que dígame a esa González que se ponga el abrigo y baje. —Luego miró a Robinson—. Tenías que hacer tu voluntad. No pudiste quedarte arriba. Tenías que demostrar que eres un atleta.

Robinson no dijo nada.

Más tarde, otra vez en el patrullero, le pregunté a Robinson qué había visto.

—¿En el departamento de Montez? Ese hombre tiene una cantidad de libros. Hay veces que me digo que yo debía haber sido maestro y no policía. Mi cuñado es maestro. Gana más que yo y lo respetan más. Nadie respeta a un policía. Uno se rompe la crisma y arriesga la vida, y te escupen en la cara.

—Así es —dijo McCabe.

—Una vez rescatamos a cuatro personas de un edificio que se incendiaba en la calle 140, negros, como yo, y un hijo de puta me tiró un ladrillo. ¿Por qué? ¿Por salvar a cuatro personas?

—Usted sabe a lo que me refiero. Cuando estaba parado allí en el césped y mirada alrededor, ¿qué veía?

—Una inmundada casa de inquilinato que debían haber echado abajo hace cincuenta años —dijo Robinson.

—Un auto como éste, por ejemplo —dijo McCabe—, es algo nuevo para usted. Mueve algunas influencias y le dicen, está bien, siéntese en el asiento de atrás y escriba un cuento. Para nosotros ésta es nuestra rutina, llueva o truene, día tras día. —Atendió un llamado en la radio—. Una tienda de vinos, esta vez. En la 117 oeste. Lo de Brady. ¿Sabe? —me dijo—. A ese lugar lo asaltan todos los meses sin falta.

Haciendo sonar la sirena aceleramos por la Avenida Amsterdam hasta la calle 117.

LA PROFESIÓN DEL GENERAL HARDY

La señorita Kanter no estaba segura si estaba enamorada del doctor Blausman o no, pero sentía que el privilegio que significaba trabajar para él recompensaba y equilibraba su devoción, aunque en realidad el doctor Blausman nunca se tiró un lance, ni siquiera se permitió esa intimidad especial que tienen muchos hombres con sus secretarias. No es que el doctor Blausman fuera un hombre frío. Era muy feliz en su matrimonio y se dedicaba por entero a su trabajo y a su familia. Era verdaderamente brillante. La señorita Kanter lloró de alegría el día que lo eligieron presidente de la Sociedad.

Por su parte, la señorita Kanter era una persona muy capaz y dedicada, y después de trabajar cinco años junto al doctor Blausman había llegado a desarrollar un sentido de percepción clínica muy característico. Cuando tomaba la historia de un paciente nuevo, no sólo hacía algo completo, sino revelador al mismo tiempo. El caso de Alan Smith, sin embargo, constituyó una excepción.

—Eso me molesta un poco —decía el doctor Blausman—. No me gusta tomar a nadie que no haya sido recomendado.

—Pero él ha sido recomendado, o alguien lo envió acá. Dijo algo que me hace pensar que es de Washington o de Boston. De Washington, creo. Supongo que no le conviene que se sepa que estuvo haciendo terapia.

—¿Por qué no puede convenirle?

—Ya sabe cómo es el gobierno para estas cosas.

—Debe haberlo encontrado muy atractivo.

—Muy buen mozo, doctor. Soy una mujer —la señorita Kanter no perdía oportunidad de recordárselo—. Pero necesitaba ayuda desesperadamente. Si es del gobierno, y de las altas esferas, pues... eso podría ser importante, ¿no?

—Pero se niega a decir quién lo recomendó, ¿eh?

—Sí. Pero estoy segura de que a usted se lo dirá.

—¿Le dijo cuánto eran mis honorarios?

—Por supuesto.

—¿Tiene un rostro familiar?

—Sí, vagamente familiar. Pero no tengo idea de quién es, en realidad.

El doctor Blausman tampoco tenía idea de quién era su nuevo paciente. Al día siguiente el hombre estaba sentado frente a su escritorio. Era fornido y bien parecido, de ojos celestes, pelo canoso y una mandíbula cuadrada que le habría quedado muy bien a un actor de películas del oeste en la década de 1930. Tenía unos cuarenta y seis años, un metro ochenta y tantos, y representaba un perfecto estado físico. Estaba nervioso, pero ése era el síntoma que llevaba a los pacientes al consultorio, por lo que no era nada extraño.

—Bien, señor Smith —empezó diciendo el doctor Blausman—, ¿por qué no me dice algo de usted, qué hizo que viniera a verme, quién lo recomendó, qué problemas tiene...?

—Mis conocimientos sobre el psicoanálisis son muy rudimentarios, doctor.

—Eso no importa. Importa que mis conocimientos sean algo más que rudimentarios. Como sinceramente lo espero. Pero por ahora, olvídense del psicoanálisis, olvídense que yo soy un psiquiatra, y piense que lo que yo hago es psicoterapia. ¿Le molesta pensar en el psicoanálisis?

—Supongo que sí. El diván y todo eso...

—Puede recostarse si quiere, o sentarse en una silla... Eso no es importante, señor Smith. Lo que importa es llegar a la raíz de lo que lo preocupa y ver si podemos aliviar el dolor. Comenzamos estableciendo una relación. Así que debe ser bastante franco. Es verdad que en terapia hasta las mentiras pueden ser reveladoras, pero así no conviene empezar.

—No lo entiendo.

—Yo creo que sí. Debo saber quién es usted. De lo contrario...

—Ya le dije que me llamo Alan Smith.

—Ése no es su verdadero nombre —dijo Blausman con suavidad.

—¿Cómo lo sabe?

—Si no me diera cuenta de cosas así, usted estaría cometiendo un error al acudir a mi.

—Ya veo... —El paciente se quedó en silencio por un momento—. ¿Y si me niego a darle otro nombre?

—En ese caso va a tener que buscar ayuda en otra parte. Ya bastante desconocida es una persona que hace frente en un plano de sinceridad. De otra manera es imposible.

El paciente asintió y durante un momento pareció reflexionar acerca de las palabras del médico.

—¿Es confidencial su tratamiento?

—Absolutamente confidencial.

—¿Graba las sesiones?

—No.

—¿Toma notas?

—En la mayoría de los casos, sí. Si hubiera una razón bastante convincente para que no tomara notas, no las tomaría. —Como el paciente no parecía estar seguro aún, el doctor Blausman agregó—: ¿Quizá querría pensarlo y regresar mañana?

—No, eso no va a ser necesario. Yo también me precio en ser un buen conocedor de las personas, y me parece que puedo confiar en usted. Me llamo Franklin Hardy. Soy general. Un general de tres estrellas, segundo comandante de la Junta Militar. Y una persona como yo no puede consultar a un psicoanalista.

—¿No ha pensado en renunciar o en pedir licencia, general Hardy?

—Sí, he pensado en eso. Pero mi orgullo me impide renunciar, y la situación actual es demasiado seria como para que pida licencia. Por otra parte, puedo funcionar. El país ha invertido mucho dinero en mí, doctor Blausman. Me parece que tengo que tener eso presente.

—¿Cómo llegó a mí? Usted está en Washington, ¿no?

—En el Pentágono.

—Así que si tenemos que vernos tres veces por semana (y me temo que eso sería lo mínimo), va a tener que viajar mucho. ¿No va a ser una molestia?

—Quiero que esto se mantenga en secreto, y eso sería imposible con alguien de Washington.

—Pero ¿por qué me prefirió a mí?

—Leí un trabajo suyo que me impresionó muchísimo. Su monografía sobre el síndrome de la amnesia.

—¿Sí? ¿Usted no tendrá amnesia, no?

—Tal vez... No lo sé.

—Muy interesante —el doctor Blausman miró fijamente al general—. Si leyó mi trabajo, sabrá que hay muchas variedades de amnesias, aunque la más común para la gente es la pérdida de identidad. De eso no sufre, claro. Hay amnesias infantiles, amnesias en los adolescentes, amnesias traumáticas, y cien variedades más causadas por *shock*, traumatismo de cráneo, drogas, senilidad... etc. ¿Por qué cree usted que padece de amnesia?

El general pensó por un rato, y luego habló con brusquedad:

—No estoy muy seguro de quién soy.

El doctor Blausman sonrió levemente:

—Eso es muy interesante. Pero ¿en qué sentido? Tengo muchos pacientes jóvenes que están desesperados por saber quiénes son. Pero eso es en un sentido religioso, filosófico o teológico. ¿Qué significado tiene su presencia en la tierra?

—Ése no es mi caso.

—Me acaba de decir que es el general Franklin Hardy. Le podría pedir que me mostrara sus documentos, pero eso no es necesario.

—¿Por qué no? —El general buscó en los bolsillos y le mostró varios documentos de identidad. Sonrió agradablemente—. No es que sean todo lo que necesito para identificarme. He estado en el ejército veintisiete años, y no hay blancos

en mi memoria. Luché en la Segunda Guerra Mundial, en Corea y en Vietnam. Tal vez lo recuerde.

El doctor Blausman asintió.

—Lo leí en los diarios —esperó durante un momento muy largo—. Continúe, por favor.

—Muy bien, permítame ser específico. Hace tres noches, me desperté. No soy casado, doctor. Como le decía, me desperté como a las cuatro de la mañana, y entonces no era el general Hardy.

—¿Está seguro que estaba despierto?

—Absolutamente seguro. No estaba soñando. Me levanté, y me di cuenta de que era otra persona.

—¿Estaba en un lugar extraño? Quiero decir, ¿era su dormitorio un lugar extraño para usted? ¿Estaba oscuro?

—No, podía ver. Nunca bajo las persianas, y había luz de luna. ¿Era extraño el lugar? —Frunció el ceño y cerró los ojos—. No, no del todo. Recordaba vagamente un lugar que debía haberme sido muy familiar. Me pregunté qué estaría haciendo allí. Debía saberlo.

—¿Y después?

—Y después volví a ser yo, y todo había terminado. Pero no pude volver a dormirme... Estaba muy nervioso... No soy un hombre nervioso, pero nunca me había sentido así.

El doctor Blausman miró su reloj.

—Me temo que se nos ha acabado el tiempo por hoy. ¿Puede volver el miércoles a la misma hora?

—Entonces...

—Sí, lo voy a ayudar. Voy a tratarlo, si lo prefiere así.

Durante el intervalo que se tomaba para almorzar, el médico le dijo a la secretaria:

—Puede hacerle una nueva historia al señor Smith, señorita Kanter. Volverá el miércoles.

—¿Desentrañó el misterio?

—Creo que sí. Es el general Franklin Hardy.

—¿Qué?

—Sí, el general Hardy.

—Y... usted... No, no es asunto mío.

—Precisamente. No soy un moralista ni un jurado, señorita Kanter. Soy un médico.

—Pero, por Dios, Vietnam no es sólo una guerra. Usted está enterado de lo que ha hecho.

—¿Qué diría usted si viniera aquí desangrándose, señorita Kanter? ¿Sería

correcto emplear un torniquete? ¿O sería más moral dejar que se desangre?

—¿Es una pregunta, doctor?

—No, simplemente se lo digo, señorita Kanter.

—No hay por qué enojarse. He tenido una reacción completamente normal. De cualquier manera, es un consuelo saber que se ha enloquecido.

—No se ha enloquecido. Además; esto debe ser absolutamente confidencial. Pidió que se guardara el secreto, y le prometí que así sería. Nadie debe saber que es paciente mío, ni su padre, ni su madre, ni su novio, nadie. ¿Está claro?

—Perfectamente claro —dijo la señorita Kanter con un suspiro.

Sentado frente al doctor Blausman con las piernas estiradas, el general Hardy dijo que nunca había pensado en la terapia de esa manera.

—Es el resultado el que cuenta, general, descubrir por qué. ¿Sueña mucho?

—Como cualquier persona, supongo. No me acuerdo nunca de mis sueños.

—Me gustaría que tomara notas. Tenga siempre un lápiz y un anotador junto a la cama. Con respecto a la noche que sucedió esto... ¿era la primera vez? —No, no era la primera vez.

—¿Cuándo fue la primera vez?

—Hace dos años, en Vietnam. Habíamos tenido que retroceder ante una gran ofensiva, y habíamos sufrido grandes pérdidas. Se habló de muchas cosas, y en una de nuestras reuniones se incluyó en el orden del día el uso de armas atómicas. Contra mi voluntad, le advierto. Ningún hombre en su sano juicio puede ni siquiera pensar en eso sin sentir un sudor frío, pero como estaban decididos a hablar del tema, resolví dejarlos hablar, para que se descargaran. Después de todo, no podían hacer nada sin mi voto. Escuché la discusión, y había un idiota (que no voy a nombrar) que se inclinaba por usar armas atómicas y terminar la guerra en cuestión de horas. Claro que ni siquiera hubiera terminado la guerra, pero el tipo estaba entusiasmado con su laboratorio, decía que nunca íbamos a saber si resultarían los nuevos inventos a menos que experimentáramos, y que éste era el lugar apropiado para el experimento. Yo no dije palabra, porque lo mejor en esos casos es dejar que ellos mismos se convenzan, y fue entonces cuando sucedió.

—¿Sucedió qué?

—Yo ya no era más el general Hardy. Era otro, y estaba escuchando a ese imbécil y riéndome de lo que proponía.

—¿Riéndose? ¿De qué manera?

—No como despreciándolo, ni en señal de desaprobación, sino que me reía como uno se ríe de un chico que tiene un juguete nuevo y está enloquecido con él. Me parecía divertido y... —se interrumpió.

—¿Qué iba a decir?

El general permaneció en silencio.

—No soy la Comisión del Congreso —dijo Blausman suavemente—. No soy el

público. Soy un médico. No estoy aquí para acusarlo ni descubrirlo, sino para ayudarlo. Si no quiere que lo ayude... bueno, la puerta está abierta.

—¡Ya sé que la maldita puerta ésa está abierta! —gritó el general—. ¿Piensa que estaría aquí si pudiera seguir viviendo así? Iba a decir que estaba divertido y fascinado.

—¿Por qué no lo dijo?

—Porque el yo es una mentira. No era yo. No era Franklin Hardy. Era el otro.

—¿Por qué dice el otro? —preguntó Blausman—. ¿Por qué no dice el otro hombre?

—No sé.

—¿Ha leído algo acerca de los seres posesos? ¿Y de los malos espíritus?

—Sí.

—Tiene referencias psicológicas interesantes. ¿Le parece posible, se le ocurre que pudo haber sido poseído?

—¡No! —Parece estar muy seguro.

—Estoy seguro —dijo el general acentuando lo que afirmaba.

—¿Por qué?

—Porque el síndrome (como lo llaman ustedes) no es sentirse posesionado o utilizado o manipulado, sino recordar, simplemente. Recuerdo quién soy.

—¿Quién?

—Eso es lo difícil. Pasa muy rápido.

—En esa reunión, ¿cuánto duró el recuerdo?

—Un minuto. Poco más o menos.

—Según entiendo yo —dijo el doctor Blausman cuidadosamente—, durante ese tiempo usted estaba encantado con que se usaran armas atómicas. ¿Admite eso?

—¿Me está preguntando si me animo a admitirlo? —dijo el general con dureza—. Está bien, lo reconozco. Sí, pero no como Franklin Hardy. Lo reconozco como el otro hombre.

—¿Que es usted mismo?

—Sí. ¿Entiende ahora por qué viajo desde Washington todos los días para consultar a un psiquiatra?

—¿Qué sucedió por fin en esa reunión?

—Como sabe, las armas atómicas no son fuegos artificiales. Descartamos la idea. En la sesión siguiente, el doctor Blausman volvió al incidente nocturno, preguntándole al general si alguna otra vez se había despertado.

—Sí.

—¿Cuántas veces?

Hardy pensó un momento.

—Catorce... o trece.

—¿Siempre a la misma hora?

—No. Algunas veces más temprano, otras más tarde.

—¿Recuerda alguna ocasión más que las demás?

—Sí. —Y el general cerró la boca, apretó la mandíbula, evitando mirarlo a los ojos. El médico esperó.

—No quiere hablar de eso —dijo por fin Blausman—. ¿Por qué?

—Maldito sea, ¿quiere enterarse de todo?

—De todo no. No le pregunto con quién se acuesta, ni los planes secretos de la Junta Militar, ni cómo juega al golf —dijo Blausman suavemente—. Si tuviera un trozo de metralla en el brazo izquierdo, no me metería con su pie derecho. Ya que estamos, ¿fue herido alguna vez?

—No.

—Ha tenido una suerte extraordinaria, con toda su experiencia. Volvamos al asunto del que hablábamos. Esa ocasión, de la que no quiere hablar... No es algo que lo asuste.

—¿Cómo lo sabe?

—Le molesta, pero no lo asusta. Existe una diferencia. ¿Qué pasó esa noche, general?

—Me desperté, y era otra persona.

—Era otra persona. ¿Por qué se acuerda de esa noche particularmente?

—Usted no afloja el hueso, ¿eh?

—Si lo hiciera, le estaría robando el dinero —dijo Blausman con dulzura—. Por eso es mejor que me hable de esa noche.

—Está bien. Me desperté. Era en mayo, y yo estaba todavía en Vietnam. Estaba por amanecer. Yo era yo (no Hardy) y ¡por Dios, qué bien me sentía! Me sentía como si hubiera ingerido diez granos de Dexedrina y tomado una botella de *whisky* sin emborracharme. ¡Me sentía tan fuerte físicamente, y tan contento! Tenía ganas de correr y saltar, de emplear todo ese vigor, como si hubiera estado con una camisa de fuerza durante años. Me sentí completo.

—¿Cuánto duró?

—Dos o tres minutos.

—¿Salió?

—¿Cómo sabe? —preguntó con curiosidad el general—. Sí. Salí, envuelto en mi bata. Era como caminar sobre nubes. Estaba amaneciendo, era una mañana limpia, fresca, maravillosa, como hay a veces en esa parte de Vietnam.

Frente a donde dormía había una reja de alambre de púas de una pulgada de espesor. Tomé un alambre y lo doblé como si fuera goma.

—Usted es fuerte.

—No tan fuerte. Bueno... después pasó. Volví a ser Franklin Hardy.

—¿Por qué no quería contármelo? —preguntó Blausman.

—No lo sé.

—¿Recuerda lo que dijo hace un momento? Dijo que cuando se despertó era usted mismo, no el general Hardy. Eso es extraño, ¿verdad?

—¿Dije eso?

—Sí.

—Es extraño —reconoció Hardy, frunciendo el ceño—. Siempre había dicho que era otra persona, ¿no?

—Hasta ahora.

—¿Cómo lo interpreta?

—¿Cómo lo interpreta usted, general? Eso es lo que importa.

Cuando el general se fue, el doctor Blausman le preguntó a la señorita Kanter si Alejandro Magno había sido herido alguna vez.

—Nunca me distinguí en historia. ¿El general piensa que él es Alejandro Magno?

—¿Y Napoleón?

—¿Si fue herido? ¿O piensa el general que él es Napoleón?

—Quiero que contrate a un investigador —dijo el doctor Blausman—. Que investigue a los trescientos militares más importantes de la historia. Quiero saber cuántos murieron en el campo de batalla y cuántos fueron heridos.

—¿Va en serio esto?

—Absolutamente.

—Bueno, si está dispuesto a pagar —dijo la señorita Kanter.

En la sesión siguiente, el doctor Blausman le hizo preguntas acerca de sus sueños:

—¿Ha estado haciendo anotaciones?

—Lo hice una vez.

—¿Sólo una vez?

—Parece que soñé una sola vez. O me acordé de un solo sueño.

—Cuénteme.

—Lo que me acuerdo. Estaba manejando un camión.

—¿Qué clase de camión? Quiero que sea muy específico y trate de recordar todos los detalles que pueda.

—Un camión tanque. Eso lo sé. Un camión tanque de un metal muy brillante, con un motor poderoso, seis marchas... —Cerró los ojos y luego meneó la cabeza.

—Está bien, un camión tanque. ¿Qué llevaba? ¿Aceite, leche, productos químicos, jarabe? Trate de acordarse, trate de visualizar.

El general seguía con los ojos cerrados. Su rostro bien parecido tenía una expresión de concentración, y el ceño estaba fruncido.

—Sí, un gran camión tanque. Con los cambios marcados en la palanca, pero ya sabía dónde iban. No tenían que enseñarme. Me bajé una vez, caminé alrededor del camión. Caños...

—¿Qué clase de caños?

—De plástico negro, creo. Un hermoso equipo para bombear. Recuerdo que pensé que el que lo había hecho era un experto.

—¿Por qué se bajó?

—Pensé que tenía que utilizar el equipo.

—¿Para qué? —insistió Blausman—. ¿Para qué?

Meneó la cabeza, y abrió los ojos.

—No lo sé.

—¿Era un camión de bomberos?

—No.

—¿Volvió al camión, luego?

—Sí. Arranqué de nuevo. En primera gemía como un gato enloquecido, o algo así.

—¿Dónde estaba usted? ¿Cómo era el lugar?

—Un lugar muerto. Como un desierto, sólo que no era el desierto. Era un lugar que alguna vez había estado lleno de vida, pero que ahora estaba muerto, seco.

—¿Seco? ¿Quiere decir que había árboles? ¿Plantas?

El general negó con la cabeza.

—Era un desierto. No crecía nada allí.

—Arrancó de nuevo. ¿Adónde iba?

—No sé.

—Piense. ¿Qué era usted?

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Qué profesión tenía?

—Ya le dije que manejaba un camión.

—Pero ¿qué profesión tenía? —insistió Blausman—. ¿Pensaba que era un camionero?

Después de pensar un momento, el general dijo:

—No, no pensaba que fuera un camionero.

—¿Qué, entonces?

—No sé. No lo sé. ¿Qué demonios importa?

—Importa muchísimo —dijo Blausman, asintiendo con la cabeza—. Un hombre es lo que hace. ¿No ha visto cómo hablan los chicos cuando dicen qué van a ser cuando sean grandes? Serán lo que hagan. Un hombre es su profesión, su trabajo. ¿Qué profesión tenía el hombre que manejaba el camión?

—Ya le dije que no sé.

—Usted manejaba el camión. ¿Quién era? ¿Era el general Hardy?

—No.

—¿Cómo estaba vestido? ¿Llevaba puesto un uniforme?

El general Hardy volvió a cerrar los ojos.

—¿Trajo las anotaciones? —preguntó el médico.

—Sé que decían las anotaciones.

—¿Estaba de uniforme, entonces? —dijo Hardy en voz muy baja.

—¿Qué clase?

Hardy frunció el ceño y apretó los puños.

—¿Qué clase de uniforme? —insistió Blausman.

Hardy meneó la cabeza.

—Trate de recordar —dijo suavemente Blausman—. Es importante.

Blausman lo acompañó hasta la puerta, y cuando la cerró tras sí la señorita Kanter dijo:

—Dios, ¡qué buen mozo!

—Si, ¿verdad?

—¿Cómo se sentirá una siendo la esposa de un general?

—Está perdiendo sus principios morales, señorita Kanter.

—Estoy especulando, simplemente, y eso no tiene nada que ver con la moral.

—¿Se ocupó de la investigación?

—Dios mío —dijo la señorita Kanter—, hace tan sólo dos días que me lo dijo.

—Estamos en el tercer día entonces. ¿Qué se sabe?

—Se la encargué a Evelyn Bender, que es amiga mía y enseña historia en la universidad de Hunter. Está muy entusiasmada con la idea y le va a cobrar ciento cincuenta dólares.

—Le pregunté que se sabe.

—¿En este momento?

—Sí, en este preciso instante. Llámela.

La señorita Kanter empezó a decir algo, miró al doctor Blausman, y a continuación habló a Evelyn Bender en Hunter. Blausman volvió a su consultorio con otro paciente. Cuando éste se marchó, la señorita Kanter le informó, con aspereza, que la señora Bender recién empezaba a investigar.

—Debe tener alguna indicación. ¿Le preguntó algo?

—Conociéndola, se lo pregunté. Es una estudiosa, y no le gusta hacer suposiciones.

—Pero las hizo.

—Cree que tal vez el noventa por ciento murió en la cama. Dijo que no se sabe mucho de las heridas.

—Esté permanentemente en contacto con ella.

Había una diferencia notable en el general Hardy en su visita siguiente. Se sentó en el cómodo sillón que usaba en lugar de diván, y miró durante mucho tiempo al doctor Blausman antes de decir algo. Sus ojos azules se veían muy fríos y muy distantes.

—Ha estado pensando acerca de su profesión —dijo Blausman.

—¿La profesión de quién? ¿Mi profesión?

—Estaba interesado en ver su reacción.

—Ya veo. ¿Sabe cómo pasé el fin de semana?

—No.

—Estuve leyendo acerca de la esquizofrenia.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó el médico.

—Por curiosidad... lo que es razonable. Me gustaría saber por qué usted no la mencionó nunca.

—Porque usted no es esquizofrénico.

—¿Cómo lo sabe?

—Hace veintitrés años que ejerzo mi profesión, general Hardy. Sería muy extraño que no reconociera un caso de esquizofrenia.

—¿Cualquier caso?

—Cualquier caso. Y no existiría duda después de una segunda visita.

—Entonces, si no soy esquizofrénico, doctor Blausman, ¿qué explicación le da a mi conducta?

—¿Qué explicación le da usted, general?

—Pues, bien... el neurótico encuentra la causa de su neurosis, destapa el pozo de horror, ¿a eso se refiere, doctor?

—Más o menos.

—Los sueños son muy importantes en el esquema freudiano. ¿Es usted freudiano, doctor?

—Todo analista es freudiano hasta cierto punto, general. Fue Freud el que estableció las técnicas de nuestra disciplina. Podemos haber cambiado muchas de sus técnicas, modificado muchas de sus premisas, pero seguimos siendo freudianos, hasta aquéllos de nosotros que repudian ese rótulo.

—Me refería a los sueños.

—Por supuesto —dijo Blausman con tranquilidad—. Los sueños son importantes. El paciente se vale de ellos para enfrentarse con sus problemas. Pero en lugar de las realidades de cuando está despierto, sus problemas se ven cubiertos de símbolos. Hay veces que los símbolos son muy oscuros. Otras veces no. Hay veces que son muy claros.

—¿Como en mi sueño?

—Sí, como en su sueño.

—Entonces, si entiende los símbolos, ¿por qué no me lo dice?

—Porque así no lograríamos nada. Es usted quien debe descubrir lo que significan los símbolos. Y ahora ya lo sabe.

—¿Está seguro de eso?

—Creo que sí.

—¿Y el camión?

—El camión exterminador, claro. Veo que ha recordado quién es.

—Soy el general Franklin Hardy.

—Eso lo convertiría en esquizofrénico. Ya le dije que usted no lo es.

—Dice que hace veintitrés años que ejerce su profesión. ¿Ha tenido un caso como

el mío alguna vez, doctor?

—¿En alguien que no es esquizofrénico? No.

—Entonces, ¿este caso es para la historia médica?

—Quizá. Tendría que saber mucho más.

—Admiro su interés científico.

—Es también simple curiosidad. ¿Quién es usted, señor?

—Antes de contestar esa pregunta, permítame formularle otra, doctor. ¿Se le ha ocurrido pensar alguna vez que en la historia y práctica de lo que llamamos humanidad hay una cierta falta de lógica?

—Sí, se me ha ocurrido.

—¿Qué piensa entonces?

—Soy psiquiatra, general. Me ocupo de la psicosis y de la neurosis, y ninguna de las dos es lógica. Son comprensibles, pero no lógicas.

—No me entiende.

—¿No? —dijo Blausman con paciencia—. ¿Qué quiere decir, entonces?

—Es algo fantástico.

—Nada me sorprende.

—Bien. Entonces, permítame que se lo explique a mi manera. La tierra es un planeta hermoso, rico y espléndido. Tiene todo lo que desea el hombre, pero nada de ello es ilimitado, ni el aire, ni el agua, ni siquiera la fertilidad de la tierra. Supongamos que existe otro planeta muy similar a la tierra... pero cuyos recursos se han extinguido. En ese planeta hay hombres igual que aquí, pero con una tecnología más avanzada. Como muchos hombres, son egoístas y todo lo quieren para sí, y quieren la tierra. Pero quieren la tierra sin su población humana. Necesitan la tierra para sus propios propósitos. Veo que no cree.

—La idea es ingeniosa.

—Y entonces llega a la conclusión de que los locos son ingeniosos. Permítame seguir con mi premisa, y como me ha asegurado que no soy esquizofrénico, puede meditar un poco acerca del tipo de locura del que padezco.

—Siga, por favor —dijo Blausman.

—Podrían atacar la tierra, pero eso causaría graves pérdidas y no se descartaría la posibilidad de una derrota, por más pequeña que fuera esa posibilidad. Entonces, hace algún tiempo, se les ocurrió otro plan. Se dedicarían a entrenar hombres para una profesión específica, los entrenarían a la perfección, y luego los traerían a la tierra, los colocarían en puestos clave, y luego los inducirían a una amnesia condicionada. De esa manera, los hombres sabrían lo que tenían que hacer, para qué habían sido entrenados, aunque no sabrían por qué debían hacerlo.

—Absolutamente fascinante —dijo Blausman—. Y en su caso, la amnesia se disipó.

—Creo que es algo limitado, de todas maneras. Llega el momento en que recordamos, pero de manera mucho más clara que yo. Conocemos nuestra profesión,

y también por qué se nos ha entrenado para ella.

—Y ¿su profesión? —preguntó Blausman.

—Naturalmente, somos exterminadores. Pensé que lo había entendido por el sueño. Entonces, doctor, ¿diría usted que estoy curado?

—Ah, eso sí que es difícil de asegurar —dijo Blausman, sonriendo.

—¿No me cree? ¿En verdad no me cree?

—No sé. ¿Qué intenciones tiene, general? ¿Me va a matar?

—¿Por qué diablos voy a hacer tal cosa?

—Acaba de definir su profesión.

—¿Matar a un insignificante psiquiatra de Nueva York, que tiene unos kilos de más? Vamos, doctor Blausman, padece de delirios de grandeza. Soy un exterminador, no un asesino.

—Pero como me ha dicho quién es...

Ahora le tocaba sonreír al general.

—Mi querido doctor Blausman, ¿qué podría hacer usted? ¿Le va a contar mi historia al intendente, al gobernador; al presidente, al FBI, a la prensa? ¿Cuánto tiempo podría mantener su *status* profesional? ¿Contaría una historia acerca de hombrecitos verdes, o de platos voladores? No, no hace falta matarlo, doctor. Eso sería un inconveniente. —Se puso de pie, listo para despedirse.

—Esto no lo exime del pago de mis honorarios —dijo Blausman. No se le ocurrió otra cosa que decir.

—Por supuesto. Envíeme la cuenta a Washington.

—Y como despedida, déjeme decirle que no creo ni una sola palabra de todo lo que me contó.

—Precisamente, doctor.

El general se fue, y el médico tuvo que esperar un rato hasta calmarse. Entonces salió del consultorio y le dijo con cierta brusquedad a la señorita Kanter:

—Saque el caso de este hombre y guárdelo en el archivo. Ya no vuelve mas.

—¿No? Evelyn Bender acaba de llamar diciendo que va a tener el informe listo para el miércoles.

—Dígale que lo rompa, y mándele un cheque. Cancele el resto de las sesiones de hoy. Me voy a casa.

—¿Pasa algo?

—No, señorita Kanter, no pasa absolutamente nada. Todo sigue exactamente igual.

RAZÓN VITAL

Lógicamente, el mensaje redactado en oscuros términos modernos, fue difundido en los Estados Unidos por los tres grandes canales de radio y televisión, en Inglaterra por la BBC, y en todos los demás países por los canales con mayor alcance. Los millones de millones de personas que corrieron a consultar la Biblia encontraron una copia exacta bastante razonable en Éxodo 32, versículos 9 y 10: «Y dijo el señor a Moisés: Veo que este pueblo es de dura cerviz. Déjame solo, que se encarnice mi saña contra ellos y que los deshaga».

El anuncio emitido por radio y televisión decía, simplemente: «Es necesario manifestar una razón que impida la destrucción de los habitantes de la Tierra». La firma era igualmente simple y directa: «Soy vuestro Dios y Señor».

El anuncio se oía una vez por día, a las once de la mañana en Nueva York, a las diez en Chicago, a las siete en Honolulu, a las dos de la madrugada en Tokio, a la medianoche en Bangkok, y así sucesivamente en el resto del globo. La voz era profunda, resonante, y hablaba en el idioma del lugar donde se hacía el anuncio. La voz era de una intensidad tal que se oía por encima de cualquier otro programa que se estuviera pasando en ese momento.

La primera reacción fue inevitable y esperada. Los rusos denunciaron a los Estados Unidos, afirmando que como los Estados Unidos, según ellos, habían cometido todos los pecados posibles en el nombre de Dios, ahora se metían a interceptar las transmisiones de radio y televisión. Los Estados Unidos le echaron la culpa a los chinos, y éstos al Vaticano. Los árabes culparon a los judíos, y los franceses a Billy Graham, los ingleses a los Rusos, mientras que el Vaticano conservó la calma iniciando una serie de investigaciones.

Las dos primeras semanas desde el comienzo del anuncio fueron dedicadas exclusivamente a las acusaciones. Todo grupo, organismo, secta o nación que tuviera acceso al poder fue acusado, mientras los técnicos de radio se afanaban por encontrar el origen de la señal. Poco a poco las acusaciones fueron desapareciendo en todos los diarios y en todos los debates de la radio y la televisión, mientras seguía sin hallarse el origen del mensaje. Las discusiones públicas que se suscitaron esas dos primeras semanas son de dominio público, no así las privadas, lo que hace que los siguientes extractos sean de interés histórico:

EL KREMLIN

Reznov: —No soy técnico de radio. El camarada Grinowski es técnico de radio. Si yo fuera el camarada Grinowski, volvería a la universidad diez años más. Es preferible eso, a diez años en Siberia.

Grinowski: —El camarada Reznov habla seguramente como experto en radios.

Bolov: —La insolencia, camarada Grinowski, no reemplaza a la competencia. El camarada Reznov es un marxista, y eso le permite llegar al fondo del asunto.

Grinowski: —Usted también es marxista, camarada Bolov, y al mismo tiempo comisario de comunicaciones. ¿Por qué no ha llegado usted al fondo del asunto?

Reznov: —No discutamos más. Usted tiene a su disposición todos los recursos de la ciencia soviética, camarada Grinowski. No se trata simplemente de que intercepten nuestras transmisiones. Es un ataque contra nuestra filosofía básica.

Grinowski: —Se han utilizado todos los recursos de la ciencia soviética.

Reznov: —¿Qué ha descubierto?

Grinowski: —Nada. No sabemos dónde se originan las señales.

Reznov: —¿Qué quiere usted entonces, camarada Bolov, ante la declaración del camarada Grinowski?

Bolov: —Se puede fusilar al camarada Grinowski, o pedir la colaboración del Metropolitano, o ambas cosas. Los del Metropolitano están esperando afuera.

Reznov: —¿Quién los llamó?

Grinowski (con una sonrisa): —Yo.

LA CASA BLANCA

Presidente: —¿Dónde está Billy? Ibamos a empezar a las dos. ¿Dónde está?

Secretario de Estado: —Lo llamé personalmente. Mientras tanto, podríamos oír al profesor Foster, del MIT.

Presidente: —Quiero que Billy oiga lo que tiene que decir el profesor Foster.

Profesor Foster: —Mi declaración es muy breve. Tengo varias copias. Puedo darle una copia a Billy o volverla a leer.

Fiscal: —Yo creo que la CBS es responsable de todo esto. La CIA está de acuerdo conmigo.

El comisionado general de comunicaciones: —La CBS no tiene nada que ver con esto. Creo que debemos oír la declaración del profesor Foster. Ha estado trabajando con nuestros mejores expertos.

Presidente: —¿Por qué diablos no ha llegado Billy?

Ministro de Defensa: —Podríamos oír la declaración del profesor Foster. Si es breve, la puede repetir para Billy.

Presidente: —Está bien. Pero debe leerla de nuevo para Billy. (Se abre la puerta. Entra Billy).

Billy: —Buenas tardes a todos. Que Dios los bendiga.

Fiscal: —¿Está seguro que representa a Dios?

Presidente: —El profesor Foster tiene una declaración que hacer. La semana pasada se ha reunido varias veces con mi comisión *ad hoc* de científicos. ¿Quiere leer la declaración, profesor?

Profesor Foster: —He aquí mi declaración. A pesar de todos los esfuerzos realizados, no nos ha sido posible descubrir el origen de la señal.

Presidente: —¿Eso es todo?

Profesor Foster: —Sí, señor. Eso es todo.

Fiscal: —Maldición, señor, usted está obligado a saber de dónde viene la señal. ¿Viene de más allá del espacio? ¿De la tierra? ¿De Rusia?

Profesor Foster: —Eso es todo lo que tengo que decir.

Presidente: —Bien, henos aquí con esta orden de dar una razón. Billy, no espero nada de los rusos o los chinos. ¿Podemos nosotros dar una razón?

Billy: —He estado pensando en eso.

Presidente: —¿Sí o no? (Silencio).

JERUSALEM

Primer Ministro: —Siguiendo la sugerencia del profesor Goldberg, he invitado al rabino Cohen a esta reunión.

Ministro de Relaciones Exteriores: —¿Por qué? ¿Para complicar más aún este lío?

Primer Ministro: —¿Por qué no escuchamos al profesor Goldberg?

Profesor Goldberg: —No sólo hemos estado trabajando en este asunto día y noche, sino que también hemos estado en contacto con los norteamericanos. Ellos tampoco pueden hallar el origen de la señal. Me parece que debemos escuchar al rabino Cohen.

Primer Ministro: —Lo que hagan los gentiles, rabino, es asunto de ellos. Para nosotros es algo mucho más personal, ya que, como todos sabemos, nuestra gente ya ha tenido que hacer frente antes a este problema. Estamos ante una orden que nos exige dar razones. ¿Podemos dar alguna razón?

Rabino Cohen: (Con tristeza). —Temo que no.

WHITEHALL

Jefe de Inteligencia: —He puesto a cuatro de nuestros mejores hombres a cargo de

este asunto. Están al norte de la frontera de Afganistán.

Primer Ministro: —¿Qué han informado?

Jefe de Inteligencia: —Hemos perdido contacto con ellos.

Primer Ministro: —Creo que deben ponerse al habla con el Arzobispo.

Jefe de Inteligencia: —Voy a encargar a uno de mis mejores hombres de ese asunto.
(Silencio meditativo).

EL VATICANO

Primer Cardenal: —No puedo creerlo. Después de dos mil años de labor.

Segundo Cardenal: —Labor agotadora.

Primer Cardenal: —Ni una palabra de agradecimiento. Sólo la exigencia de una razón.

Segundo Cardenal: —¿Se ha puesto en contacto con el Departamento de Asuntos Legales?

Primer Cardenal: —Sí, por supuesto que sí. Pero me informaron que el Señor está en todo Su derecho.

Estos extractos que acabamos de transcribir no son más que ejemplos de lo que ocurría en los altos círculos de todos los gobiernos de la tierra. Tanto el Vaticano como Israel, debido a la naturaleza tan especial de sus antecedentes, intentaron investigar a fondo durante un período fijo de tiempo, y por lo menos en cuatro ocasiones distintas se puso a su disposición todo el equipo de la Voz de América, tanto onda corta como larga, pero la pregunta frenética que hacían, «¿Cuánto tiempo nos queda?» fue ignorada. Día tras día la voz resonante y majestuosa exigía a los habitantes de la tierra que dieran una razón, exactamente a la misma hora, sin un segundo de diferencia.

Hacia la tercera semana, Rusia, China y sus respectivos países satélites hicieron una declaración pública en la que decían que la voz era una broma burguesa de mal gusto dirigida contra la integridad moral de las naciones amantes de la paz. Si bien reconocía que aún no se conocía el origen de la señal, aseguraban que averiguarlo solo era cuestión de tiempo. Pero los esfuerzos realizados por Moscú no tuvieron éxito, y por último China acusó a Moscú de formar parte de la conspiración occidental para imponer su concepto primitivo y antropomórfico de un Dios bíblico en el mundo civilizado.

Mientras tanto, los distintos sectores de la raza humana reaccionaron de todas las maneras posibles, desde el desdén al pánico, pasando por la indiferencia y el enojo. El presidente de los Estados Unidos sostuvo una larga y sincera discusión en su estudio con su amigo Billy. Como sólo se conocen los resultados de la conversación, hay que deducir el contenido, pero es dable suponer que fue más o menos así:

—He leído tu declaración, Billy, y debo decir que no es muy convincente —dijo el presidente.

—¿No? Bueno, a mí tampoco me parece gran cosa.

—Podrías haber hecho algo mejor.

—Tal vez. Tal vez no. Nunca me gustó este asunto de dar razones, me parece que no es constitucional exigir las.

—Sí que lo es —le aseguró el presidente—. Tuve una larga discusión con el presidente de la Suprema Corte. Él dice que es perfectamente constitucional.

—Quiero decir, en sentido general. No debemos ser demasiado provinciales en este asunto.

—Uno se acostumbra —confesó el presidente—. Hay que admitir que siempre hemos estado en el bando de Dios.

—La pregunta es: ¿está Él de nuestra parte?

—¿No estarás perdiendo la fe, Billy?

—Existe el problema de dar una razón.

—Debe estar de nuestra parte —insistió el presidente—. El procedimiento, por ejemplo. Nuestro país ha sido pionero en la utilización del requerimiento de dar razones en el campo legal. Antes que nadie en el mundo pensara en ello, ya nosotros lo utilizábamos para poner fin a huelgas subversivas. En lo que respecta a nuestra defensa, ¿qué otro país del mundo tiene un sistema de vida tan libre y pródigo como el nuestro?

—Eso no me parece pertinente.

—Nunca te he visto así, Billy. Yo hubiera jurado que eras el hombre más creyente de la tierra. ¿Quieres que te exima de esto y se lo dé al fiscal? Tiene un equipo legal excelente, y si la piensan entre todos, se les puede ocurrir una buena defensa.

—No es eso. Él hace una pregunta específica. Hay que decir la verdad.

—Hemos tenido que decir la verdad en varias oportunidades anteriores, y siempre hemos quedado bien parados.

—Esta vez es distinto.

—¿Por qué?

Billy miró al presidente y el presidente miró a Billy, y después de un largo silencio, el presidente asintió.

—¿No hay esperanzas?

—Se me ocurrió algo —dijo Billy.

—¿Qué? Pongo todos los recursos del país a tu disposición.

—Pensándolo bien —dijo Billy—, es la razón la que presenta la gran dificultad. Una cosa es predicar en el gran estadio de Houston, pero si uno pronuncia el mismo discurso en las Naciones Unidas, por ejemplo, nadie se lo traga.

—Claro que no.

—Excepto Inglaterra y Guatemala, pero ¿dónde está la mayoría que teníamos hace diez años?

—No estamos peor que ningún otro país y muchísimo mejor que los comunistas.

—Ése es el problema —dijo Billy.

—Dijiste que se te había ocurrido algo.

—Sí. Se trata de esa enorme computadora que tienes en Houston. Podemos empezar a programarla. Le pondremos de todo, bueno y malo. Conseguiremos los mejores hombres en la especialidad para su programación y haremos que constantemente la alimenten, durante una semana o diez días.

—No sabemos cuánto tiempo tenemos.

—Debemos presumir que Él sabe lo que estamos haciendo. Y mientras sepa que estamos tratando de hallar una respuesta, esperará.

—¿Podemos confiar en eso, Billy?

—Yo diría que es más que una suposición. Por Dios, tiene todo el tiempo del mundo. Él lo inventó.

—Empecemos con los de la IBM, entonces. Pueden utilizar varias computadoras y hacer un equipo que puede dejar chica a la de Texas.

—Si el gobierno paga. No sé cómo lo verán los de la IBM.

El proyecto de la IBM se materializó por fin. Como tenían campo libre para utilizar sus propios centros de computación y los que habían instalado en el Ministerio de Defensa, a las dos semanas ya empezaron a programar. Continuamente alimentaban de datos a las gigantescas computadoras, no una sola persona, sino más de trescientos expertos. El trabajo quedó completado exactamente en treinta y tres días de trabajo. El equipo de computadoras tenía todos los datos que se pudieron conseguir acerca del rol de la especie humana en la tierra.

Eran las tres de la mañana cuando el último dato entró en la inmensa máquina. En Control Central aguardaban un insomne presidente, su gabinete y un par de docenas de luminarias locales y representantes de países extranjeros. Billy esperaba junto a ellos. Y el mundo entero esperaba.

—¿Y, Billy? —preguntó el presidente.

—Tiene el problema y los datos. Ahora queremos la respuesta. —Se volvió al ingeniero principal de IBM—. Ahora les toca a ustedes.

El ingeniero asintió y apretó un botón. El gigantesco complejo de computadoras cobró vida, zumbó, palpitó, se apagaron y encendieron lucecitas, tardó sesenta segundos en digerir la información y luego diez segundos más en imprimir la información en un pedazo de cinta.

Nadie se movía.

El presidente miró a Billy.

—Mejor usted, señor —dijo Billy.

El presidente se dirigió lentamente hasta llegar a la máquina, cortó las seis pulgadas de cinta escrita, la leyó, luego se volvió hacia Billy y le entregó la cinta en silencio.

La cinta decía: «Harvey Titterson».

—Harvey Titterson —dijo Billy.

El fiscal se acercó y tomó la cinta de las manos de Billy. —Harvey Titterson— repitió.

—Harvey Titterson —dijo el presidente—. Hemos gastado un billón de dólares en construir el complejo de computadoras más grande de la tierra, y, ¿qué sabemos?

—Harvey Titterson —dijo el secretario de Estado.

—¿Quién es Harvey Titterson? —preguntó el embajador de Gran Bretaña.

¿Quién era? Dos horas después el presidente de los Estados Unidos y su amigo Billy estaban sentados en la Casa Blanca frente al rostro de bulldog del viejo director del FBI.

—Harvey Titterson —dijo el presidente—. Queremos que usted lo busque.

—¿Quién es? —dijo el viejo director del FBI.

—Si supiéramos quién es, no tendría que buscarlo usted —explicó el presidente lenta y respetuosamente, porque siempre le hablaba con mucho respeto al viejo director del FBI.

—¿Es peligroso? ¿Lo aprehendemos vivo o muerto?

—Usted no tiene que aprehenderlo, señor —le explicó Billy con mucho respeto, porque, igual que todos los demás, siempre le hablaba con mucho respeto al viejo director del FBI—. Sólo queremos saber quién es. En lo posible, no queremos que se alarme o que se lo moleste en lo más mínimo. En realidad, sería mejor si no se diera cuenta de que se lo observa. Sólo queremos saber quién es y dónde está.

—¿Han buscado su nombre en la guía de teléfonos?

—Hemos consultado con la compañía telefónica —respondió el presidente—. Quiero aclararle que no teníamos ninguna intención de pasar por encima suyo. Pero como sabemos la inmensa cantidad de trabajo que tiene su departamento, pensamos que la compañía telefónica podía simplificar nuestra tarea. Harvey Titterson no tiene teléfono.

—Podría ser un número que no figura en guía.

—No. La compañía telefónica nos prestó una colaboración valiosísima. No tiene teléfono.

—Ya encontraremos algo, señor presidente —dijo el viejo director del FBI—. Pondré a doscientos de mis mejores hombres en el trabajo.

—El factor tiempo es esencial.

—Sí, señor. El factor tiempo es esencial.

Como tributo al FBI y a la agudeza de su viejo director es preciso destacar que a los tres días había un informe sobre el escritorio del presidente. La inscripción del sobre decía: «Confidencial, reservado, restringido al uso especial del presidente de los Estados Unidos».

Antes de abrir el sobre, el presidente llamó a Billy.

—Billy —le dijo con mucha seriedad—, esto es para ti. Yo me las he visto con Rusia y China Roja, pero esta área diplomática está dentro de tu terreno. La leeremos

juntos.

Entonces abrió el sobre, y los dos leyeron: «Informe especial y secreto sobre Harvey Titterson, edad veintidós años, hijo de Frank Titterson y de Mary Bently de Titterson. Nacido en Plainfield, estado de Nueva Jersey. Concurrió a la escuela secundaria de Plainfield y a la universidad de California en Berkeley. Se especializó en filosofía. Fue arrestado dos veces por posesión de marihuana. La primera vez le suspendieron la sentencia. La segunda vez lo condenaron a treinta días de cárcel. Actualmente vive en el número 921 de la Calle 8 Este en la ciudad de Nueva York. Ocupación actual, desconocida».

—Ese Harvey Titterson, entonces —dijo el presidente—. Extraña es la obra de Dios.

—Yo no lo culparía a Él —dijo Billy—. Harvey Titterson salió de la máquina IBM.

—Quiero que tú te ocupes de esto, Billy —dijo el Presidente—. Quiero que lo sigas hasta el fin. Tienes carta blanca. El Fuerza Aérea 1 está a tu disposición, si la necesitas. Mi helicóptero personal también. Ésta es tu misión, y no necesito especificar que con ella se juega el triunfo o el fracaso.

—Haré todo lo que pueda —prometió Billy.

Dos horas más tarde, un automóvil negro del gobierno, manejado por un chofer, se detuvo frente al número 921 de la calle 8 Este, que resultó ser una vieja casa de inquilinato, de las que carecen de agua caliente, y Billy descendió del auto, trepó los cuatro tramos de escaleras, y golpeó la puerta.

—Entra, hermano —dijo una voz.

Billy abrió la puerta y entró en un cuarto cuyo mobiliario consistía en una mesa, una silla, una cama, y una alfombra. Sobre la alfombra estaba sentado, con las piernas cruzadas, un hombre joven, vestido con viejos pantalones vaquero y una remera. Tenía barba y bigote, de color rojizo, pelo del mismo color que le caía sobre los hombros, y ojos azules y brillantes. Billy notó que se parecía mucho a quien lo había nombrado.

Billy lo miró fijamente, y el joven le devolvió la mirada y dijo con voz agradable:

—Se nota que no eres de la policía y no eres el dueño de casa tampoco, así que es casi seguro que te has equivocado de lugar.

—¿Eres Harvey Titterson? —preguntó Billy.

—Así es. Por lo menos, hay momentos en que así lo creo. La búsqueda de identidad es algo complejísimo.

Billy se identificó, y el joven sonrió apreciativamente.

—Estás en el asunto, hombre —dijo.

—Permíteme ir al grano —dijo Billy—, porque el tiempo es un factor esencial. Acudo a ti por el dilema básico en que nos encontramos.

—¿Te refieres a la guerra en Vietnam?

—No, me refiero al pedido de una razón justificativa.

—Hombre, me confundes. ¿A qué te refieres?

—¿No lees los diarios? —preguntó intrigado Billy.

—Nunca.

—Debes escuchar la radio... o mirar la televisión.

—No tengo.

—Debes hablar con gente. En tu trabajo. Todo el mundo habla...

—No trabajo.

—¿Qué haces?

—Hombre, eres preguntón —dijo Harvey Titterson—. Fumo marihuana y medito.

—¿Cómo vives?

—Tengo padres ricos. Me sostienen.

—Pero hace varias semanas que empezó este asunto. Debes haber salido de aquí, ¿no?

—Hace días que medito sin salir.

—¿Eres un fanático religioso? —preguntó Billy, con cierto respeto en la voz.

—No, nada de eso.

—Permíteme entonces que te ponga al día. Hace algunas semanas, exactamente a la misma hora en todo el mundo, se oyó una voz en los canales y estaciones más importantes y dijo: «Es necesario manifestar una razón que impida la destrucción de los habitantes de la Tierra. Soy vuestro Dios y Señor». Eso dijo.

—Cósmico —dijo Harvey.

Absolutamente cósmico.

—Se repite todos los días. La misma voz, las mismas palabras.

—Absolutamente cósmico.

—Te podrás imaginar los resultados —dijo Billy.

—Debe haber habido un revuelo terrible.

—En China, en Rusia... en todo el mundo.

—Fuera de lo común —dijo Harvey.

—El presidente es amigo mío...

—¿Sí?

—Sucede que lo convencí que no había ninguna respuesta sencilla que dar. Me consulta a mí en todas estas cosas. Es un gran honor, pero esto es terrible.

—Absolutamente cósmico —dijo Harvey.

—Se me ocurrió una idea y se la propuse. Equipamos el complejo de computadoras más grande que haya existido, y le dimos todas las informaciones que tenemos. Todo. Y cuando le hicimos la pregunta, la respuesta fue tu nombre.

—Me estás tomando el pelo.

—Te doy mi palabra de honor, Harvey.

—Esto me confunde y me emociona.

—Te darás cuenta de lo que esto significa para nosotros, Harvey. Tú eres la última esperanza que tenemos. ¿Puedes darnos una razón?

—Muy, pero muy complicado.

—¿Quieres tiempo para pensar?

—No se necesita tiempo —dijo Harvey—. Si hay una razón, la hay.

—¿La hay?

Harvey Titterson cerró los ojos durante un rato largo, luego miró a Billy y dijo, simplemente:

—Somos lo que somos.

—¿Qué?

—Somos lo que somos.

—¿Nada más?

—Hombre, eso te toca a ti. Piensa, medita.

—Éxodo tres, catorce —dijo Billy—. «Y Dios le dijo a Moisés: Soy lo que soy».

—Exactamente.

Billy miró el reloj. Eran las once menos tres minutos. Casi sin decir gracias, salió corriendo del cuarto, bajó las escaleras a la carrera y se metió en el auto.

—¡Enciende la radio! —ordenó al chofer—. 880 del dial.

El chofer buscó la estación con nerviosidad.

—880 ¿qué pasa?

—Ésta es la Columbia —se oyó—, CBS en la ciudad de Nueva York. A esta hora suspendemos la transmisión para escuchar un anuncio especial. —Silencio. Un silencio prolongado. Pasaban los minutos, y silencio.

Luego se oyó la voz del anunciante:

—Aparentemente, hoy no habrá interrupción...

En el cuarto piso de la casa de inquilinato, Harvey Titterson lió un cigarrillo de marihuana, aspiró una vez, y lo dejó de lado.

—Una locura —dijo suavemente.

Y luego se preparó para continuar su meditación.

NO DE UN GOLPE SECO

En la tarde del tres de abril, de pie junto a la ventana de su hermosa casa en desnivel de tres dormitorios, admirando el crepúsculo, Alfred Collins vio una mano en el horizonte que extendió el pulgar y el índice y apagó el sol. Era el momento en que parece alargarse la última luz, pero se fue tan de pronto como si alguien hubiera tocado un interruptor.

Que es precisamente lo que hizo su esposa. Encendió las luces en toda la casa.

—Dios mío, Al —dijo—, oscureció temprano... ¿no?

—Es porque alguien apagó el sol.

—¿De qué diablos estás hablando? —preguntó su mujer—. Antes que me olvide, esta noche vienen a cenar los Benson, y después vamos a jugar al *bridge*, así que es mejor que te vistas.

—Está bien. No viste la puesta de sol, ¿no?

—Tengo otras cosas que hacer.

—Claro. Quiero decir que si hubieras estado mirando, habrías visto la mano que salió detrás del horizonte, extendió el pulgar y el dedo índice y entre los dos apagaron el sol.

—¿No me digas? Fíjate como juegas esta noche, Al. Si alguien duplica, quédate quieto. ¿Me lo prometes?

—Qué cosa curiosa eso de la mano. Me hizo acordar todas esas cosas sobre el antropomorfismo, de cuando era niño.

—¿Qué quiere decir eso?

—Nada. Nada en absoluto. Me voy a dar una ducha.

—No estés toda la noche en el baño.

Durante la cena, Al Collins le preguntó a Steve Benson si había mirado la puesta de sol esa tarde.

—No. Me estaba bañando.

—¿Y tú, Sophie? —le preguntó Collins a la mujer de Benson.

—No. Estaba arreglando el ruedo de mi vestido. ¿Qué piensa hacer el movimiento de liberación femenina acerca de los ruedos de los vestidos? He ahí la esencia del *status* de la mujer, el emblema de nuestra esclavitud.

—Es una de las bromas de Al —explicó la señora Collins—. Estaba parado junto

a la ventana cuando vio una mano enorme que salió detrás del horizonte y apagó el sol.

—¿Eso viste, Al?

—Lo juro. El índice y el pulgar estaban separados, y luego se juntaron, y ¡puf! el sol se apagó.

—Es encantador —dijo Sophie—. Tienes una imaginación maravillosa, Al.

—Especialmente cuando apuesta —señaló su mujer.

—Nunca se va a olvidar la vez que reduplicaste —dijo Sophie. Era evidente que ella tampoco lo iba a olvidar.

—Interesante pero nada práctico —dijo Steve Benson, que era ingeniero de la IBM—. Se trata de un cuerpo de más de un millón de millas de diámetro. La temperatura interna es de más de diez millones de grados centígrados, y en el centro los átomos de hidrógeno se reducen a ceniza de helio. Así que no es más que simbolismo poético. El sol va a estar con nosotros por mucho mucho tiempo.

Después de la segunda partida, Sophie Benson dijo que debía hacer frío en la casa, o de lo contrario se estaba enfermando.

—Sube el termostato, Al —dijo la señora Collins. Los Collins ganaron la tercera y la cuarta partida, y al despedirse de sus huéspedes esa noche, la señora Collins lo hizo con la tranquila superioridad de quien ha ganado. Al Collins los acompañó hasta el auto pensando que, después de todo, la vida en los alrededores de una ciudad es un extraño proceso de soledad y alienación. En la ciudad, un millón de personas debía haber visto lo que sucedió. Allí, Steve Benson estaba bañándose y su mujer arreglando un vestido.

Era una noche muy fría para otoño. Hacía poco había llovido, y los charcos que aún quedaban estaban congelados. El cielo, tachonado de estrellas, tenía la helada apariencia de pleno invierno. Los dos Benson habían venido sin abrigo, y mientras corrían al auto Benson dijo con sorna que Al debía tener razón con respecto al sol. Benson tuvo dificultad en hacer arrancar el motor del coche, y Al Collins se quedó junto a ellos, helado de frío, hasta que el auto se alejó. Entonces miró el termómetro de afuera. Había bajado a dieciséis grados.

—Bueno, les ganamos en toda la línea —observó su mujer cuando él entró en la casa. La ayudó a levantar la mesa y luego a arreglar todo, y mientras estaban haciéndolo ella le preguntó qué quería decir antropomorfismo.

—Es una noción primitiva. Como sabes, la Biblia dice que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza.

—¿Es eso? Yo creía en eso cuando era niña. ¿Qué estás haciendo?

Estaba junto al hogar, y dijo que iba a encender unos leños.

—¿En otoño? Debes estar loco. Además, yo misma limpié el hogar.

—Yo lo limpiaré mañana, no te aflijas.

—Bueno, yo me voy a la cama. Me parece una locura hacer fuego a esta hora de la noche, pero no me voy a poner a discutir contigo. Es la primera vez que has jugado

bien, y eso se agradece.

La madera estaba seca, y era un placer mirar el fuego que ardía agradablemente. Collins nunca había dejado de admirar el chisporroteo de los leños. Se preparó un *whisky* con agua y se sentó frente al fuego. Mientras bebía lentamente, recordaba sus pocos conocimientos científicos. Las plantas verdes morirían en una semana, y entonces desaparecería el oxígeno. ¿En cuánto tiempo?, se preguntó. En dos días, o diez. No podía acordarse exactamente y no tenía ganas de ir a consultar la enciclopedia.

Haría mucho, muchísimo frío. Se sorprendió por su reacción. No tenía miedo, sino mucha curiosidad.

Antes de irse a la cama, volvió a mirar el termómetro. Cero grado. Su mujer ya estaba dormida cuando subió al dormitorio. Se desvistió rápidamente y puso otra frazada antes de deslizarse junto a ella, que se acercó a él. Sintiendo ese cuerpo tibio junto al suyo, se durmió.

EL TALENTO DE HARVEY

Harvey Kepplemen no tenía idea de que tuviera ningún talento especial para nada, hasta un domingo a la mañana, durante el desayuno, cuando hizo que se materializara, de la nada, un bollito recién hecho.

Puso en equilibrio al universo. Reforzó el orden de las cosas. El hombre es el hombre, y especialmente en ésta era de igualdad, cuando la uniformidad ha llegado a ser una pasión y una religión, sería injusto que un ser humano decente de cuarenta años no tuviera absolutamente ningún talento. Sin embargo, Harvey Kepplemen carecía de todo talento. Hasta esa mañana. Igual que se dice «Fulanito es bajo», «Sutanita es gorda», «Menganito es bien parecido», de Harvey decían: «No tiene nada. No tiene ningún talento. Ni vigor. Es pálido. Sin sangre. Ninguna habilidad. Ni aptitud». Era un tipo callado, amable, de mediana estatura, ni feo ni buen mozo, ojos pardos y pelo castaño que empezaba a ralear moderadamente, tenía dientes pasables, con alguna corona de oro y las uñas limpias. Era contador y ganaba dieciocho mil dólares al año.

Así era. Nunca se enojaba, ni se sentía deprimido o de mal humor. Para cualquiera que se hubiera detenido a observarlo, le habría parecido una persona alegre. Sólo que nadie se detenía a observarlo. La madre de Suzie, su esposa, le preguntó una vez a su hija: «¿Harvey está contento siempre?».

«¿Contento? A mí no me ha parecido nunca que estuviera contento».

Ni a ninguna otra persona, pero eso se debía a que nadie perdía el tiempo pensando en Harvey. Tal vez si hubieran tenido hijos, éstos se habrían formado alguna opinión acerca del padre, pero se trataba de un matrimonio sin hijos. No era un matrimonio desgraciado, ni muy feliz. Era, simplemente, un matrimonio sin hijos.

Sin embargo, Suzie era moderadamente feliz. Era una mujer pequeña, morena, bastante atractiva, y aceptaba a Harvey tal cual era. Ninguno de los dos era rebelde. La vida era como era. Los domingos a la mañana eran siempre iguales. Dormían hasta tarde, aunque no demasiado tarde. Comían una comida que equivalía a desayuno y almuerzo a la vez, exactamente a las once. Suzie preparaba tostadas, dos huevos para cada uno, tres tajadas de panceta para cada uno, jugo de naranjas y café. Ponía sobre la mesa dos frascos de dulce, mermelada importada, como le gustaba a Harvey, y jalea de uvas, que le gustaba a ella.

Esa mañana se le ocurrió a Harvey que tenía ganas de comer un bollito recién horneado.

—¿Sí? —dijo Suzie—. No sabía que te gustaran de manera especial. Te gustan las tostadas.

—Sí, claro—dijo Harvey—. Me gustan las tostadas.

—Y siempre comemos tostadas.

—Como tostadas en el almuerzo, también —dijo Harvey.

—Hubiera comprado bollitos.

—Yo estaba pensando en esos bollitos que comía cuando era chico. Eran muy livianos y crocantes. Daban dos por cinco centavos. ¿Qué te parece, dos bollitos por un níquel?

—Parece increíble.

—Ya no hay de esos bollitos, y a ese precio —dijo Harvey con un suspiro—. ¿No Sería lindo si levantara la mano y me sirviera uno del aire?

Y entonces Harvey alzó la mano y se sirvió un bollito de la nada. Se quedó sentado con la boca abierta, el brazo congelado en el aire, mirando el bollito. Luego bajó el brazo lentamente y colocó el bollito sobre la mesa sin dejar de mirarlo fijamente.

—¡Qué magnífico, Harvey! —dijo Suzie—. ¿Era una sorpresa para mí? Lo hiciste muy bien.

—¿Qué hice?

—Sacaste ese bollito del aire —Suzie lo tomó—. Está caliente. Eres muy inteligente, Harvey. —Partió el bollito y lo probó—. ¡Qué bueno! ¿Dónde lo compraste, Harvey?

—¿Qué?

—El bollito. Espero que habrás comprado más.

—¿Qué bollito?

—Éste.

—¿De dónde salió?

—¡Harvey, lo acabas de sacar de no sé dónde! ¿Te acuerdas de ese mago que actuó en la fiesta de Lucy Gordon? Él hacía lo mismo con palomas blancas. Tú lo hiciste muy bien también con el bollito, y para mí fue una gran sorpresa. Me imagino cuánto habrás practicado.

—No practiqué nada.

—¡Harvey!

—¿De verdad saqué el bollito del aire?

—Sí, señor mago —dijo Suzie con orgullo. Se sentía verdaderamente orgullosa, y ésa era una sensación nueva para ella. Aunque nunca se había sentido avergonzada de Harvey, tampoco nunca había estado orgullosa de él.

—No sé cómo lo hice.

—Vamos, Harvey, deja de tomarme el pelo. Estoy terriblemente impresionada. De

verdad.

Harvey tomó el bollito, cortó un pedazo y lo probó. Era muy fresco. Pan muy bueno, como el que solía comprar de niño a dos centavos y medio.

—Pónle un poco de manteca —sugirió Suzie.

Harvey le puso manteca a su pedazo y luego un poco de mermelada. Se chupó los labios apreciativamente. Suzie le sirvió otra taza de café.

Harvey terminó el bollito. Suzie no quiso más que el pedacito inicial.

—Es muy curioso —dijo él—. Levanté la mano y lo tomé del aire.

—Vamos, Harvey.

—Eso es lo que hice. Eso es exactamente lo que hice.

—Se te están enfriando los huevos —le recordó Suzie.

El meneó la cabeza.

—Es imposible. ¿De dónde vino, entonces?

—¿Quieres que los vuelva a poner en la sartén?

—Escucha, Suzie. Quiero que me escuches. Empecé a pensar en esos bollitos que comía cuando era chico, y dije: «¿No sería lindo tener uno en este momento, levantar la mano y servirme uno, así?». —Uniéndolo a la acción a la palabra, tomó otro bollito del aire y lo tiró sobre la mesa como si fuera un carbón encendido.

—¿Ves lo que quiero decir?

Suzie juntó las dos manos.

—¡Maravilloso! ¡Magnífico! Te estaba mirando y no vi cómo lo hiciste.

Harvey tomó el bollito.

—No hice nada —dijo—. No he estado practicando prestidigitación. Tú me conoces, Suzie, y sabes que no sé hacer ni siquiera un truco con los naipes.

—Por eso es tan maravilloso, porque tenías todas esas habilidades que ignorabas, y ahora las utilizas.

—No, no. Fíjate cuando jugamos al *poker*, y me toca dar a mí, y todos se ríen porque ni siquiera sé mezclar los naipes, y cuando lo intento se me caen todos.

Suzie abrió los ojos, y por primera vez se dio cuenta de que su marido estaba sentado a la mesa con una remera sin mangas ni bolsillos y que no tenía ningún equipo, salvo la comida que se le estaba enfriando sobre el plato.

—Harvey, ¿quieres decir que...?

—Quiero decir... —dijo él—. Sí.

—Pero ¿de dónde? La panadería de Gettleson queda a tres cuadras.

—No hacen de estos bollitos en lo de Gettleson.

Permanecieron mirándose, en silencio.

—Debe ser un talento especial tuyo —dijo Suzie por último.

Más silencio.

—¿Serán bollitos únicamente? —dijo Suzie—. ¿Sólo eso? ¿Qué te parece si pruebas con una masita?

—No me gustan —dijo Harvey dolorosamente.

—Hay unas con relleno de ciruelas que te gustan. Cuando están calientes y tienen mucho dulce adentro.

—Ya no hay de ésas.

—¿Te acuerdas cuando fuimos a Washington, y nos detuvimos en ese motel cerca de Baltimore? Nos dijeron que tenían su propio cocinero que había trabajado en un gran hotel en Alemania, sólo que no era nazi ni nada por el estilo, y él mismo hacía las masitas y nos gustaron muchísimo. ¿Por qué no piensas en una de ésas, con relleno de ciruelas?

Harvey pensó en una de ésas. Con la mano temblando tomó una masita tan llena de dulce de ciruelas, en el espacio que había entre él y Suzie, que casi se deshizo en su mano. Se le cayó en el plato de huevos fríos.

—Arruinaste los huevos —dijo Suzie.

—Estaban fríos, de cualquier manera.

—Sí, claro. Puedo freír otros.

Harvey metió el dedo en el relleno de ciruelas y luego se lo chupó pensativamente. Rompió la masa y se la comió, sin importarle el pedazo de huevo que tenía pegado.

—¿Para qué voy a hacer más huevos? —observó Suzie—. Ya no tendrás hambre, después de comer eso dulce. ¿Está rico?

—Delicioso.

De repente Suzie quiso saber de dónde había venido la masita con relleno de ciruelas.

—Tú lo viste. Tú me dijiste que la pidiera.

—¡Dios mío, Harvey!

—Yo me siento igual. Qué cosa rara, ¿no?

—Sacaste esa masita del aire.

—Eso es lo que estoy tratando de decirte.

—Fue un truco —dijo Suzie—. Me siento descompuesta, Harvey. Me parece que voy a vomitar.

Se levantó y corrió al baño. Harvey oyó cómo apretaba el botón del inodoro. Luego oyó que se lavaba los dientes. Cuando volvió al comedor estaba más segura de sí. Le dijo a Harvey como si nada hubiera pasado que había leído un artículo en la sección revista del *New York Times* en que decían que los llamados milagros y fenómenos religiosos del pasado eran simplemente hechos científicos que actualmente son totalmente comprensibles.

—¿Cómo es eso, querida? —le preguntó Harvey.

—Quiero decir que la masita debe haber venido de alguna parte.

—De Baltimore —dijo Harvey.

—¿Quieres probar con alguna otra cosa? —preguntó ella.

—No, es mejor que no.

—Me parece que debemos llamar a mi hermano Dave.

—¿Para qué?

—No quiero herir tus sentimientos —dijo Suzie—, pero Dave sabe qué se debe hacer.

—¿Con respecto a qué?

—Ya sé que Dave no te gusta...

Dave era un hombre grande, dominante, arrogante, una persona insensible que despreciaba a Harvey.

—Dave no me gusta —reconoció Harvey. No le gustaba alimentar sentimientos de hostilidad hacia nadie—. Pero puedo llevarme bien con él —agregó—. Quiero decir, Suzie, no sabes cuánto trato de que me guste sólo porque es tu hermano, y cuando estoy con él...

—Harvey —lo interrumpió ella—. Ya lo sé. —Y telefoneó a Dave.

Dave siempre comía tres huevos para el desayuno. Harvey, sentado a la mesa del desayuno, miraba tristemente cómo se llenaba su cuñado mientras su mujer, Ruthie, explicaba cómo era la digestión de Dave, que nunca había tomado un laxante.

—Dave tiene un lema —explicaba Ruthie—. Uno es lo que come.

—El cerebro necesita alimentos, el cuerpo también —decía Dave—. ¿Qué problema tienes, Harvey? Estás preocupado. Deprimido. Cuando veo a un tipo deprimido sé qué es lo que le pasa. A veces uno está deprimido, otras veces no. Ése es el secreto de la vida, Harvey. Tan sencillo. ¿Hay más panceta, Suzie?

Suzie llevó la panceta a la mesa, se sentó, y luego explicó lo que había pasado esa mañana. Dave sonrió sin dejar de comer.

—Me parece que no entendiste bien —dijo Suzie.

Dave se limpió la boca, siguió masticando con vigor, y luego felicitó a los Kepplemen.

—Ruthie —dijo—, ¿cuántas veces he dicho que lo que les pasa a Harvey y Suzie es que no tienen sentido del humor? ¿Cuántas veces?

—Como cincuenta —contestó Ruthie agradablemente.

—No es extraordinario —dijo Dave comprensivamente—, pero está bien. Harvey hace que se materialicen cosas del aire. Muy bien.

—Cosas no. Unos bollitos y masitas.

—¿Bollitos? —repitió Ruthie.

—De esos que hacían cuando yo era chico —explicó Harvey—. Se deshacen por dentro y son crocantes por fuera.

—Aquí hay un poco del segundo bollito —dijo Suzie, dándoselo a Ruthie, que lo examinó antes de morderlo con cuidado—. ¿Te acuerdas que papá mojaba los bollitos en el café? —le dijo Suzie a Dave.

—Hay que ponerles manteca primero —le dijo Dave a Ruthie—. Pruébalo.

—No crees ni una sola palabra —dijo Suzie, y volviéndose hacia su esposo le dijo—: Hazlo de nuevo, Harvey. Demuéstrales.

Harvey meneó la cabeza.

—Vamos, Harvey, no te hagas rogar —dijo Dave—. Un sólo bollito. ¿Qué te cuesta?

Por primera vez esa mañana, Harvey se sentía bien, realmente bien. Extendiendo la mano en el aire sacó un bollito caliente de la misma nariz de su cuñado, lo miró un momento y luego lo puso sobre el plato de Dave.

—¡Dios mío! —exclamó Ruthie.

Suzie sonreía con alborozo. Dave miraba el bollito con la boca abierta, sin decir palabra.

—Está caliente. Cómelo —dijo Harvey con un tono de autoridad en la voz. Era la primera vez que hablaba así a su cuñado.

Dave meneó la cabeza.

Harvey partió el bollito y le puso manteca, que se derritió sobre el pan tibio. Se lo dio a Dave, que mordió con cuidado.

—No está mal, no está mal —Dave tragó dos bocados. Volvía a ser dueño de sí mismo—. ¿Cómo lo haces? —preguntó—. Es imposible. Eres la persona más torpe que conozco con un mazo de naipes, así que no puedes tener esta destreza. ¿Cómo lo haces Harvey?

Harvey sólo meneó la cabeza.

—Es un don —dijo Suzie.

—¿Lo sentiste venir, Harvey? —quiso saber Dave—. Quiero decir, ¿poco a poco, o cómo fue?

—¿Sólo bollitos? —quiso saber Ruthie.

—Masitas también —dijo Suzie.

—¿Qué masitas?

—Con relleno de ciruela.

—Eso lo tengo que ver —dijo Dave—, y entonces Harvey sacó una masita del aire. Dave se quedó mirando fijo y asintió, y luego probó la masa. —¿Es eso todo? ¿Bollitos y masitas?

—No he probado otra cosa.

Una sonrisa lenta y astuta se extendió por el rostro de Dave. Metió la mano en el bolsillo y sacó un rollo de billetes. Tomó uno de diez dólares y lo puso sobre la mesa.

—¿Sabes lo que es esto, Harvey?

Harvey lo miró sin comentarios.

—¿Y?

—Eso podría causar problemas.

—¿Por qué?

—Serían falsos.

—Vamos, Harvey. ¿Qué falsos? ¿Estás falsificando bollitos y masitas?

—Eso es diferente... Cuando se trata de dinero es un delito.

Las dos mujeres escuchaban y miraban con los ojos muy abiertos, sin decir palabra. Ahora estaban discutiendo problemas de moral, y lo que había sido algo muy

simple se convertía en algo complicado.

—No conozco a ningún contador que no haya cometido algún delito. Vamos, Harvey.

Harvey seguía negando con la cabeza.

—Es un don —explicaba Suzie—. Me da miedo. No debes tratar de persuadir a Harvey a que haga algo que no quiere hacer. Tú no lo quieres hacer, ¿verdad, Harvey? —le preguntó a su esposo—. Tienes que *querer* hacerlo para hacerlo.

—Escucha, Harvey, sé sincero conmigo —dijo Dave—. ¿Hiciste algo así antes? ¿Has estado practicando?

—¿Cómo se puede practicar?

—Eso es lo que te pregunto. Porque esto es algo grande, muy grande, Harvey. Si es un don que te surgió de pronto, entonces no tienes obligaciones con nadie. Puedes materializar una masita, o un billete de diez dólares. ¿Qué diferencia hay?

—En un caso, falsificación —dijo Harvey.

—Pavadas. Las masitas, ¿son falsificadas, o verdaderas?

—Sigue siendo falsificación, a pesar de tu argumento.

—Harvey, estás loco. Estás con los tuyos, con gente que te quiere. Estás protegido. Suzie es tu mujer. Yo soy su hermano. Ruthie es mi mujer. Somos tu familia. ¿Quién te va a denunciar? ¿Yo? ¿Iba yo a matar a la gallina de los huevos de oro? ¿Ruthie? No le dejaría hueso sano.

—Así es, te lo juro —dijo Ruthie ansiosamente—. Eso te lo puedo garantizar, Harvey. Me rompería todos los huesos del cuerpo.

—¿Suzie? Suzie, ¿denunciarías tú a Harvey? Una mujer no puede declarar en contra de su marido. Por eso te digo, Harvey, que aquí estás seguro.

—En realidad —dijo Suzie— es como un juego de salón, Harvey. Como si estuviéramos jugando a la Oca o algo parecido. Todo en broma. El juego es así: Dave te dice: haz aparecer un billete de diez dólares del aire. Tú lo haces. ¿Qué tiene eso de malo?

—Tal vez uno de un dólar —dijo Harvey, porque los argumentos lo estaban convenciendo.

—Muy bien —dijo Dave, sacando un dólar del bolsillo—. Yo mismo debería haberlo propuesto, Harvey. Hoy en día un dólar no vale absolutamente nada. Es una broma. —Puso el billete sobre la mesa y lo extendió—. Cuando yo era chico, se podía comprar algo con un dólar. Hoy, nada.

Harvey asintió, suspiró hondo, levantó la mano y tomó el billete de un dólar del aire. Suzie dio un chillido de satisfacción y Ruthie aplaudió, encantada. Dave sonrió, tomando el billete para extenderlo junto al otro sobre la mesa. Lo examinó detenidamente, y meneó la cabeza.

—Perdiste, Harvey.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues, es parecido a un billete de un dólar. La cara de Washington está bien, y

dice «un dólar», pero el color no está muy bien, es demasiado verde...

—Te falta la letra chiquita —exclamó Ruthie—. Donde dice que es moneda de curso legal.

Harvey vio que así era. La estampilla verde brillante del Ministerio del Tesoro era del mismo color que el resto del billete. Faltaban los números de serie, y el reverso se parecía a un billete de un dólar, pero no demasiado.

—Está bien, está bien, no te pongas nervioso —le dijo Dave—. Nadie esperaba que lo hicieras perfecto de la primera vez. Lo que tienes que hacer es fijarte bien en el original, y luego intentarlo otra vez.

—Prefiero no hacerlo.

—Vamos, Harvey, vamos. No te achiques ahora. ¿Quieres probar con un billete de diez?

—No, voy a intentar de nuevo con el de un dólar.

Levantó la mano y la cerró sobre un billete de un dólar. Todos lo examinaron con ansiedad.

—Bien, bien —dijo Dave—. Perfecto, no. Harvey, te olvidaste del sello, y el papel no está bien. Pero está mejor. Apuesto que éste pasaría.

—¡No! —Harvey se apoderó de los dos billetes falsos y se los guardó en el bolsillo.

—Está bien, está bien. No pierdas la calma, Harvey. Lo intentaremos de nuevo.

—No.

—¿Cómo no?

—No. Estoy cansado. Y tengo que pensar un poco en todo esto. Estoy medio loco con todo lo que pasa. ¿Cómo estarías tú si te pasara a ti?

—Hombre, compraría la General Motors en una semana.

—Yo no creo que tenga ganas de comprar la General Motors ni ninguna otra cosa. Tengo que pensar un poco.

—Harvey tiene razón —dijo Suzie—. Eres demasiado insistente, Dave. Harvey tiene derecho a pensar un poco.

—Y mientras piensa, se esfuma su nuevo don.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, le vino de repente. ¿No se le puede ir de la misma manera?

—No me importa si eso ocurre —dijo Suzie con lealtad—. Harvey tiene derecho a pensar en todo esto.

—Está bien. No me voy a mostrar irrazonable.

Sólo te pido que cuando haya meditado me llames. Voy a conseguir unos billetes de veinte y de cincuenta. Me parece que no debemos intentarlo con billetes más grandes, por ahora.

—Te llamaré.

—Está bien. No te olvides.

Cuando se hubieron ido Dave y Ruthie, Harvey le preguntó a su mujer por qué

había quedado en llamarlo.

—Yo no necesito a Dave —dijo—. Tú y Dave me tratan como a un imbécil.

—Se lo prometí para que se fuera.

—Me gustaría que por una vez estuvieras dé mi lado y no del de él.

—Eso no es justo. Siempre estoy de tu lado. Deberías saberlo.

—Pues no lo sé.

—Está bien, ¿por qué no lo agrandas más? ¿Por qué no piensas, ahora que ellos se han ido? —Se metió en el dormitorio, dio un portazo, y encendió la televisión.

Harvey se quedó sentado en la sala, pensando. Sacó del bolsillo los dos billetes, los estudió un momento, los rompió, y dirigiéndose al baño los tiró al inodoro y apretó el botón. Regresó al diván y siguió pensando acerca del asunto. Ya empezaba a oscurecer, y sentía hambre. Fue a la cocina y encontró jamón y par y una cerveza. Pero tenía ganas de comer una hamburguesa, no como las hacía Suzie, secas, insulsas, como cuero, sino tiernas y jugosas. Pensando que se había casado con una cocinera abominable, se sirvió una hamburguesa del aire. Estaba hecha a la perfección. Cuando probaba el primer bocado entró Suzie.

—¿Para qué vas a pensar en mí? —dijo ella—. Podría morirme de hambre mientras tú te llenas la panza.

—¿Desde cuándo te mueres de hambre?

—¿De dónde sacaste la hamburguesa?

Harvey tomó otra hamburguesa de la nada y la puso frente a su esposa.

—Tiene mucha cebolla —dijo Suzie—. Sabes perfectamente que odio la cebolla.

Harvey se levantó y tiró la hamburguesa en el tacho de basura.

—Harvey, ¿qué estás haciendo?

—Como no te gusta la cebolla...

—No puedes tirar la comida así. *

—¿Por qué no? —Harvey sentía que había cambiado, y el cambio podía resumirse en esas tres palabras, ¿por qué no? ¿Por qué no? Tomó otra hamburguesa del aire, esta vez sin cebollas, una hamburguesa seca, tal como las hacía ella.

—Permíteme invitarte —dijo con frialdad.

Ella mordió la hamburguesa y luego le informó, con la boca llena, que se estaba comportando de manera muy extraña.

—¿Extraña? ¿En qué sentido?

—Extraña, Harvey. Tienes que reconocer que estás actuando de manera muy rara.

—Está bien, pero ésta es una situación muy especial.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que puedo hacer materializar cosas —dijo Harvey—. Eso es muy especial. Nada de todos los días. Por ejemplo, ¿quieres torta de chocolate? —Levantando la mano se sirvió un trozo de torta de chocolate y se lo ofreció. Pruébala.

—Harvey, todavía estoy comiendo la hamburguesa, y no creas que no me doy cuenta de que lo que puedes hacer es muy especial.

—Pero no soy un chico —dijo Harvey—. Tengo cuarenta y un años.

—No eres un fracasado, Harvey.

—No te engañes. Soy un fracasado. ¿Qué tenemos? Cinco mil dólares en el banco, un departamento de cuatro dormitorios, no tenemos chicos, no tenemos nada, soy una nulidad a los cuarenta y un años.

—No me gusta oírte decir esas cosas, Harvey.

—Sólo estoy tratando de decirte que tengo que pensar en esto. Tengo que acostumbrarme al hecho de que puedo extraer cosas del aire. Es un talento muy especial. Tengo que convencerme de eso.

—¿Por qué? ¿No crees en tu propio talento, Harvey?

—Sí y no. Por eso tengo que pensar un poco.

Suzie asintió.

—Entiendo —comió la torta de chocolate y luego fue al dormitorio y volvió a encender el aparato de televisión.

Harvey la siguió y entró en el dormitorio.

—¿Por qué dices que entiendes? ¿Por qué siempre me dices que entiendes? —Ella trataba de concentrar su atención en la pantalla del televisor, y negó con la cabeza—. ¿Quieres apagar ese maldito cajón? —gritó Harvey.

—No me grites, Harvey.

—Escúchame entonces. Has visto cómo saco esas cosas del aire y me dices que entiendes. Te sirvo un trozo de torta de chocolate, y me dices que entiendes. Yo no entiendo nada, pero tú me dices que entiendes.

—Así son las cosas, Harvey. Mandan gente a la luna, y yo no entiendo nada de eso, pero así es la ciencia. Me parece magnífico que puedas sacar cosas del aire, Harvey. Me parece que si le ponen la información a una computadora, podrías saber cómo es.

—Entonces, ¿por qué dices que entiendes?

—Entiendo que quieras pensar en ello. ¿Por qué no te sientas a pensar en ello?

Harvey cerró la puerta del dormitorio y regresó al *living* para pensar en el asunto que lo preocupaba. La cabeza le explotaba de tantas ideas. Algunas eran muy creativas, como hubieran dicho sus amigos en las agencias de publicidad. Otras no. Otras eran simplemente la cristalización de sus insatisfacciones. Si el día anterior alguien le hubiera dicho que él estaba lleno de insatisfacciones, él lo habría negado con seguridad. Ahora reconocía que era un hecho al que podía hacer frente. Estaba insatisfecho con su vida, con su empleo, su hogar, su pasado, su futuro y su mujer. Nunca se había propuesto ser contador. Era algo que había sucedido. Siempre había soñado con vivir en una espaciosa casa en el campo, y sin embargo vivía en un departamento miserable, de paredes endebles, en un edificio enorme y mal construido, en la Tercera Avenida en Nueva York. Su pasado era monótono, y su futuro no prometía mucho más. ¿Su mujer?

Pensó en su mujer. Suzie no le disgustaba; eso no. No tenía nada en contra de ella,

pero tampoco nada definitivo en su favor. Era una mujer baja, morena y bonita, pero no se podía acordar exactamente cómo se había casado con ella. En realidad, le encantaban las rubias grandes, altas, bellas y abundantes. Soñaba con mujeres así, las miraba por la calle, se dormía pensando en ellas y cuando se despertaba seguía pensando en ellas.

En este momento se puso a pensar en una de ellas. Y comenzó a sonreír. Se le había ocurrido una idea y no podía librarse de ella. Se sentó erguido en la silla y miró la puerta del dormitorio. Oyó el televisor a todo volumen a través de la puerta cerrada.

—¡Al diablo con todo! —exclamó. Había nacido un nuevo Harvey Kepplemen. Se irguió en el asiento—. Alta, rubia, hermosa —murmuró, y meditó si quería que fuera inteligente—. ¡Al diablo con la inteligencia!

Extendió las manos al aire y de pronto allí estuvo, pero no pudo sostenerla y entonces se cayó cuan larga era, extendida sobre el piso. Era una mujer rubia, completamente desnuda, una mujer muy hermosa, de senos grandes y magníficos, ojos azules, abiertos, pero muy inmóvil, aparentemente sin vida.

Harvey la miraba.

Se abrió la puerta del dormitorio y apareció Suzie, que también se quedó mirándola.

—¿Qué es eso? —gritó Suzie.

La respuesta era obvia. Harvey tragó con fuerza, cerró la boca, y se inclinó sobre la hermosa rubia.

—¡No la toques!

—A lo mejor está muerta —dijo Harvey sin fuerzas—. Tengo que tocarla para averiguarlo.

—¿Quién es? ¿De dónde vino?

Harvey se dio vuelta para mirar a Suzie a los ojos.

—No.

Harvey asintió.

—No. No puedo creerlo. ¿Eso? —Suzie se acercó hasta llegar junto a la rubia—. Tiene como dos metros de alto. Harvey, ¿qué clase de degenerado eres?

Harvey la tocó con discreción justo debajo de los enormes senos. Estaba tan fría como un pescado muerto.

—¿Y?

—Está tan fría como un pescado muerto —replicó Harvey sombríamente.

—Búscales el pulso.

—Está muerta. Mírale los ojos. —Le buscó el pulso—. No tiene pulso.

—Magnífico —dijo Suzie—. La has hecho muy bien, Harvey. Hemos aquí con una mujer rubia muerta, con glándulas mamarias de tamaño gigante. ¿Qué pasa ahora?

—Me parece que deberías cubrirla —sugirió Harvey débilmente.

—¿Qué te parece que voy a hacer? —Suzie exclamó, dirigiéndose al dormitorio de donde regresó con una frazada que apenas si cubrió al enorme cuerpo.

—¿Qué hago ahora? —se preguntó Harvey.

—Devuélvela al lugar de donde la sacaste.

—Estás bromeando.

—Haz la prueba —dijo Suzie, una mujer que él no conocía, fría y desagradable—. Si puedes sacar cosas así del aire, a lo mejor puedes volverlas a poner allí.

—¿Cómo? ¿Por qué no me dices cómo, ya que eres tan inteligente y lo sabes todo?

—No soy una degenerada.

—¿Quién es degenerado? ¿Por qué dices eso?

Suzie descubrió el cuerpo.

—Mírala.

—Está bien, ya la he visto. ¿Qué hacemos con ella?

—¿Qué harás tú, querrás decir.

—Está bien, está bien. ¿Qué hago?

—Álzala y devuélvela.

—¿Adonde?

—Adonde diablos sea que sacas estas cosas, junto con tus roñosos bollitos y tus inmundas masitas.

Harvey meneó la cabeza.

—Hace mucho que estamos casados, Suzie. Nunca te he oído hablar así.

—Antes nunca me regalaste una rubia muerta, de dos metros.

—Supongo que no —dijo Harvey, sacando del aire una masita rellena de ciruelas.

—¿Para qué haces eso?

—Quiero ver si la puedo devolver.

—Mira, Harvey —dijo Suzie, suavizando el tono de la voz—, no tienes que devolver una masita, sino a esta bestia. —Mientras ella hablaba, Harvey trataba de perforar el aire con la masita—. Harvey, deja eso.

Dejó de hacerlo, rezando esperanzado para que regresara al ámbito desconocido de donde había salido, pero se le cayó desparramándose sobre uno de los inmensos senos, y el relleno de ciruelas cubrió la enorme glándula mamaria. Harvey corrió a buscar una servilleta, trató de limpiar pero sólo consiguió empeorar las cosas. Suzie lo ayudó con una esponja húmeda y toallas de papel.

—Deja que yo lo haga, Harvey.

Limpió bien y mientras lo hacía Harvey levantó una de las largas y robustas piernas.

—Suzie, yo no podría levantarla. Se necesitaría una grúa. Debe pesar ciento veinte kilos.

—Supongo que siempre quisiste una así. Está fría como el hielo.

—¿Crees que yo la maté? —preguntó él con tristeza.

—No sé. Me parece que voy a llamar a Dave.

—¿Para qué?

—El sabrá qué es lo que hay que hacer.

—Por mí, tu hermano Dave puede morir.

—Como ésta. Claro. ¿Por qué no deseas que me muera yo también?

—Nunca te deseé la muerte. Estoy hablando de tu hermano Dave.

—Por lo menos se le puede ocurrir algo.

—A mí también —dijo Harvey—. Tengo una idea sencilla. Llamar a la policía.

—¿Qué? Harvey, ¿estás loco? Está muerta. Tú la hiciste así, muerta. Tú la mataste.

—La hice muerta, sí. ¿Qué hacemos, entonces? ¿La cortamos en pedacitos y la tiramos por el inodoro? Ninguno de los dos podemos ver sangre. ¿La tiramos en un baldío? Ni con el roñoso de tu hermano podríamos levantarla.

—Harvey —rogó ella—. Pensemos qué podemos haber.

Pensaron durante unos minutos, y luego Harvey llamó a la policía.

Un cadáver, según descubrió Harvey ese día, requería todo un equipo. Había nueve hombres dando vueltas por el pequeño departamento. Ocho tenían funciones específicas: realizaban tareas relacionadas con la ambulancia, eran oficiales de uniforme, etc. Entre ellos se encontraban, además, el fotógrafo, el experto en impresiones digitales y el forense. El noveno era un hombre de enormes hombros, vestido de particular, que se llamaba teniente Serpio. Era él quien les decía a los demás lo que debían hacer y nunca sonreía. Harvey y Suzie lo observaban desde el sofá en que estaban sentados.

—Está bien, sáquenla —dijo Serpio.

Lo intentaron.

—Nunca vi nada igual —murmuraba el forense—. Tiene más de dos metros.

—Kelly, no te quedes ahí parado, ¡ayúdalos! —le dijo Serpio a uno de los policías uniformados.

Kelly se unió a los de la ambulancia, y entre todos alzaron a la enorme rubia hasta ponerla sobre la camilla. Colgaba de los dos extremos. Cuando se la llevaron, Suzie le dijo a su marido:

—No eres un degenerado, Harvey, sino un puerco chauvinista. Eso es lo que eres, uh puerco que utiliza a las mujeres como objeto sexual.

—Está bien —dijo Harvey—. Nunca le hice nada a nadie, y ahora todos se me echan encima para aplastarme.

—Un puerco chauvinista —repitió su mujer.

—A mí no me parece que lo sea.

—Si piensas en ello, verás que tengo razón.

—¿De qué murió, doctor? —le preguntó el teniente Serpio al forense.

—Quién sabe. A lo mejor se rompió la espalda de soportar todo ese peso que llevaba adelante. Me la llevo, y después de abrirla un poco, le paso el informe.

El departamento quedó con menos gente. Aún estaban Serpio y un policía de uniforme. Serpio, de pie frente a Harvey y a Suzie, los miraba con atención.

—Cuéntenmelo de nuevo —dijo.

—Ya se lo conté.

—Cuéntemelo de nuevo. Tengo mucho tiempo. Hace veinte años que practico en esta ciudad, y creía que ya lo había visto todo. Pero no es así. Esto rompe la monotonía de mi trabajo y me proporciona una nueva actitud ante las cosas. ¿Quién es ella?

—No sé.

—¿De dónde salió?

—La saqué del aire.

—Ya lo sé. La sacó del aire. Podría enviarlo al manicomio directamente, sólo que estoy intrigado. ¿Siempre saca cosas del aire?

—No, señor-contestó amablemente Harvey. —Desde esta mañana.

—¿Y usted? —le dijo a Suzie—. ¿Usted también saca cosas del aire?

Ella negó con la cabeza.

—Es un don de Harvey.

—¿Qué otras cosas saca Harvey del aire? —preguntó el teniente con paciencia.

—Masitas.

—¿Masitas?

—Con relleno de ciruelas —explicó Harvey.

El teniente pensó un momento.

—Ya veo. Dígame, señor Kepplemen, ¿por qué con relleno de ciruelas, si no es preguntar demasiado?

—Eso lo puedo explicar yo —interrumpió Suzie—. Cuando estábamos en Baltimore...

—Déjelo explicar a él.

—Porque me gusta —dijo Harvey.

—¿Qué tiene que ver Baltimore?

—Las hacen muy bien allí —dijo Harvey.

—¿A las masitas?

—Sí, señor.

—¿Quiere decirme ahora quién es la rubia?

—No sé.

—¿Quiere decirme cómo murió?

—No lo sé.

—El médico dice que hace horas que murió. ¿Cuándo vino aquí?

—Ya se lo dije.

—¿Dónde están sus ropas, Harvey?

—Se lo dije. La hice así, tal cual estaba.

—Está bien, Harvey —dijo el teniente con un suspiro—, voy a tener que

arrestarlo a usted y a su esposa y llevarlos conmigo, porque con una explicación como la que me dan no me queda otra alternativa. Ahora les voy a decir cuáles son sus derechos. No, al diablo con eso. Vamos a hacer otra cosa. Los dos se vienen conmigo, y no los vamos a arrestar todavía hasta que no sepamos de qué murió. ¿Qué les parece?

Harvey y Suzie asintieron, sombríos.

Camino a la estación de policía, en la calle Centre, iban sentados en el asiento de atrás, cuchicheando.

—Demuéstraselo con una masita —decía Suzie todo el tiempo.

—No.

—¿Por qué no?

—No quiero hacerlo.

—Pues no te cree. Eso se ve a la legua. Si sacaras una masita tal vez te creería.

—No.

—¿Una hamburguesa?

—No.

El teniente Serpio los condujo a una oficina donde había muchos policías uniformados y otros vestidos de civil, les indicó un mostrador y les dijo, muy solícito:

—Siéntense aquí los dos, y no se pongan nerviosos. Si quieren algo, le dicen a ese hombre que está detrás del mostrador.

Luego se dirigió al mostrador y le dijo algo en voz baja al tipo que estaba detrás. Después de un par de minutos el policía del mostrador se acercó a ellos y les dijo:

—Quédense sentados aquí y no se pongan nerviosos que todo se va a arreglar. ¿Quiere una masita con relleno de ciruela, Harvey?

—¿Por qué?

—Por si tiene hambre. No es molestia. Lo mando al chico, y en cinco minutos vuelve con la masita. ¿Qué le parece?

—No —contestó Harvey.

—Me parece que deberíamos llamar a un abogado —dijo Suzie.

El policía se fue, y Harvey le preguntó a su mujer a quién pensaba llamar, ya que no conocían a ninguno.

—No sé, Harvey. Siempre hay abogados a quienes se puede llamar. Tengo miedo.

—Piensan que estoy loco o que soy un asesino. Así estamos. Ojalá nunca hubiera visto a ese roñoso hermano tuyo.

—Harvey, sacaste esa masita del aire antes de que mi hermano pisara nuestra casa.

—Es verdad —dijo Harvey.

En ese momento el forense, sentado frente al teniente Serpio y al jefe de detectives, les decía:

—No es un asesinato porque esa rubia enorme nunca estuvo viva.

—Soy un hombre muy ocupado —dijo el jefe de detectives—. Tengo once

homicidios esta noche, justo hoy que es domingo, sin contar los dos suicidios. Así que no me confundan más.

—Yo estoy confundido también.

—Bien. ¿Qué pasa con la rubia, entonces?

—Está muerta sólo en un sentido técnico. Como ya dije, nunca estuvo viva. Ha sido fabricada por una especie de doctor Frankenstein o algún otro tipo de loco. Afuera está bien, excepto que el que la hizo se olvidó de las uñas de los pies. Por dentro no tiene corazón, ni riñones, ni pulmones, ni sistema circulatorio, prácticamente carece de sangre, porque lo que tiene no es sangre.

—¿Qué tiene adentro, entonces? —preguntó Serpio.

—Algo así como carne cruda.

—¿De qué demonios habla? —exigió el jefe de detectives.

—No sé —dijo el forense.

—Vamos, vamos, le traigo una rubia muerta, de dos metros de alto, que hace que uno quiera ser un jugador de basket, soltero, sin importarle que esté muerta, y sale diciéndome que nunca estuvo viva. He visto a muchas que están más muertas que vivas, pero siempre ha habido un momento en que estaban vivas.

—Ésta no. Ni siquiera tiene columna vertebral, así que no pudo ni siquiera pararse y defenderse. Creo que voy a escribir una monografía sobre este caso, para publicar en Inglaterra. Es curioso, pero uno puede publicar una cosa así en Inglaterra y lo respetan. Aquí no. Y ya que estamos, ¿de dónde la sacaron?

—Es un caso de Serpio.

—¿Estaba desnuda?

—Tal como está ahora —dijo Serpio—. La encontramos tirada en el suelo en el departamento de un matrimonio de apellido Kepplemen. Él es contador. Los tengo arriba.

—¿Los acusó de algo?

—¿De qué?

—Algo extraordinario —dijo el forense—. Uno tiene un trabajo como éste en el que no pasa nada interesante durante años. ¿De dónde dicen ellos que salió?

—Este tal Harvey Kepplemen —replicó Serpio, observando al jefe de detectives— dice que la sacó del aire.

—¿Sí?

—¿De qué diablos hablas, Serpio? —dijo el jefe de detectives.

—Eso es lo que dice él. Dice que saca masitas rellenas de ciruela del aire, y de ahí sacó también a ella.

—¿Masitas rellenas de ciruela?

—Así es.

—Muy bien —dijo el jefe de detectives—. Tengo que suponer que estás cuerdo y que no estás borracho. Si estás loco, te damos una cura de reposo. Si estás borracho, te doy una paliza. Tráelos aquí a esos dos.

—Tengo que estar presente —dijo el forense—. No puedo dejar de estar presente. Esta vez Serpio no lo llamó Harvey, sino señor Kepplemen.

—Señor Kepplemen —dijo con suavidad—, el jefe de detectives quiere verlo en su despacho.

—Estoy cansada —se quejó Suzie.

—Un poco más, y a lo mejor podemos aclarar todo esto. ¿Qué le parece, señora Kepplemen?

—Quiero que sepa —dijo Harvey—, que nunca me había sucedido algo así. Tengo buen nombre. Hace dieciséis años que trabajo en la misma compañía.

—Eso ya lo sabemos, señor Kepplemen. En seguida terminamos.

Unos minutos después todos estaban en el despacho del jefe de detectives: Harvey y Suzie, Serpio, el jefe y el forense. El jefe sirvió café.

—Sírvanse, señores Kepplemen —dijo—. Han tenido un día cansador. —Su voz era dulce y suave—. Me han dicho que puede sacar masitas del aire. Puedo mandar a comprar algunas, pero para qué, si usted las consigue por nada, ¿no?

—Bien...

—A Harvey no le gusta sacar cosas del aire —dijo Suzie—. Le parece que está mal hacerlo. ¿Verdad, Harvey?

—Pues —dijo Harvey, inquieto— pues... nunca en la vida tuve ningún talento. Mi madre era Ruth Kepplemen... —Se interrumpió, mirándolos en la cara, uno por uno.

—Siga, Harvey —dijo el jefe de detectives—. Díganos lo que quiera.

—Bien, era una artista. Pintó muchos cuadros, y continuamente le decía a sus amigos que su hijo Harvey no tenía absolutamente ningún talento para nada.

—¿Qué pasó con las masitas?

—Bueno, Suzie y yo pasamos una vez por Baltimore...

—El teniente Serpio ya nos contó eso. Se me ocurre que como todos estamos tomando café, y es más de medianoche, sería una buena idea que usted sacara unas masitas del aire.

—¿No me cree? —dijo Harvey con tristeza.

—Digamos más bien que queremos creerle, Harvey.

—Por eso queremos que nos lo demuestre, Harvey —dijo Serpio—, para que le creamos y terminemos esto.

—Esperen un momento —dijo el forense—. ¿Estudió biología alguna vez, Harvey? ¿Fisiología? ¿Anatomía?

Harvey negó con la cabeza.

—¿Cómo es posible?

—Nos mudábamos de ciudad continuamente. Hay muchos blancos en mi educación.

—Ya veo. Pues bien, Harvey, veamos cómo lo hace.

Harvey extendió la mano pero no sucedió nada. En su rostro se pintaban la

confusión y el desencanto. Probó por segunda y por tercera vez, sin resultado.

—Harvey, prueba con bollitos —le rogó Suzie.

Lo intentó, también sin resultado.

—Harvey, concéntrate —rogó Suzie.

Se concentró, pero sin resultado.

—Harvey, por favor —rogó Suzie, y entonces, cuando se dio cuenta de que no había nada que hacer, se volvió a los policías y les dijo que era culpa de ellos, y amenazó con buscar un abogado y demandarlos.

—Serpio, ¿por qué no haces que un policía lleve a los Kepplemen a su casa? —sugirió el jefe de detectives. Cuando se fueron Serpio, Harvey y Suzie, le dijo al forense que había pocas cosas que no veía un policía en su vida.

—Ahora ya lo he visto todo —dijo—. Dígame, doctor, ¿le tomó las huellas digitales a la muerta?

—No tenía huellas digitales.

—¿Cómo?

—Así son las cosas —dijo el forense—. El sueño de todos los muchachos: una bomba de dos metros de alto con 130 de busto. ¿Cómo puedo extender un certificado de defunción para algo que nunca vivió?

—Ése es problema suyo. Sigo pensando que debí dejarlos detenidos a esos dos.

—¿Por qué?

—Por eso no los detuve, por carecer de razón.

—¿Es religioso usted, doctor?

—Ojalá lo fuera.

—Quiero decir que esto es una especie de milagro.

—Todo es un milagro: la vida, la muerte...

—Sí. Bueno, póngale Jane Doe, y métala en la heladera antes de que empiece a husmear la prensa. Lo único que nos falta.

—Sí, lo único que nos falta —repitió el forense.

Mientras tanto, ya de regreso en el departamento, Suzie lloraba desconsoladamente mientras Harvey trataba de consolarla explicándole que nunca hubiera podido hacer un billete de diez dólares exactamente igual a los verdaderos.

—¿A quién le importan los malditos billetes?

—¿Por qué lloras, entonces, querida?

—¡«Querida»! Tantos años que he vivido contigo, y todo lo que querías era una enorme mujerona de dos metros de alto con 130 de busto.

—Porque nunca conseguí nada de lo que quería —trató de explicar Harvey.

—¿Ni siquiera a mí?

—Excepto tú, querida.

Se fueron a la cama, y todo volvió a ser lo mejor que podía ser.

LA MENTE DE DIOS

—¿Cómo se siente? —me preguntó Greenberg.

—Bien. Como el diablo. Asustado. Un poquito enfermo, abombado, siento también un vacío en el estómago. Descompuesto. Me parece que podría vomitar cuando se me ocurriera. Pero sobre todo, asustado. Bien, por otra parte.

—Muy bien.

—¿Por qué muy bien?

—Porque sabe perfectamente cómo se siente. Eso es muy importante en este momento. Si me dijera que está inspirado por nobles resoluciones y que no tiene miedo, me preocuparía.

—Yo estoy preocupado-le dije. —Muy preocupado.

—No hay ningún contrato, nada que lo obligue de ninguna manera —dijo lentamente Zvi.

Leban, sin quitarme sus fríos ojos azules de encima. No podía verlo como al brillante físico, tan a menudo comparado con Einstein y Fermi, que había ganado el Premio Nobel. Para mí era un israelí, de la clase que respeto pero que no tiene mis simpatías, un hombre frío como el hielo y dueño de una voluntad implacable que no tiene nada que ver con el valor ni la cobardía, sino que es pura resolución.

—La puerta está abierta.

—Zvi, termina con eso —dijo con tranquilidad el doctor Goldman.

—Está bien —dijo Greenberg. Greenberg era muchas cosas: médico psiquiatra, físico, filósofo, hombre de negocios. Era un hombre gordo y bonachón, con cara de luna, de sesenta y un años, que nunca alzaba la voz ni se enojaba—. Está bien. Tiene que enfrentarse con todo ahora, con su miedo, sus esperanzas, sus resoluciones, y también con la puerta abierta. Con el hecho de que puede irse y que nadie le va a recriminar nada. Eso lo entiende, ¿no, Scott?

—Lo entiendo.

—No tenemos secretos. Un proyecto como éste no tendría sentido y sería inmoral si tuviéramos secretos entre nosotros. A lo mejor lo mismo es inmoral, pero temo haber perdido contacto con eso que los demás hombres llaman moralidad. Nos pasamos siete años tratando de encontrar el alma, y luego llegamos a nuestra decisión. Ya eso ha terminado. Ust fue mi amigo, sigue siendo mi amigo. Lo traje a

esto desde el comienzo, y luego usted se colocó en el mismo centro. Zvi estaba en contra de usted, como sabe. El pensaba que debía ser un judío. Goldman y yo no opinábamos igual que él, y Zvi respetó nuestra decisión.

—Me gustaría cerrar la puerta —dije—. No habría venido hoy si no estuviera decidido. Lo estoy. Le dije a Zvi que no tenía ningún odio. Me he desprendido del odio. Tenía que decir la verdad acerca de eso. Zvi lo considera una falta de resolución.

—No se volvió a casar —dijo Goldman.

—No sé qué quiere decir.

—Esta discusión no tiene sentido ahora —dijo Zvi—. Scott sigue adelante con la idea. Es un hombre valiente, y me gustaría estrecharle la mano.

Lo hizo con gran formalidad.

—¿Desea hacer algunas preguntas? —preguntó Goldman—. Tenemos una hora. —Era un hombre delgado, de una brillantez incisiva. Tenía un cáncer maligno imposible de operar. Le quedaba un año de vida, pero su muerte inminente sólo lo impulsaba a sentir curiosidad y una incierta tristeza. Eran, por cierto, tres hombres muy particulares.

—Sí, tengo algunas. He estado pensando últimamente en cosas que no se me habían ocurrido antes. No sé si debo hacer preguntas en este momento.

—Por supuesto que debe hacerlo —dijo Goldman—. Ya bastantes dudas tiene. Si puede aclarar algunas, mucho mejor.

—Pues bien, he estado pensando en aspecto matemático, y no entiendo nada, por lo que creo que una hora no es suficiente.

—No.

—Uno trata de ver todo en imágenes. Supongo que los matemáticos nunca hacen eso.

—Algunos sí, otros no —dijo Zvi, sonriendo por primera vez—. Yo lo he hecho, pero ha obstaculizado mi trabajo. Por eso dejé de hacerlo. Del mismo modo que no hay palabras para las cosas que no conocemos, tampoco hay imágenes para los conceptos que están afuera de nuestra experiencia conceptual.

—¿Específicamente, Scott? —me preguntó Greenberg.

—Se me ocurre, por ejemplo, que este proyecto no debería tener lugar. No deberíamos estar aquí en este depósito de piedra en Norwalk, Connecticut. No deberíamos haber planeado lo que planeamos. No nos enfrentaríamos a la necesidad de hacerlo.

—Posiblemente.

—En ese caso, ¿correría yo el albur de destruirlos a ustedes, y con ustedes a miles, quizá millones de seres vivientes?

—Estamos ya —dijo Zvi— en la parte conceptual y matemática. La respuesta es no, pero no tengo forma de explicarlo.

—¿Se lo puede explicar a usted mismo?

Zvi negó con la cabeza lentamente, y Greenberg dijo:

—Einstein tampoco podía visualizar su proposición de que el espacio podía ser curvo y limitado, Scott.

—Pero yo sí puedo visualizar cosas—protesté—. —No puedo visualizar cosas tan complicadas como la proposición de Einstein, pero sí que veo veinticuatro horas atrás. Ayer a esta hora estábamos los cuatro aquí, sentados a esta misma mesa. Yo estaba bebiendo *whisky* con soda. ¿Entonces? ¿Quiere decir que hubo dos yo, idénticos los dos?

—No. Eso sería simplemente ayer.

—¿Y si tuviera una botella de vino en la mano en lugar de un vaso de *whisky*?

—Entonces propone usted una paradoja —dijo suavemente Goldman—, y entonces cesan de funcionar nuestros poderes de razonamiento. Ésa es la razón por la cual no probamos la máquina. Mi querido Scott, tanto usted como yo nos enfrentamos a la muerte, que es también una paradoja y un misterio. Somos físicos, matemáticos, hombres de ciencia, y hemos descubierto ciertas coordenadas, y de ellas hemos desarrollado ciertas ecuaciones. Nuestros símbolos funcionan, pero nuestra mente, nuestra visión o nuestra imaginación no podría seguir esos símbolos. Yo puedo pensar en una muerte que es inevitable, la maduración de un tumor maligno que tengo adentro. Usted, que es un hombre más valiente, acepta la posibilidad de la muerte que es su empresa. Pero ninguno de los dos es capaz de comprender qué es lo que nos espera. ¿Se considera un buen cristiano?

—No especialmente.

—Como yo tampoco puedo considerarme un buen judío, si es que esos términos tienen sentido. Pero hace muchos años oí la leyenda de Moisés, que no podía entrar en la tierra prometida. Parado junto a él en el Monte Nebo estaba Dios, quien le reveló todo lo que había sucedido y todo lo que iba a suceder, el pasado y el futuro... Eso está todo en símbolos. ¿Entiende por qué no podemos aventurarnos a probar la máquina, a trasponerlo hacia atrás ni siquiera un día?

—No.

—En ese caso debe aceptar nuestra palabra, como lo ha hecho hasta ahora.

Me encogí de hombros y asentí.

—¿Alguna otra pregunta, Scott? —me preguntó Greenberg.

—Mil, además de todas las que he hecho antes. Tengo miles de preguntas, pero ustedes no tienen las respuestas.

—Ojalá las tuviéramos —dijo Goldman—. Sinceramente.

—Bien, sigamos adelante. Primero, el dinero.

Greenberg lo puso sobre la mesa, en pequeñas pilas. —Diez mil dólares. Hubiéramos querido que fuera más, pero creemos que esto servirá para cubrir cualquier contingencia. No fue fácil conseguirlo, créame, Scott. Tuvimos que tocar todas las cuerdas que tenemos en Washington, y si alguien dice que no se puede sobornar a los funcionarios de los museos, está equivocado. Pague en efectivo sin

dudar. Era el método más común en ese entonces. Hay doscientas libras inglesas, por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—¿Quién sabe? No queremos que tenga que cambiar dinero, y por eso incluimos estas pequeñas sumas en francos y liras.

—¿Y en marcos?

—Alemanes y austríacos, alrededor de cinco mil dólares de cada uno. Aunque parezca extraño, fue más fácil conseguirlos que los dólares. Tenemos nuestros contactos particulares. En realidad, casi todos los marcos fueron proporcionados por un hombre que tiene alguna idea de lo que estamos haciendo.

—¿Y el revólver?

—Decidimos que no era conveniente. Sabemos que en esa época todos llevaban revólver, pero en este caso va a estar más seguro con el cuchillo solamente. Aquí lo tiene. —Puso sobre la mesa un cuchillo plegable, de mango de nácar.—Tiene cuatro hojas, como se usaba entonces. Use la grande. Está afilada como una navaja.

Zvi me observaba cuidadosamente con los ojos entrecerrados. Abrí el cuchillo de cuatro hojas y probé el filo de la hoja más grande. Sentí alivio de que no me dieran el revólver. Después de todo, probablemente era un mundo más civilizado que el que habitamos...

Goldman trajo una caja grande de cartón y la puso sobre la mesa.

—Su ropa-explicó, sonriendo como si se disculpara. —Puede empezar a cambiarse ahora. Es sorprendente, pero están bastante en estilo. A lo mejor va a querer conservarlas después.

—Después...

Greenberg esperó, pensativo.

—Nosotros somos ese después. Eso es lo que me enloquece.

—Diga todo lo que quiera, Seott —dijo Greenberg.

—Somos ese después. Eso es todo.

—No piense en eso. No tenemos la mente hecha para lo paradójico.

—Como yo soy, no sois vosotros, ni pensáis como pienso yo —dijo Goldman.

—¿Citando a Dios?

Goldman sonrió, y de pronto me tranquilicé y empecé a sacarme la ropa.

—Maldito sea, lo envidio —dijo de repente Zvi—. Si no tuviera esta maldita renguera y dos úlceras al duodeno, iría yo mismo. A ningún hombre le han dado esta oportunidad antes. Nadie ha tenido esta experiencia. Va a entrar en la mente de Dios.

—Para ser ateos, ustedes son los judíos más religiosos que yo haya conocido.

—Ésa es parte de la paradoja, también —dijo Greenberg—. La etiqueta del traje es Heffner y Kline. Eran unos sastres espléndidos. Tweed irlandés importado, hilado y tejido a mano. En su valija hay otro traje de casimir azul oscuro. Los dos son un poco abrigados para el mes de mayo, pero en aquella época no se usaba el traje tropical. También lleva seis camisas, ropa interior, y todo lo necesario.

Trajo la valija de donde estaba, contra la pared, junto al extraño laberinto de caños y alambres que habían tardado siete años en construir. Goldman le puso el cuello a la camisa y me la entregó.

—¿Usó alguna vez una camisa como ésta?

—Mi padre las usaba. —Era la primera vez que pensaba en mi padre en muchísimos años, y de repente el recuerdo me abrumó.

—No —dijo Zvi, meneando la cabeza.

—¿Por qué no? —pregunté con desesperación—. ¿Por qué no? No me conocería.

—Tampoco lo conocería usted —dijo Zvi—. Será el año 1897. Usted no nació hasta el 1920. ¿Cuántos años tenía cuando usted nació?

—Treinta y seis.

—Entonces en 1897 tendría unos 13 años. ¿Para qué, Scott? —preguntó Greenberg.

—No sé para qué. Que Dios me ayude si sé para qué. ¡Si pudiera verlo, sin embargo!

Goldman se acercó a mí y me ayudó a abotonarme los dos botones de oro que sostenían el cuello de la camisa. —Ya está. Permítame que le ponga la corbata, Scott. Sé exactamente cómo va. Observe con cuidado, para que aprenda. Y siga nuestro consejo. Estamos interfiriendo con un diagrama esquemático, un enorme diagrama esquemático, y mientras menos interfiramos, mejor va a ser. Lo que dijo Zvi hace un rato es verdad: entramos en la mente de Dios. Somos hombres audaces, todos nosotros. También locos, posiblemente. Los que hicieron explotar la primera bomba atómica también eran locos. Develaron un misterio, y el mundo tuvo que pagarlo caro. Nosotros también interferimos con un misterio, y pagaremos un precio. Pero debemos interferir lo menos posible. No debe distraerse de su objetivo. No debe hablar con nadie, a menos que sea imprescindible. No debe tocar nada, no debe cambiar nada, excepto eso que nos hemos propuesto. Observe ahora cómo hago el nudo de la corbata. Muy sencillo, ¿no?

Yo ya era dueño de mí mismo y lo único que quería era empezar. Greenberg me ayudó a ponerme el saco.

—Hermoso. No hemos traicionado la tradición de Heffner y Kline. Usted es un caballero bien vestido de la clase alta, Scott. Pruébese el sombrero ahora.

Me dio un sombrero de fieltro que me quedaba muy bien.

—Era de mi abuelo —dijo con placer—. Entonces hacían las cosas para que duraran, ¿no? Ahora escúcheme bien, Scott. Nos quedan diez minutos. Tome la billetera. —Me entregó una billetera muy grande, de cocodrilo, llena de billetes—. Tiene todo lo que necesita: papeles, documentos, lleva el cuchillo, dinero. Cámbiese los zapatos. Éstos son hechos a mano. Hemos pensado en todos los detalles. En la billetera va a encontrar el itinerario completo y detallado, en caso de que se olvide de algo. Este reloj —agregó, dándome un reloj de bolsillo, magnífico, de tapa de oro— perteneció a mi abuelo. Junto con el sombrero. Lo he hecho revisar, y funciona a la

perfección.

Terminé de atar los cordones de mis excelentes botines, hechos a mano. No iba a tener que domarlos, pues eran muy blandos. Greenberg siguió dándome instrucciones en forma rápida y precisa.

—Tiene exactamente 29 días, 4 horas, 16 minutos y 31 segundos. Exactamente a esa hora después de llegar, debe volver aquí al depósito. Entonces lo habremos abandonado tres años antes, y va a estar tan vacío como cuando mi abuelo compró la propiedad hace medio siglo.

Dentro de unos minutos voy a marcar sus botines con una pigmentación roja que va a desaparecer cuando parta. No importa en qué estado de nerviosidad se encuentre cuando regrese, esa pigmentación roja va a estar ahí en el suelo. Cuando vuelva, se coloca en la misma posición. ¿Está claro?

—Perfectamente.

—Se dirige a la estación de ferrocarril, toma el primer tren a Nueva York y compra el pasaje de ida y vuelta para el barco inmediatamente. Desde el momento en que llegue hasta que parta el Victoria, van a pasar dieciocho horas. No se mueva de su camarote. En el viaje hable con la menor cantidad de gente que le sea posible. Alegue mareos, si fuera necesario.

—No voy a tener que fingirme mareado.

—Mejor aún. El barco llegará a Hamburgo, y allí compra un pasaje de primera clase hasta Viena. Eso ya lo sabe, pero lo mismo tiene todas las instrucciones detalladas en la billetera. ¿Repasó alemán?

—Hablo alemán bastante bien. Eso ya lo saben. ¿Qué pasa si no puedo volver al depósito a tiempo?

Greenberg se encogió de hombros.

—No lo sabemos.

—¿Sigo viviendo en un mundo en el que mi padre es un niño?

—Siempre la paradoja-dijo Zvi. —No haga eso. Es malo para usted, malo para su mente.

—Mi mente está perfectamente bien —le aseguré—. Un hombre que está con un pie en el infierno no se preocupa por su mente. Lo que me preocupa es el cuerpo.

—Quedan sólo cuatro minutos —dijo Greenberg suavemente—. ¿Se acerca aquí, Scott? Quédese exactamente allí, entre los electrodos, y mantenga la valija tan pegada a su cuerpo como pueda.

—¡Los cigarros! —le recordé—. No tengo ni uno.

—Los de esos días eran mejores. Habanos puros. Compre algunos. ¡A su lugar!

Tomé la valija, me puse el sombrero del abuelo de Greenberg en la cabeza, y me quedé quieto en el lugar preciso.

—Un pie primero —dijo Greenberg, arrodillándose frente a mí. Marcó las dos suelas y el taco con una pigmentación rojiza—. No se mueva ahora.

—Tres minutos —dijo Goldman.

—Tiene un aspecto impresionante con ese sombrero y ese traje —admitió Zvi.

—¿Cuánto tiempo voy a estar afuera? —pregunté—. En nuestro tiempo, quiero decir.

¿Cuánto tienen que esperar hasta que regrese?

—Nosotros no esperamos. Si regresa, sigue estando aquí.

—Eso no tiene sentido.

—Ésa es la paradoja —dijo Zvi—. Le advertí que no debía pensar de esa manera.

—Dos minutos —dijo Goldman.

Zvi puso la mano en la palanca. Los labios de Goldman se movían en silencio. Estaba contando los segundos, o rezaba.

—Supongan que se interpone algo —dije con desesperación—. Que hay fardos, o cajas. ¿Cómo puede ser que dos objetos ocupen el mismo espacio? ¿Qué me pasa a mí, en ese caso?

—Eso no sucederá. Es parte de la paradoja, igualmente.

—Si todo es una maldita paradoja, ¿cómo pueden estar tan seguros? ¿Cómo pueden saberlo?

Estaba tenso, asustado, desesperado. Dentro de unos pocos segundos iba a regresar setenta y cinco años en el tiempo, cabalgando sobre una serie de coordenadas que habían nacido de la lógica de alguien, sobre una ecuación que nunca había sido probada ni demostrada, iba a entrar en el infierno o en la mente de Dios o en la nada o en la era mezozoica con sólo un cuchillo como arma y una antigua valija por todo equipaje.

—Un minuto —dijo Goldman.

—¿Quiere echarse atrás? —preguntó Greenberg, con un tono de voz que era casi una súplica. El también tenía miedo. Todos tenían miedo.

Meneé la cabeza enojado.

—Treinta segundos —dijo Goldman—, veinte, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero.

Vi que Zvi tocaba la palanca. Cuando regresé, después de veintinueve días, cuatro horas, dieciséis minutos y treinta y un segundos más tarde, su mano seguía sobre la palanca y volví a escuchar la última vocal de la palabra cero, o quizás el eco. Estaba allí, parado, y ellos estaban también parados en el mismo lugar, en un cuadro vivo que parecía seguir eternamente.

Zvi fue el primero en hablar.

—¿Dónde está la valija?

—Por amor de Dios, dejen que se siente y descanse —dijo Greenberg, ofreciéndome una silla. Yo temblaba como una hoja. Goldman me sirvió una copa de coñac y la llevó a mis labios, pero rehusé con la cabeza.

—¿Tiene frío? —preguntó Goldman.

—Estoy asustado. Sin aliento. Tuve que correr los últimos cien metros hasta el depósito, y logré llegar apenas a tiempo. Tiré la valija.

No importa.

—Fracasó —dijo Zvi sombríamente—. Dios todopoderoso, fracasó. Yo lo sabía.

—¿Fracasó? —preguntó Goldman.

—Ahora tomaré el coñac —dije. Extendí una mano que temblaba.

—Dejen que cuente todo —dijo Greenberg—. No va a haber recriminaciones ni acusaciones. Que eso quede claro, Zvi. ¿Me entiendes?

—Siete años. —Había lágrimas en los ojos de Zvi.

—Y seis millones de dólares de mi bolsillo. Los dos aprendimos algo. Cuéntenos Scott. ¿Volvió?

Miré a Goldman, el hombre condenado a muerte. Había una sonrisa débil, apenas perceptible, en sus labios, como si lo hubiera sabido todo el tiempo.

—¿Volvió atrás en el tiempo?

Bebí el coñac, y después me metí la mano en el bolsillo del saco y saqué dos cigarrillos. Le di uno a Greenberg, que era el único que fumaba cigarrillos. Mordí la punta del otro y lo encendí, mientras Greenberg miraba el cigarrillo que tenía en la mano. Eché una bocanada de humo y le dije que era mejor que los de su tiempo.

—¿Volvió? —repitió Greenberg.

—Sí, sí. Volví. Ya les contaré. Pero déjenme que descanse un momento, déjenme que piense. Dejen que recuerde. Por Dios, déjenme pensar.

—Por supuesto —dijo Goldman—, debe pensar. Tranquilícese, Scott. Ya se va a acordar de todo. —Él ya lo sabía. Ese hombre marchito a quien todas las noches visitaba el ángel judío de la muerte. Él no necesitaba coordenadas ni ecuaciones. Ya había tocado a Dios por un instante, igual que yo, y conocía el terror y el asombro—. Ven ustedes —explicó a Zvi y a Greenberg—, tiene que recordar. Ya van a entender dentro de un momento. Tenemos que darle tiempo para que recuerde.

Greenberg me sirvió otro coñac. No encendió el cigarrillo. Lo seguía mirando, dándole vueltas.

—Fresco —murmuró, oliendo su fragancia—. Muy oscuro. Deben haber curado las hojas de otra manera.

—Regresé —dije por fin—. Setenta y cinco años. Todo funcionó, su máquina, sus ecuaciones, sus coordenadas de mierda. Todo funcionó. Fue como enfermarse durante algunos minutos, enfermarse terriblemente. Pensé que me iba a morir. Y luego estaba sólo en el depósito, con mi valija, parado ahí. Sólo que... —me interrumpí y miré a Goldman.

—Sólo que no recordaba nada —dijo Goldman.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Qué diablos es esto? —quiso saber Zvi—. ¿Qué quiere decir con eso de que no recordaba nada?

—Cuénteles.

—No tenía memoria —dije—. No sabía quién era ni dónde estaba.

—Siga.

—No es tan fácil. ¿Saben lo que es carecer de recuerdos, estar parado en un lugar sin saber quién es uno o cómo llegó allí? Es la experiencia más aterradora que he tenido, peor aun que cuando me coloqué en esa máquina infernal.

—¿Sabía leer, escribir? ¿Podía hablar? —preguntó Greenberg.

—Sí, sabía leer y escribir. Podía hablar.

—Diferentes centros cerebrales —dijo Goldman.

—¿Qué hizo?

—Dejé la valija en el suelo y di unos pasos hacia atrás y hacia adelante. Estaba temblando, como estoy temblando ahora. Y así estuve durante algún tiempo. Tenía un horrible dolor de cabeza, pero después de unos minutos se me pasó. Entonces saqué la billetera.

—¿Sabía lo que era? ¿Sabía que era una billetera?

—Eso lo sabía. Sabía que era un hombre. Sabía que tenía zapatos puestos. Todo eso lo sabía. En realidad, sabía muchas cosas. No me había convertido en un imbécil. Simplemente, carecía de memoria. Estaba vivo, me daba cuenta del presente, pero el ayer no existía. Así que saqué la billetera y leí todo lo que contenía. Aprendí mi nombre. No mi propio nombre, sino el que ustedes me dieron para el viaje. Leí las instrucciones, el horario, las minuciosas indicaciones que me dieron, la advertencia de que debía regresar al mismo lugar en una fecha específica. Lo extraño es que no dudé de las instrucciones ni por un instante. De alguna manera acepté la necesidad, supe § que debía hacer lo que estaba escrito.

—¿Y lo hizo? —preguntó Greenberg.

—Sí.

—¿Sin problemas ni interferencias?

—No. No conocía otro tiempo excepto 1897 en el que estaba. Todo era perfectamente natural. No me acordaba de ningún otro tiempo ni ningún otro lugar. Caminé hasta la estación de trenes, y créanme, la estación de Norwalk era en esa época un lugar elegante. El jefe de la estación me vendió un pasaje en el tren de Nueva York, New Haven y Hartford por menos de dos dólares.

—¿Cómo llegó allí? —preguntó Zvi.

—Preguntó a la gente —dijo Goldman.

—Sí, pregunté. No me acordaba de nada, pero allí me encontraba en un mundo que me era familiar. Compré un pasaje de primera en el barco para Hamburgo. Pasé unas horas vagando por Nueva York. —Cerré los ojos y volví a verlo—. Un lugar magnífico, maravilloso.

—¿Podía funcionar así? —preguntó Greenberg—. ¿No le molestaba que no tuviera memoria?

—Después de un tiempo, no. Lo tomé como algo normal. No sabía qué era la memoria. Un daltónico no sabe cómo son algunos colores. Un sordo no conoce el sonido. Yo no sabía qué era la memoria. Sí, los demás me preguntaban y eso me molestaba. Me preguntaban a qué colegio había ido, dónde había nacido, pero por lo

general evitaba toda pregunta porque mis instrucciones así me lo recomendaban. Algunas preguntas las ignoraba. El barco era grande, y podía estar solo.

—Hamburgo —me recordó Greenberg.

—Sí. No hubo incidentes que importen ahora.

¿Quieren que les cuente cómo era todo entonces, cómo eran los lugares y la gente?

—Más tarde. Ya habrá tiempo para eso. ¿Tomó el tren a Viena?

—A las pocas horas. Seguí las instrucciones y me bajé en Linz, pero allí hubo un error. Era la medianoche, y tuve que esperar hasta las nueve de la mañana siguiente para tomar el tren a Braunau. Llegué a Braunau cuatro horas más tarde.

—¿Y entonces?

Los miré uno por uno. Eran tres judíos envejecidos y cansados, cuyo recuerdo estaba impregnado del dolor y el sufrimiento de la historia, que habían gastado seis millones de dólares y pasado siete años para entrar en la mente de Dios y cambiarla.

—Y luego se me terminaron las instrucciones. Ya saben cuánto sufrí y cuánto sufrió mi mujer en manos de los nazis. Pero ustedes no escribieron que debía buscar a un chico de ocho años que se llamaba Adolf Hitler y que tenía que cortar la garganta con mi cuchillo de mango de nácar. Ustedes confiaban con que me acordaría del propósito de toda la empresa, pero yo no tenía memoria, no me acordaba de lo que había sufrido y de lo que ustedes habían sufrido. No sabía por qué estaba en Braunau. Me quedé un día allí, y después regresé.

Se hizo un largo silencio. Hasta Zvi guardó silencio. Se quedó parado con los ojos cerrados y los puños crispados. Luego Goldman dijo suavemente:

—No le hemos dado las gracias a Scott. Yo le agradezco en nombre de todos.

El silencio seguía.

—Debimos haberlo sabido —dijo Goldman—. ¿No se acuerdan de la promesa de Dios que ningún hombre debía mirar hacia el futuro para saber la hora de su muerte? Cuando enviamos a Scott, el futuro lo circundó, y todos sus recuerdos pertenecían al futuro. ¿Cómo podía recordar lo que aún no había sucedido?

—Podríamos intentarlo otra vez —murmuró Zvi.

—Y volveríamos a fracasar —dijo Goldman—. Somos niños interfiriendo con lo desconocido. Porque lo que ha sido, ha sido. Se lo demostraré. Scott —me preguntó—, ¿se acuerda dónde tiró la valija?

—Sí, sí. Hace sólo un minuto.

—Fue hace setenta y cinco años. ¿A qué distancia de aquí?

—En el borde del camino al pie de la colina.

Goldman tomó una pala que estaba junto a una estufa de carbón en el rincón del depósito y salió. Todos lo seguimos. Traspusimos la puerta y bajamos la colina. Estaba anocheciendo. El sol se ponía en una tarde limpia y fresca de Connecticut.

—¿Dónde, Scott?

Encontré el lugar fácilmente, tomé la pala del viejo, y empecé a cavar. Atravesé

seis o siete pulgadas de hojas muertas, luego la tierra negra y blanda, luego otra capa, hasta llegar a la valija. Cuando la saqué se deshizo el cuero podrido, y salieron algunas tiras de camisas y ropa interior. Todo se desintegraba, podrido.

—Sucedío —dijo Goldman—. ¿La mente de Dios? Ni siquiera conocemos nuestra propia mente. No existe nada en el pasado que podamos cambiar. ¿En el futuro? Tal vez podamos cambiar el futuro... un poco.

OVNI

—Nunca lees en la cama —le dijo el señor Nutley a su mujer.

—Antes sí, ¿te acuerdas? —contestó la señora Nutley—. Pero luego descubrí que me bastaba con quedarme quieta y ordenar mis pensamientos.

—Te envidio. Nunca tienes dificultad para dormirte.

—Oh, sí. Algunas veces. Para ser completamente franca —agregó—, creo que las mujeres hacemos menos alharaca que ustedes los hombres.

—Yo no hago alharaca —protestó el señor Nutley, dejando de lado su «New Yorker» y apagando la luz del velador. Es algo muy desagradable. No padezco de insomnio, pero se me ocurre una idea y me da vueltas y vueltas en la cabeza.

—¿Tienes una idea esta noche?

—Sólo que Ralph Thompson es un tipo insoportable, pero no sé si eso se puede llamar una idea.

—Eso no basta para mantenerte despierto. Debo admitir que yo siempre lo he encontrado muy agradable como vecino. Podríamos tener vecinos peores, sabes.

—Supongo que sí.

—¿Por qué estás enojado con él? —preguntó la señora Nutley, tapándose bien para protegerse contra el frío de la habitación.

—Porque nunca estoy seguro si me está tomando el pelo o hablando en serio. Todos los artistas y escritores son insoportables, pero ninguno tan insoportable como él. Como yo me traslado a la ciudad todos los días y pongo el traste sobre una silla para ganarme la vida honradamente, me transformo, según él, en parte del *establishment* y en objeto de sus bromas.

—Pues sí, estás molesto —dijo la señora Nutley.

—No lo estoy. ¿Por qué pasa una hora antes de que yo pueda contestar sus imbéciles observaciones de una manera ingeniosa?

—Porque eres una persona honesta y considerada, y me alegro mucho de que seas así. ¿Qué te dijo?

—La forma en que lo dijo —replicó el señor Nutley—. Entre desprecio y mofa. Dijo que vio un plato volador al anochecer, que bajó y se posó en el pequeño valle detrás de la colina.

—Bueno, eso no es muy ingenioso que digamos. Probablemente caíste en la

trampa y le dijiste que los platos voladores no existen.

—Me voy a dormir —dijo el señor Nutley. Se dio vuelta, se estiró, se tapó bien y se quedó callado. Después de un minuto o dos le preguntó a la señora Nutley si dormía.

—No, estoy despierta.

—Pues le dije que por qué no iba al valle para ver dónde había aterrizado. Me contestó que él no entra sin permiso en la propiedad de gente millonada.

—¿Cree en realidad que somos millonarios?

—Un hombre que ve platos voladores puede creer cualquier cosa. ¿Qué le pasa a este país? Nadie veía platos voladores cuando yo era chico. A nadie lo asaltaban en la calle. Nadie se drogaba. Te pregunto a ti: ¿Oíste alguna vez hablar de platos voladores cuando eras chica?

—Creo que no había platos voladores cuando éramos chicos —dijo la señora Nutley.

—Claro que no.

—Antes no existían, a lo mejor ahora sí.

—Eso es ridículo.

—No necesariamente —dijo la señora Nutley suavemente—. Los ven toda clase de personas.

—Lo que sólo significa que el mundo está lleno de locos. Dime una cosa, si existen los platos voladores, ¿qué es lo que quieren?

—Curiosear.

—¿Cómo es eso?

—Bueno —dijo la señora Nutley—, nosotros somos curiosos, ellos también son curiosos. ¿Por qué no?

—Porque es esa clase de razonamiento la que hace que el mundo esté como está. Ésa es una suposición sin fundamento. Si las personas como tú estuvieran más en contacto con la realidad del mundo, todos estaríamos mejor.

—¿Qué quieres decir con eso de personas como yo?

—Personas que no saben absolutamente nada del mundo real.

—¿Como yo? —preguntó dulcemente la señora Nutley. No se enojaba casi nunca.

—¿Qué haces todo el día aquí en estos barrios o suburbios o lo que sean, a cien kilómetros de Nueva York?

—Siempre estoy atareada —respondió ella.

—Estar atareado no es suficiente. —El señor Nutley había comenzado uno de sus discursos instructivos, pensó la señora Nutley. Ocurrían cada quince días aproximadamente, cuando padecía de insomnio—. Todas las personas deben justificar su existencia.

—Haciendo dinero. Siempre me dices que tenemos suficiente dinero.

—Nunca he mencionado el dinero. Cuando los chicos entraron en la universidad y tú dijiste que ibas a hacer un doctorado en biología vegetal, yo aprobé tu proyecto.

¿No fue así?

—Así fue. Te mostraste muy comprensivo.

—No me refiero a eso, sino al hecho de que han transcurrido dos años desde que obtuviste el título y no haces absolutamente nada. Pasas los días aquí, sin hacer nada.

—Estás enojado conmigo ahora —dijo la señora Nutley.

—No estoy enojado.

—Estoy ocupada continuamente. Trabajo en el jardín. Colecciono especímenes.

—Tienes jardinero. Le pago ciento diez dólares por semana. Tienes cocinero. Tienes mucama. Los otros días leí en el «Sunday Observer» un artículo acerca de la vida sin objeto que lleva la mujer de la clase media alta.

—Sí, yo también lo leí —dijo la señora Nutley.

—Nunca me permites decir lo que quiero, sin interrupciones —dijo con enojo el señor Nutley—. Estábamos hablando de platos voladores, que tú parece aceptar como si existieran.

—Pero ahora estamos hablando de otra cosa, ¿no? Estás disgustado porque no encuentro trabajo en alguna universidad como bióloga vegetal para poder demostrar que tengo una función en la vida. En ese caso, nunca nos veríamos, y yo te quiero.

—¿Dije algo yo de conseguir trabajo en una universidad? En realidad, hay cuatro universidades en treinta kilómetros a la redonda, y cualquiera te aceptaría de buen grado.

—Ésa es una suposición. Me quedo con mi casa, que me gusta mucho.

—Entonces, aceptas el aburrimiento. Aceptas una existencia gris y sin sentido. Aceptas...

—Sabes bien que no debes ponerte en este estado a esta hora de la noche —dijo con dulzura la señora Nutley—. Después te cuesta mucho más dormirte. ¿No quieres un vaso de leche tibia?

—¿Por que no me dejas terminar de decir lo que quiero?

—Te voy a traer la leche. Siempre te duermes después.

La señora Nutley se levantó de la cama, encendió el velador de la mesa de luz, se puso la bata y bajó a la cocina. Puso la leche a calentar en un hervidor. De un frasco de la alacena sacó un paquetito de Seconal y puso un poco del polvo en el vaso. Agregó luego la leche y la revolvió con una cuchara. Después regresó al dormitorio. Su marido tomó la leche bajo su mirada aprobadora.

—Tu leche tibia es mágica —dijo el señor Nutley—. Me pongo así de este humor porque no me puedo dormir.

—Ya lo sé.

—Es que pienso que estás sola todo el día aquí...

—Si a mí me encanta este lugar.

Ella aguardó hasta que la respiración de su marido se hizo regular.

—Mi pobre amor —dijo con un suspiro. Esperó diez minutos más. Luego se levantó de la cama, se puso unos viejos pantalones vaqueros, botas, una camisa y un

pulóver, y bajando las escaleras silenciosamente salió de la casa.

Atravesó el jardín hasta el invernadero. La luna estaba tan brillante que no tuvo necesidad de usar la linterna que llevaba en el cinturón. En el invernadero estaba su mochila con los especímenes vegetales que había coleccionado y catalogado las tres últimas semanas. Apreciaba tanto el cuidado con que catalogaba cada espécimen y la manera con que lo envolvía en musgo húmedo, así como el hecho de que dejara los hongos para el último día con el fin de que estuvieran frescos y pungentes que eso le proporcionaba un cálido sentimiento de satisfacción que duraba días. Además, le pagaban muy bien por su trabajo. El señor Nutley tenía mucha razón. Una persona que tenía un oficio u ocupación especial debía ser remunerada por el mismo. Ella tenía una cartera vieja en un cajón de la cómoda, llena de diamantes pequeños. Claro que los diamantes eran tan comunes en su planeta como los guijarros en nuestra tierra, y por eso no tenía remordimientos de conciencia.

Se puso la mochila al hombro, abandonó el invernadero y se encaminó por el sendero que subía la montaña adentrándose en el valle que estaba escondido detrás, donde se encontraba cómodamente escondido el plato volador, protegido de la mirada de los incrédulos y cínicos. Caminaba con el paso largo y tranquilo de una mujer de cincuenta años, aunque el trabajo que realizaba al aire libre la mantenía en muy buen estado físico. Pensó qué bien le haría al señor Nutley si pudiera pasar sus días en el campo, al aire libre, en lugar de en una oficina en la ciudad.

CEPHES 5

El tercer oficial (en entrenamiento, así que en realidad era simplemente el ayudante del tercer oficial) dio unos pasos por el corredor de la gran nave espacial en dirección al recinto de meditación. Aunque ya llevaba cuatro años estudiando las once clases distintas de naves espaciales, la presente era nueva, impresionante y mucho más compleja, mucho más debido a que ésta se trataba de una nave Clase Dos, absolutamente autónoma en cuanto a mantenimiento y con una posibilidad indefinida de recorrido. A distinción de otras naves espaciales, no llevaba el nombre del planeta de origen sino del de destino, Cephes 5, y como todas las naves médicas, le estaba permitido entrar en cualquier puerto de la galaxia.

Sabía que había tenido suerte en que se lo destinara a esta nave para completar su entrenamiento, y a los veintidós años era lo suficientemente joven y romántico como para dudar de su buena fortuna y bendecir su buena estrella continuamente.

Hacía tres días que se había embarcado como cadete oficial, en el último puerto que había tocado la nave, y desde entonces lo habían tenido ocupado con exámenes médicos, inoculaciones, instrucciones y giras de orientación. Ésta era su primera hora libre, y buscó el recinto de meditación.

Era una habitación larga, sin nada de particular, de paredes color marfil, cielorraso de igual color, iluminada por una agradable luz dorada. Por todos lados habían pilas de almohadones. De la tripulación de la nave, unas ciento veinte personas, había en ese momento una docena, meditando. Estaban sentados sobre los almohadones con las piernas cruzadas, el cuerpo erguido, las manos juntas y la mirada baja en una posición que era tal vez la más generalizada entre todos los planetas de la galaxia. El tercer oficial escogió un almohadón y se sentó, cruzando sus piernas desnudas. Sólo usaba un *short* de algodón.

Trató de desprenderse de su ego, como había aprendido hacía mucho tiempo, de tranquilizar sus dudas y temores para fundirse con la inmensidad del universo hasta formar parte de un todo infinitamente superior. Pero no lo logró. Se sentía bloqueado, confundido, preocupado, su mente pasaba de pensamiento en pensamiento mientras en medio de ellos comenzaban a tomar cuerpo extrañas fantasías.

Miró a los otros hombres y mujeres que estaban en el recinto, pero todos estaban en silencio, y aparentemente no los turbaba ningún pensamiento extraño y espantoso

igual que a él.

Durante una media hora el tercer oficial trató de controlar su propia mente y mantenerla en claro, pero después se dio por vencido y abandonó el recinto de meditación, dándose cuenta entonces de que se había sentido así, en ese curioso estado de excitación mental desde el momento en que subió a bordo del Cephes 5, sólo que recién se percataba de ello.

Pensó que se debía a su ansiedad, que estaba excitado porque lo habían destinado a esta gran nave misteriosa. Fue a uno de los cuartos con ventanales para contemplar el espacio, se sentó en una silla y apretó el botón que levantaba la pantalla, descubriendo el espacio. Se tenía la impresión de estar sentado en el medio de la galaxia, en medio de una cantidad infinita de estrellas brillantes. El tercer oficial se acordó que en sus primeros viajes de entrenamiento, el cuarto de contemplación había curado cualquier problema de temor o intranquilidad. Ahora no surtió efecto, pues sus pensamientos en el cuarto de contemplación eran tan turbadores como los del recinto de meditación.

Preocupado e intrigado, el tercer oficial abandonó el cuarto y se encaminó a la oficina del consejero de la nave. Le quedaban cuatro horas de tiempo libre antes de comenzar su recorrida por el cuarto de máquinas. Había decidido dedicar sus horas libres a conocer a los otros integrantes de la tripulación en el salón de recreo, pero cambió de idea, ya que más importante era saber por qué la atmósfera de la nave lo llenaba de un sentimiento de caos y premonición.

Llamó a la puerta de la oficina del consejero y entró al oír una voz que le ordenó hacerlo. Entró con inseguridad porque nunca había acudido a un consejero de una nave interestelar. Los consejeros eran personajes legendarios en toda la galaxia, porque en cierta manera pertenecían al más alto grado en la organización de la humanidad. Eran hombres muy viejos y muy sabios, y poseían un talento tal que no podía sino llenar de temeroso respeto a un cadete de veintidós años. En las naves espaciales, los consejeros estaban incluso por encima del capitán, aunque era muy raro que un consejero contraviniera una orden de un capitán o interfiriera de manera alguna en la dirección de la nave. Se corrían historias de que había consejeros de más de doscientos años, aunque se sabía con seguridad que había muchos de ciento cincuenta años.

Cuando el tercer oficial entró en la oficina pequeña y amueblada con sencillez, un hombre viejo, vestido con una bata azul de seda, se volvió del escritorio donde estaba escribiendo y dio la bienvenida al tercer oficial con un movimiento de cabeza. Era por cierto muy viejo, con la piel arrugada y seca como cuero viejo, y miró al tercer oficial con ojos de un color amarillo pálido, llenos de agradable curiosidad. ¿Era verdad que los consejeros podían leer el pensamiento de otra persona con la misma facilidad que los hombres comunes oían el sonido?, se preguntó el tercer oficial.

—Sí, es verdad —dijo el viejo suavemente—. Tenga paciencia, tercer oficial. Tiene más cosas que aprender de las que se imagina. —Le indicó una silla—.

Siéntese y póngase cómodo. Hay una diferencia de ciento doce años entre su edad y la mía, y aunque cuando llegue a mi edad le parecerá poco importante, ahora es casi extraordinario, ¿verdad?

El tercer oficial asintió.

—¿Estuvo en el recinto de meditación y no pudo meditar?

—Sí, señor.

—¿Sabe por qué?

—No, señor.

—¿Tampoco sospecha la razón?

—He estado varias veces en naves espaciales —dijo el tercer oficial.

—Y hace tres días que está en ésta, ya lo han examinado, ha escuchado conferencias, le han inyectado toda clase de sueros y anticuerpos, lo han orientado, pero no le han dicho lo que transporta esta nave, ¿no?

—No, señor.

—¿Ni cuáles son sus propósitos?

—No, señor.

—Y como corresponde, usted no lo preguntó.

—No, señor, no pregunté nada.

El consejero miró en silencio al tercer oficial por espacio de dos o tres minutos. El tercer oficial encontró que sus propios problemas se confundían con la excitación y la curiosidad que sentía al estar sentado cara a cara con uno de los legendarios consejeros, y por último no pudo contenerse más.

—¿Me perdonaría si le hiciera una pregunta personal, señor?

—No se me ocurre ninguna pregunta que deba ser perdonada —replicó el consejero, sonriendo.

—¿Está leyéndome la mente ahora, señor? Ésa es la pregunta.

—¿Leyéndole la mente ahora? Oh no, claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo? Ya sé todo respecto a usted. Necesitamos jóvenes poco comunes en nuestra tripulación, y usted es un joven extremadamente poco común. Para leerle la mente tengo que concentrarme y hacer un esfuerzo. Por el contrario, estaba leyendo mi propia mente, acordándome de cuando tenía su edad. Tenemos una tendencia a reflexionar demasiado, y a desviarnos del tema. Volviendo al asunto de su meditación. Le llevará algún tiempo, pero cuando comprenda el propósito del Cephes 5, vencerá estas dificultades y logrará meditar en un plano superior al de antes, de acuerdo con un nuevo esfuerzo de la voluntad. No se preocupe por el momento. ¿Sabe qué quiere decir la palabra *asesinato*?

—No, señor.

—¿La ha oído antes?

—No, señor, que me acuerde.

Parecía que el viejo sonreía interiormente. De nuevo se produjo un minuto de reflexión. El tercer oficial esperó.

—Hay todo un espectro del ser que debemos examinar —dijo por fin el consejero—, y por eso lo introduciremos en un área que no se ha imaginado nunca. No le va a hacer daño, ni siquiera lo turbará en exceso, porque ya pensamos en ello cuando lo elegimos para que formara parte de la tripulación del Cephes 5. Comenzamos con el asesinato como idea y como acto. El asesinato es el acto que acaba con una vida humana, y como idea tiene su origen en sentimientos anormales de odio y agresión.

—Odio y agresión —repitió con lentitud el tercer oficial.

—¿Entiende lo que digo?

—Creo que sí.

—Las palabras le deben resultar familiares. Permítame que penetre en su mente por un instante, para que sienta todo esto mucho mejor de lo que yo puedo explicárselo.

La cara del viejo carecía de expresión. De repente el tercer oficial hizo un gesto de asco, y profirió un grito. Entonces el rostro del viejo volvió a cobrar expresión y el tercer oficial se cubrió la cara con las manos y se quedó así durante un rato, temblando.

—Lo siento, pero era necesario —dijo el consejero—. El miedo es parte integrante, y por eso debí tocar el centro del miedo y el del espanto en su cerebro. De otra manera es imposible explicarle el color a un ciego.

El tercer oficial lo miró, asintiendo.

—Estará bien dentro de un momento. Lo que acaba de comprender es el asesinato. Hay otros grados: el dolor, la tortura, una variedad increíble de padecimientos... Avíseme si no entiende alguna de estas palabras.

—Tortura. Me parece que nunca he oído esa palabra.

—Es la imposición deliberada del dolor psicológico o físico.

—¿Por qué razón? —preguntó el tercer oficial.

—He ahí el problema. ¿Por qué razón? La razón implica cordura. Estamos hablando de enfermedad, de la enfermedad más horrenda que haya experimentado el hombre.

—¿Y el asesinato? ¿Es simplemente un síndrome? ¿Es algo que sucedió en el pasado? ¿Algo que sucedió en la niñez de la raza humana? ¿O es un postulado?

—No, no. Es una realidad. —¿Quiere decir que la gente se mata entre sí?

—Exactamente.

—¿Sin razón?

—Sin razón, tal como usted entiende la palabra razón. Pero dentro del espectro de esta enfermedad, hay una razón y una causa subjetivas.

—¿Una razón suficiente para matar? —murmuró el tercer oficial.

—Una razón suficiente para matar.

El joven meneó la cabeza.

—Es increíble, sencillamente increíble. Con todo respeto, señor, pero yo he sido educado, he tenido una educación muy buena. Leo libros, miro la televisión. Me

mantengo al tanto de todo. ¿Cómo puede ser que no haya oído estas palabras?

—¿Cuántos planetas habitados hay en la galaxia? —preguntó el viejo, sonriendo levemente.

—Treinta y tres mil cuatrocientos sesenta y nueve.

—Setenta y dos desde el mes pasado, cuando se poblaron Philbus 7, 8 y 9. Treinta y tres mil cuatrocientos setenta y dos... ¿Responde eso a su pregunta? Hay miles de planetas donde nunca ha habido un asesinato, como hay miles de planetas donde no se conoce la tuberculosis, la pulmonía o la escarlatina.

—Pero eso es porque curamos todas esas enfermedades, todas las necesidades del hombre.

—Sí, casi todas las enfermedades. Casi todas. No tenemos un conocimiento que sea absoluto. Aprendemos mucho, pero cuanto más sabemos, más se abren las fronteras de lo desconocido, y la única enfermedad que actualmente nuestros mejores médicos e investigadores no pueden combatir es esto que estamos discutiendo.

—¿Tiene nombre?

—Sí. Se llama locura.

—¿Dice que es una enfermedad muy antigua?

—Muy antigua.

Le tocó el turno al tercer oficial de quedarse pensativo, y el viejo esperó pacientemente que reflexionara. Por fin el cadete preguntó:

—Si no tenemos cura, ¿qué le pasa a estas personas que asesinan?

—Las aislamos.

El tercer oficial se dio cuenta de pronto, y sintió un escalofrío...

—¿En el planeta Cephes 5?

—Sí. Los aislamos en el planeta Cephes 5. Lo hacemos con toda la bondad y compasión posibles. Hace mucho mucho tiempo, intentamos otras alternativas, pero todas fallaron, y por último se llegó a la conclusión de que lo único posible era el aislamiento.

—Y esta nave... —El tercer oficial se interrumpió.

—Sí, sí. Ésta es la nave que los transporta. Recogemos a estas personas en todos los lugares de la galaxia y las llevamos a Cephes 5. Por eso elegimos nuestra tripulación con tanto cuidado. Elegimos personas de gran fuerza interior. ¿Entiende ahora por qué le costó tanto meditar?

—Sí, creo que sí.

—Ninguna persona sensible puede sustraerse a las vibraciones que animan la nave, pero se puede aprender a vivir con ellas, y hallar nueva fuerza a la vez. Naturalmente, siempre tiene la opción de abandonar la nave.

El viejo miró pensativamente al tercer oficial, algo triste por la fugaz belleza de la juventud. Se fijó en el pelo rubio dorado, los ojos celestes, en el ferviente enfrentamiento y la toma de conciencia del problema de la vida, y recordó la época cuando él había sido joven y vigoroso, no lamentando el paso de los años, sino con la

eterna fascinación que le producía contemplar el proceso de la vida, del que formaba parte.

—No creo que abandone la nave, señor —dijo el tercer oficial después de un momento.

—Yo tampoco lo creo. —El consejero se puso de pie. Era un hombre alto y erguido. La bata azul le colgaba de los hombros, huesudos y anchos. Era alto, como todas las personas negras que habitan los planetas de las constelaciones Rebus y Alma—. Vamos —dijo al muchacho—, ya analizaremos esto con más detenimiento. Y recuerde, tercer oficial, que no tenemos alternativa. Se trata de un factor genético, y si no hubiéramos aislado a esta pobre gente, toda la galaxia se habría contagiado.

El tercer oficial abrió la puerta, dejó pasar al consejero y lo siguió por el corredor hasta uno de los ascensores. En el camino se cruzaron con otros integrantes de la tripulación, hombres y mujeres, blancos, negros, amarillos y morenos, y todos saludaron con respeto al consejero. Se detuvieron en la puerta del ascensor, y cuando se abrió una puerta, entraron. El capitán de la nave salía del mismo ascensor, y retuvo la puerta un momento para decirle al consejero que se le veía muy bien. El capitán era una mujer.

—Gracias, capitán. Éste es el tercer oficial cadete. Hace sólo tres días que está con nosotros.

El tercer oficial no había visto al capitán hasta ese momento, y se impresionó por la gracia y belleza de la mujer. Parecía tener unos cincuenta y tantos años, era de piel amarilla con negros ojos rasgados y pelo negro, apenas canosa. Usaba la bata blanca de seda, símbolo de mando, y saludó con amabilidad al tercer oficial, haciéndolo sentir necesario e importante.

—Estuvimos hablando de Cephes 5 —le explicó el consejero—. Ahora lo llevo a la cámara de sueño.

—Está en buenas manos —dijo el capitán.

El ascensor descendió hasta las profundidades de la inmensa nave, se detuvo, y se abrió la puerta. El tercer oficial siguió al consejero hasta que llegaron a una sala larga y ancha que a primera vista lo dejó sin aliento, anonadado. Era un lugar como una inmensa morgue donde había por lo menos quinientas personas que dormían en camas cuchetas. Había hombres y mujeres, y también niños, algunos de tan sólo diez o doce años, ninguno de más de veinte, personas de todas las razas de la galaxia. Dormidos no había nada que los distinguiera de las personas normales.

El tercer oficial empezó a hablar en voz baja.

—No es necesario —dijo el consejero—. No se pueden despertar hasta que nosotros no los despertemos.

El viejo condujo al joven a lo largo de la extensa hilera de camas hasta el fin de la cámara donde, detrás de una pared de vidrio, había un grupo de hombres y mujeres vestidos de blanco trabajando alrededor de una mesa sobre la que estaba extendido un hombre. En la cabeza tenía una cinta de la que salían alambres, y en la parte de atrás

del recinto había máquinas.

—Les bloqueamos la memoria —explicó el consejero—. Eso lo podemos hacer. Después les damos nuevos recuerdos. Es un procedimiento muy complejo. No se van a acordar de ninguna existencia antes de Cephes 5, y se sentirán completamente orientados hacia Cephes 5 y a las costumbres del lugar.

—¿Los dejan allí, simplemente?

—Oh no, claro que no. Tenemos nuestras agencias en Cephes 5. Hace muchísimos años que las tenemos. Hacer que estas personas se acostumbren a la vida de Cephes 5 es un proceso muy delicado e importante. Si los habitantes de Cephes 5 lo descubrieran, las consecuencias serían trágicas para ellos. Pero hay muy pocas probabilidades de que eso ocurra. Es casi imposible, en realidad.

—¿Por qué?

—Porque la estructura de la vida en Cephes 5 gira alrededor de la formación del ego. Todas las personas del planeta se pasan la vida creando un ego que subjetivamente los coloca en el centro del universo. Esta estructura del ego es lo más importante de la enfermedad, porque dependiendo de la enfermedad que crea el ego, cada individuo forma en su mente un superhombre antropomórfico al que llama Dios y que le da el derecho de matar.

—Me parece que no entiendo —dijo el tercer oficial.

—Ya lo entenderá. Basta con aceptar el hecho de que los habitantes de Cephes 5 colocan a su planeta y a sí mismos en el centro del universo, y luego estructuran su vida de manera tal que luego no surja ninguna duda en ese respecto. De esa manera hemos podido continuar el proceso todos estos años. Se niegan incluso a considerar el hecho de que pueda haber vida en otros planetas del universo.

—¿Así que no lo saben?

—No, no lo saben.

Se quedaron allí un momento. El tercer oficial observaba lo que sucedía del otro lado del panel de vidrio, sintiéndose cada vez más incómodo. Luego el consejero le tocó el hombro y le dijo:

—Suficiente. Hasta cuando duermen piensan y sueñan, y usted es demasiado nuevo en esto como para poder estar expuesto a sus vibraciones durante mucho tiempo. Venga, vamos a otra parte, sentémonos a contemplar el universo y a charlar un rato hasta que nos tranquilicemos.

En el cuarto de contemplación, teniendo la gloria brillante y grandiosa de las estrellas frente a él y la presencia reconfortante del consejero a su lado, el tercer oficial logró tranquilizarse y Comenzó a pensar en lo que había visto. Se dio cuenta de que estaba lleno de compasión, presa de una enorme tristeza, y le habló de ello al viejo.

—Es normal —dijo el consejero.

—¿Qué hacen en Cephes 5? —preguntó.

—Matan.

—¿Está vacío el planeta?

—No. Estas pobres criaturas dementes conocen cuál es su función, que es asesinar, y colocan esa función por encima de todo. Por eso se reproducen como nadie en el universo, aumentando su población constantemente, así que aunque aumenten las muertes, siempre la reproducción es mayor.

—¿Tienen una inteligencia normal?

—Son muy inteligentes, pero la inteligencia no les sirve de mucho. El gran obstáculo es su ego.

—¿Cómo pueden ser inteligentes y continuar asesinando?

—Porque su inteligencia está dirigida a un solo fin: asesinar a sus semejantes. Como ya le dije, son locos.

—Pero, si son inteligentes, ¿no idearán alguna forma de desplazarse en el espacio?

—Oh, sí. Ya lo han hecho, con cohetes muy primitivos. Pero elegimos Cephes 5 originariamente porque es el planeta inhabitable que queda más lejos del centro de la galaxia, a casi cuarenta años luz de cualquier otro planeta inhabitable. Se desplazarán a través del espacio, sí, pero el problema de curvar el espacio y de trasladarse a una velocidad mayor que la de la luz son problemas que el hombre sólo puede solucionar dentro de sí.

El tercer oficial permaneció sentado en silencio durante algún tiempo, y luego preguntó:

—¿Sufren mucho?

—Temo que sí.

—¿Hay esperanzas para ellos?

—Siempre hay esperanzas —contestó el viejo—. En nuestra tabla de planetas lo llamamos Cephes 5 —dijo el tercer oficial—. Pero cada planeta tiene un nombre local. ¿Cómo lo llaman ellos?

—Lo llaman la Tierra —dijo el viejo.

LA SEMILLA PRAGMÁTICA

La semilla fue llevada por el espacio hace cuatro, cinco, seis billones de años. Entonces la semilla no era más que una semilla, no tenía conocimiento de sí. Era impulsada por los vientos electrónicos y magnéticos del universo, y para ella no existían ni el tiempo ni el espacio. Todo era azar, y la semilla no tenía idea de qué quería ni cuál era su último destino. Se movía a través de un espacio estrellado, increíble, pero también por un espacio vacío, porque entonces las estrellas y las galaxias eran sólo pequeños focos de iluminación en el infinito.

El profesor y el sacerdote eran viejos y buenos amigos, y por eso sus charlas eran tranquilas y sin muchas discusiones. Uno enseñaba física y el otro religión. Los dos tenían cincuenta y tantos años, habían dejado atrás la mayoría de las pasiones, y encontraban deleite en las cosas simples. Ese día de otoño se reunieron después de la cena y empezaron a pasear por el parque de la universidad. Era una tarde hermosa y fresca de octubre. Habían comido temprano, y quedaba una hora de luz. Los grandes arces y los robles se lucían en maravillosos tonos herrumbre y ámbar. Era una tarde apropiada para que se renovara la fe en Dios, como hizo notar el sacerdote.

—Yo siempre había pensado —dijo el profesor— que la fe era algo absoluto.

—No lo es.

—¿Cómo puede ser de otra manera? Claro —agregó el profesor—, que hablo como hombre de poca fe.

—Lo que es una lástima.

—Pero con algunos conocimientos.

—De lo que me alegro.

—Gracias. Pero ¿no estamos los dos en la misma situación? Si su fe necesita ser renovada periódicamente, y puede ser influenciada por hechos tan comunes como la acción de ciertas sustancias químicas en las hojas de los árboles deciduos, es tan relativa como mi pequeño caudal de conocimiento.

El sacerdote permaneció ensimismado en sus pensamientos durante un minuto, y luego reconoció que el profesor había esgrimido un argumento interesante.

—Sin embargo —dijo—, lo que necesita renovación no es mi fe, sino yo. Mi fe es absoluta, como Dios.

—Pero es imposible conocer a Dios, si es que uno cree en Él. ¿Es su fe imposible

de conocer también?

—Quizá... en cierta forma.

—Entonces agradezco a Dios que la ciencia no dependa de la fe. Si así fuera, estaríamos todavía viviendo en épocas primitivas.

—Lo cual no sería lo peor del mundo —dijo el sacerdote.

En la infinidad del espacio, sin embargo, las leyes del tiempo y el azar dejan de existir, y en un millón o un billón de años (dos cifras que carecen de sentido), los vientos del espacio llevaron la semilla hacia otra galaxia, un gran molinete de incontables estrellas brillantes. En cierto lugar del espacio, la galaxia ejerció su atracción de gravedad sobre la semilla, y ésta se precipitó a través del espacio hacia el borde exterior de la galaxia. Por último se acercó a una de las aspas alargadas del molinete y quedó atrapada en el campo de gravitación de una de las incontables estrellas que componían la galaxia. Obedeciendo ciegamente a las leyes del universo, la semilla dio vueltas formando un gran círculo alrededor de la estrella, igual que otros trozos de pecio que se habían incorporado al campo de la estrella. Pero si bien todos obedecían las leyes del azar, la semilla era distinta. La semilla estaba viva.

—Puede no ser lo peor del mundo —reconoció el profesor—, pero como recién me recupero de una infección que muy bien podía haber acabado conmigo de no ser por la penicilina, me quedo con la ciencia.

—Es comprensible.

—Y desconfío de una fe que se renueva con la belleza del crepúsculo. —Señaló el magnífico despliegue de colores en el oeste.

—Sin embargo —dijo el sacerdote suavemente—, la fe es más constante y segura que la ciencia. ¿Reconoce eso?

—De ninguna manera.

—Pero la ciencia es pragmática y empírica a la vez.

—Naturalmente. Experimentamos, observamos, anotamos los resultados. ¿Qué otra cosa podría ser la ciencia si no pragmática y empírica? Lo que tiene de malo la fe es que no es ni pragmática ni empírica.

—Eso no es exacto —dijo el sacerdote—. Por el contrario, ése es el fundamento de la fe.

—De nuevo me perdí —dijo el profesor.

—Entonces se pierde con facilidad. Permítame darle un ejemplo que puede entender su mente científica. ¿Ha leído a San Agustín? —Sí.

—Si le digo que esencialmente mi fe no se diferencia fundamentalmente de la de San Agustín, ¿lo aceptaría?

—Sí, creo que sí.

—Habría leído también, estoy seguro, el *Alma-gesto* de Claudio Ptolomeo, que establecía a la tierra como centro del universo.

—Eso no es ciencia —dijo despreciativamente el profesor.

—Por el contrario, fue ciencia, y muy buena hasta que Copérnico la desbarató.

Como ve, mi querido amigo, el conocimiento empírico es siempre seguro y absoluto hasta que surge otro nuevo conocimiento y demuestra que está equivocado. Cuando el hombre postuló, hace miles de años, que la tierra era plana, tenía la evidencia de sus propios ojos en qué basarse. Su conocimiento era seguro y demostrable, hasta que surgieron nuevos conocimientos que eran a su vez seguros y demostrables.

—Eran más seguros y demostrables. Hasta su clara mente jesuíta debe aceptar eso.

—Soy paulista, aunque no importa, pero acepto su corrección. Más demostrable y más seguro. Y enormemente diferente de la teoría anterior. Sin embargo, la fe de San Agustín todavía me sirve.

La vida de la semilla y la estructura de esa vida tenían una relación especial con la luz y la energía que salían de la estrella. Absorbían la radiación y la convertían en alimento, y con el alimento crecían. Durante miles y miles de años la semilla giró alrededor de la estrella y se alimentó de la fuente interminable de radiación, y durante miles y miles de años siguió creciendo. La semilla se convirtió en fruta, planta, ser, animal, ente, o quizá simplemente una fruta, ya que todos estos términos describen cosas completamente distintas de la cosa en que llegó a convertirse la semilla.

El profesor suspiró y meneó la cabeza.

—Si me dice que la creencia en los ángeles sigue siendo la misma, me hace acordar del hombre que cultivaba acónito para que no se acercaran los vampiros a su casa. Tuvo un éxito increíble.

—Ése es un golpe bastante bajo, para provenir de un hombre de ciencia.

—Mi querido amigo, usted puede mantener la fe de San Agustín porque no requiere experimento, ni observación, ni catálogo de resultados.

—Yo pienso que sí —dijo el cura, casi disculpándose.

—¿Experimentos como el de hoy, caminar en el crepúsculo y sentir que se renueva la fe?

—Quizá. Pero dígame, la medicina, es decir la práctica de la medicina, ¿es empírica?

—Ahora mucho menos que antes.

—¿Y hace cien años? ¿Era empírica la medicina entonces?

—Claro, cuando usted habla de la medicina —dijo el profesor—, y dice que es empírica, es como si dijera que es pura charlatanería. Eso se debe a que en el caso de la medicina, se trata de vidas humanas.

—Lógicamente. Y cuando ustedes experimentan con bombas atómicas y con plasma y cosas por el estilo, no se trata de vidas humanas.

—Estamos a mano. *Touché*.

—Pero hace cien años, el médico estaba tan seguro de su profesión y de sus curas como el de hoy. ¿Quién era ese hombre que le sacó el intestino grueso a medio centenar de pacientes porque estaba convencido de que era la causa del envejecimiento?

—Claro, la ciencia progresa.

—Si quiere llamarlo progreso —dijo el sacerdote—. Pero ustedes los científicos construyen castillos de conocimientos con arena muy húmeda. Sigo pensando que mi fe descansa sobre una base más sólida.

—¿Qué base?

La forma que tomó la cosa que antes había sido una semilla fue la de una esfera, una esfera enorme de veinticinco mil millas de circunferencia, medida con la vara humana, pero una medida muy insignificante dentro del universo. Era la tercera masa de materia, contando a partir de la estrella, y su forma no era distinta a la de las otras. Vivió, creció, tomó conciencia de sí, no como conocemos nosotros la toma de conciencia, pero de cualquier manera no se puede negar que tomó conciencia de sí. En el curso de los eones de su existencia aparecieron pequeñas culturas en su superficie, igual que hay pequeños organismos que prosperan en la piel del hombre. Un aura de oxígeno y nitrógeno la rodeó y protegió su piel de los pinchazos de los meteoros, pero la cosa era diferente, no se daba cuenta de las culturas que aparecían y desaparecían de su piel. Durante una eternidad navegó por el espacio, rodeando al astro que la alimentaba y le daba vida.

—La sabiduría y el amor de Dios —replicó el cura. Una base muy sólida. Por lo menos no está sujeta a alteraciones cada década. Ustedes estaban muy contentos con su física de Newton, seguros de haber desentrañado todos los secretos del universo, y después vinieron Einstein y Fermi y Jeans y los demás, y todas las certezas se desmoronaron.

—Todas no.

—¿Qué queda, si la luz puede ser tanto una partícula como una ola, el universo puede tener límites o ser ilimitado, si la materia tiene su contraparte, la antimateria?

—Por lo menos aprendemos, trabajamos con realidades.

—¿Realidades? ¡Vamos!

—Oh, sí. La realidad cambia, se amplía nuestra visión, seguimos adelante.

—¿Con la esperanza de que por lo menos su visión pueda compararse a mi fe? —preguntó el cura, sonriendo.

Los miles de años se convirtieron en millones y éstos en billones, y la cosa que antes había sido una semilla seguía girando alrededor del sol. Pero ahora estaba madura, plena. Sabía que se le terminaba su tiempo, pero no se oponía ni protestaba contra el ciclo eterno de la vida. Vagamente sabía que la semilla original se había desprendido de la fruta madura, y sabía que lo que había ocurrido debía volver a ocurrir en el ciclo interminable de la eternidad, que su propósito era propagarse: con qué fin, no lo sabía ni le interesaba. Su plenitud aceptaba los hechos.

El día llegaba a su fin. El sol, que ya estaba bajo en el horizonte, se había refugiado detrás de un encaje de nubes rojas, púrpuras y anaranjadas, y contra este fondo las hojas doradas de los árboles formaban un todo que ridiculizaba el arte de los mejores orfebres. Una fresca brisa nocturna coronaba un día perfecto.

—Qué día perfecto —dijo el cura. No se discutió más.

—Qué cosa extraña.

Habían llegado al final del parque, donde terminaba el césped y empezaban los campos.

—Qué cosa extraña —dijo el profesor, señalando el campo de maíz.

—¿Qué es extraño?

—Esa grieta. Ayer no estaba allí.

El sacerdote siguió con la mirada lo que señalaba con el dedo extendido el profesor y vio la grieta a la que se refería, como de un metro de ancho, atravesando el campo.

—Muy extraño —acordó.

—Evidentemente es una falla. No sabía que había una aquí.

—Se está ensanchando, sabe —dijo el cura.

Y siguió ensanchándose cada vez más y más y más y más.

EL HUEVO

Fue un hecho afortunado, como lo reconocieron todos, que Souvan —167-arco II estuviera a cargo de las excavaciones, porque aunque era un arqueólogo de segundo orden, su *hobby* o afición lateral era las excentricidades de las ideas sociales de la segunda mitad del siglo veinte. No era simplemente un historiador, sino un estudioso cuya curiosidad lo llevó por los pequeños atajos olvidados por la historia. De otra manera, el huevo no hubiera recibido el tratamiento que tuvo.

La excavación tenía lugar en la parte norte de una región que en tiempos antiguos se había llamado Ohio, perteneciente a un ente nacional conocido como Estados Unidos de América en aquel entonces. Había sido una nación tan poderosa que había resistido tres incendios atómicos antes de desintegrarse, y por eso era más rica en tesoros enterrados que cualquier otra parte del mundo. Como lo sabe cualquier escolar, fue sólo en el siglo pasado que logramos llegar a entender las antiguas costumbres sociales de las últimas décadas de la era anterior. No es muy fácil superar una brecha de tres mil años, y es muy natural que la edad de la guerra atómica esté más allá de la comprensión de los seres humanos normales.

Souvan había pasado años de investigación calculando el lugar exacto para la excavación, y aunque nunca lo había declarado públicamente, no estaba interesado en refugios atómicos sino en otra manifestación de aquella época, una manifestación olvidada. Habían sido tiempos de muerte (el mundo no había visto antes tantas muertes), y por eso habían sido tiempos en que se había tratado de conquistar la muerte, mediante curas, sueros, anticuerpos, y mediante algo que le interesaba a Souvan de manera especial: el método de congelación.

A Souvan le interesaba sobremanera la cuestión de la congelación. Según sus investigaciones, parecería que al comenzar la segunda mitad del siglo veinte, se habían congelado órganos humanos así como también animales enteros. Los más simples habían sido descongelados y revividos. Algunos médicos habían concebido la idea de congelar a seres humanos que padecían enfermedades incurables, manteniéndolos luego en hibernación hasta que se hubiera descubierto la cura de la enfermedad en cuestión. Para entonces, en teoría, se los reviviría para curarlos. Si bien sólo los ricos aprovecharon las ventajas del método, fueron varios cientos de miles de personas las que lo utilizaron (no se conocía a ciencia cierta si alguien había

sido revivido y curado), y los centros construidos a tal efecto fueron destruidos por los incendios y los siglos de barbarie y salvajismo.

Sin embargo, Souvan había hallado una referencia a uno de esos centros, construido durante la última década de la era atómica. Era subterráneo y aparentemente tenía compresores accionados por energía atómica. Los años de trabajo e investigación estaban a punto de dar fruto. Habían hundido el socavón a unos cien pies dentro de la materia como lava que estaba al sur del lago, y ya habían llegado a las ruinas de lo que parecía ser la instalación que buscaban. Ya habían penetrado en el antiguo edificio y ahora, armados con poderosos reflectores, picos y palas, Souvan y los estudiantes que lo ayudaban caminaban por las ruinas, pasando de habitación en habitación y de sala en sala.

Sus investigaciones y cálculos no lo habían defraudado. El lugar era precisamente lo que había esperado: un instituto para la congelación y preservación de seres humanos.

Entraron en todas las cámaras donde estaban apilados los ataúdes. Parecían las catacumbas cristianas de un pasado remotísimo. La energía que impulsaba los compresores se había detenido hacía tres milenios y hasta los esqueletos dentro de los ataúdes se habían convertido en polvo.

—Ahí termina el sueño de la inmortalidad del hombre —pensó Souvan, preguntándose quiénes habrían sido esos pobres diablos y cuáles habrían sido sus últimos pensamientos antes de ser congelados para desafiar lo más ineludible del universo, el tiempo mismo. Sus estudiantes charlaban excitados, y si bien Souvan sabía que su descubrimiento sería recibido como uno de los más importantes de su tiempo, se sentía profundamente decepcionado. Él había esperado encontrar algún cuerpo bien preservado en alguna parte, y con ayuda de la medicina, al lado de la cual la del siglo veinte había sido bastante primitiva, volverlo a la vida y así obtener un informe directo de esas misteriosas décadas en que la raza humana, en un ataque de locura generalizado en el mundo entero, se había vuelto contra sí misma destruyendo no sólo el 99 por ciento de la humanidad sino también todas las formas de vida animal existente. Sólo habían sobrevivido datos muy incompletos de las formas de vida de esa época, mucho menos de los pájaros que de otros animales, a tal extremo que las maravillosas criaturas aéreas que surcaban los vientos del cielo eran parte integrante de mitos más que de la realidad histórica.

El sueño dorado de Souvan, ahora destrozado, había sido encontrar un hombre o una mujer, un ser humano que hubiera sido capaz de arrojar luz sobre el origen de los incendios provocados por las naciones de la tierra para destruirse entre sí. Por todas partes se veían importantes trozos de esqueletos que permanecían intactos, como un cráneo que presentaba un maravilloso trabajo de restauración en la dentadura (Souvan quedó impresionado por la eficiencia técnica de los antiguos), un fémur, un pie, y en un ataúd encontró un brazo momificado, lo que lo sorprendió. Todo esto era fascinante e importante, pero nada si se lo comparaba con las posibilidades inherentes

a su sueño destrozado.

No obstante, Souvan inspeccionó todo con gran cuidado. Condujo por las rumas a sus estudiantes, y no se perdieron nada. Examinaron más de dos mil ataúdes, en los que no encontraron más que el polvo de la muerte y del tiempo.

Pero el sólo hecho de que la instalación hubiera sido construida a tal profundidad sugería que pertenecía a la última parte de la era atómica. Indudablemente los científicos de la época se habrían dado cuenta de la vulnerabilidad de la energía eléctrica cuyo origen no fuera atómico, y a menos que los historiadores estuvieran equivocados, ya se utilizaba la energía atómica para la producción de electricidad. Pero ¿qué clase de energía atómica? ¿Cuánto tiempo podría funcionar? ¿Dónde había estado la planta de energía? ¿Utilizaban el agua como agente refrigerante? En ese caso, la planta de energía estaría en la ribera del lago, ahora convertida en vidrio y lava. Posiblemente no habían llegado a descubrir cómo se construía una unidad atómica autónoma capaz de producir energía por lo menos para cinco mil años. Si bien no habían encontrado una planta así en ninguna de las ruinas, había que considerar que la mayor parte de la civilización antigua había sido destruida por los incendios y por eso sólo habían sobrevivido fragmentos de su cultura.

En ese momento de sus meditaciones fue interrumpido por el alarido proferido por uno de sus estudiantes, cuya tarea era detectar radiaciones.

—Tenemos radiación, señor.

No era extraño en una excavación a bajo nivel, pero muy inusual a esa profundidad.

—¿Cuanto?

—De 003. Muy baja.

—Muy bien —dijo Souvan—. Guíenos, proceda lentamente.

Sólo faltaba examinar un recinto, una especie de laboratorio. ¡Qué extraño cómo los huesos parecían pero sobrevivían la maquinaria y los equipos! Souvan caminaba detrás del detector de radiaciones, y detrás de él todos los otros, desplazándose con gran lentitud.

—Es energía atómica, señor, ahora 007, todavía inofensiva. Creo que ésa es la unidad, la que está en el rincón, señor.

Del rincón se oía un murmullo muy débil. Había una gran unidad sellada conectada por un cable a una caja de unos treinta centímetros cuadrados. La caja, construida de acero inoxidable, en partes todavía brillante, emitía un sonido apenas audible.

Souvan se volvió a uno de sus discípulos.

—Análisis de sonido, por favor.

El estudiante abrió una caja que llevaba, la puso sobre el suelo, ajustó los diales, y leyó los resultados.

—Es un generador —dijo, excitado—. Activado por energía atómica, más bien simple y primitivo, pero increíble. No demasiada energía, pero constante. ¿Cuánto

tiempo ha pasado?

—Tres mil años.

—¿Y la caja?

—Presenta algunos problemas —dijo el estudiante—. Parece que hay una bomba, un sistema de circulación, quizás un compresor. El sistema está funcionando, lo que indicaría que hay refrigeración en alguna parte. Es una unidad sellada, señor.

Souvan tocó la caja. Estaba fría, pero no más fría que los demás objetos metálicos que había en las ruinas. Bien aislado, pensó, maravillándose nuevamente del genio técnico de esos antiguos.

—¿Qué porcentaje —preguntó al estudiante— estima que está dedicado a la maquinaria?

El estudiante volvió a tocar los diales y estudió las agujas de su detector de sonido.

—Es difícil decirlo, señor. Si quiere algo aproximado, yo diría que un ochenta por ciento.

—Así que si contiene un objeto congelado, debe ser muy pequeño, ¿verdad? —preguntó.

Souvan, tratando de que no se notara que le temblaba la voz de ansiedad.

—Muy pequeño, sí señor.

Dos semanas más tarde Souvan habló por televisión. Habló para la gente. Con el final de los grandes incendios atómicos de hacía tres mil años se habían terminado las razas y los idiomas. Las pocas personas que sobrevivieron se juntaron y se casaron entre sí, y de todas las lenguas salió una sola. Con el tiempo se propagaron a los cinco continentes de la tierra. Ahora había medio billón de habitantes. Volvía a haber campos de trigo, huertos y bosques, y peces en el mar. Pero no existía el canto de los pájaros ni el grito de ninguna bestia, porque ni bestias ni pájaros habían sobrevivido.

—Sin embargo, algo sabemos acerca de los pájaros —dijo Souvan, un poco nervioso porque era la primera vez que hablaba por el circuito mundial. Ya les había contado acerca de sus cálculos, la excavación y el hallazgo.

—«No es mucho, desgraciadamente, porque no ha quedado ninguna imagen ni representación de un pájaro. Pero durante nuestras investigaciones hemos tenido la suerte de encontrar algún libro que mencionaba a los pájaros, o un verso, una referencia en una novela. Sabemos que su habitat era el aire, que volaban sobre alas extendidas, no como vuelan nuestros aviones impulsados por sus chorros atómicos, sino como nadan los peces, con belleza y gracia. Sabemos que algunos era pequeños, otros muy grandes, y sabemos también que estaban cubiertos por una pelusa que llamaban plumas. Pero cómo era exactamente un ave o una pluma o un ala, eso no lo sabemos, fuera de la imaginación de nuestros artistas, que tantas veces han imaginado a los pájaros».

—«Bien, en el último cuarto que examinamos en el extraño lugar de resurrección construido por los antiguos en América, en la única célula de refrigeración que

todavía funcionaba, descubrimos una cosita ovoide que creemos que es el huevo de un pájaro. Como saben, existe una disputa entre los naturalistas; algunos sostienen que no es posible que una criatura de sangre caliente se reproduzca por medio de huevos, otros dicen que sí, que es igual que los insectos y los peces, pero esa disputa no ha sido resuelta todavía. Muchos hombres de ciencia de gran reputación creen que el huevo del pájaro era simplemente un símbolo, un símbolo mitológico. Otros sostienen con igual firmeza que los pájaros se reproducían poniendo huevos. Quizá podamos por fin resolver esta disputa».

—«De cualquier modo, hora verán el dibujo de un huevo».

En las cámaras de televisión apareció una cosa pequeña, de una pulgada de largo, y toda la gente de la tierra la miró.

—«He aquí el huevo. Lo hemos sacado de la cámara de refrigeración con el mayor de los cuidados, y ahora está en una incubadora que le hemos construido especialmente. Hemos analizado todos los factores que podrían indicarnos cuál sería el calor adecuado, y ahora que hemos hecho todo lo posible, debemos esperar. No tenemos idea de cuánto tiempo llevará la incubación. La máquina que se usó para congelarlo y mantenerlo fue probablemente la primera de su tipo que se construyó (tal vez la única), y seguramente se planeaba congelar el huevo por un período muy breve, quizá para comprobar la eficacia de la máquina. Sólo podemos tener esperanzas de que, tres mil años después, quede un germen de vida».

Pero Souvan tenía mucho más que esperanzas. El huevo había sido puesto bajo el cuidado de una comisión de naturalistas y biólogos, pero como él había sido su descubridor, Souvan podía estar presente en todo. Ni sus amigos ni su familia lo veían. Vivía en el laboratorio, comía y dormía allí. Las cámaras de televisión, fijadas sobre el minúsculo objeto en la incubadora de vidrio, informaban en la hora de su progreso a todo el mundo. Souvan, junto con la comisión de científicos, no podían apartarse del lugar. El arqueólogo se despertaba y en seguida recorría los silenciosos corredores para ir a mirar el huevo. Cuando dormía, soñaba con el huevo. Observó cientos de dibujos hechos por artistas sobre pájaros, y recordó antiguas leyendas de seres metafísicos llamados ángeles, preguntándose si no habían tenido origen en alguna especie de pájaro.

Él no era el único cuyo interés era fanático. En un mundo sin fronteras, sin guerras ni enfermedades, casi sin odio, no había sucedido nada tan excitante como el descubrimiento del huevo. Millones y millones de personas observaban el huevo en sus televisores. Millones soñaban con lo que podría llegar a convertirse.

Y luego sucedió. A los catorce días Souvan fue despertado por uno de los ayudantes del laboratorio.

—¡Está saliendo del cascarón! —exclamó—. ¡Venga, Souvan, que está saliendo!

Todavía en su ropa de dormir, Souvan corrió al cuarto de la incubadora, donde ya estaban reunidos los naturalistas y los biólogos junto a la máquina. En medio de las voces se oía el ruego de los camarógrafos pidiendo más espacio para la imagen.

Souvan los ignoró, abriéndose paso para ver.

Estaba sucediendo. Ya la cáscara estaba agrietada, y mientras observaba vio un pequeño pico que se abría paso, seguido de una bolita de plumas amarillas. Su primera reacción fue de gran desilusión. ¿Así que éste era un pájaro? ¿Esta minúscula e informe bolita de vida parada sobre dos patas que apenas si podía caminar, y que evidentemente era incapaz de volar? Luego su entrenamiento científico lo hizo razonar asegurándole que el infante no necesariamente se parece al adulto, y que el hecho de que emergiera vida de un antiguo huevo congelado era el milagro más grande que hubiera presenciado.

Ahora se hicieron cargo de todo los naturalistas y los biólogos. Ya habían determinado, recomponiendo todos los fragmentos de información que poseían, y utilizando el ingenio, además, que la dieta de la mayoría de los pájaros debía haber consistido de raíces y de insectos, y ya tenían preparado todas las variaciones posibles de dietas, listos para ver cuál era la mejor para el velloncito amarillo. Trabajaron siguiendo el instinto pero también rezando, y por suerte hallaron una dieta adecuada.

Durante las semanas siguientes el mundo y Souvan observaron la cosa más maravillosa, el crecimiento de un polluelo que llegó a convertirse en un hermoso pájaro cantor. Lo trasladaron de la incubadora a una jaula y luego a otra jaula más grande, y luego un día extendió las alas e hizo el primer intento para volar. Casi medio billón de personas gritaron de alegría, pero nada de esto sabía el pájaro. Cantó, débilmente al principio, luego cada vez con más fuerza. Hizo sus trinos, y el mundo escuchó con más interés que el que prestaba a sus grandes orquestas sinfónicas.

Construyeron una gran jaula de treinta pies de alto, cincuenta de largo y cincuenta de ancho, y colocaron la jaula en el medio de un parque, y el pájaro volaba y cantaba dentro de la jaula como si fuera una veloz bola sonora. Millones de personas iban al parque a ver el pájaro con sus propios ojos. Atravesaban los continentes y los anchos mares. Llegaban de todos los confines de la tierra para ver el pájaro.

Quizás algunos de ellos sintieron que les cambiaba la vida, así como Souvan sintió que su vida había cambiado. Vivía ahora con los sueños y recuerdos de un mundo que había existido, un mundo en el que esos bailarines plumados eran cosa de todos los días, en el que el cielo estaba lleno de sus formas que planeaban, se precipitaban y bailaban. Vivir con ellos debe haber sido un goce sin fin. Verlos desde la puerta de la casa, observarlos, oír sus trinos de la mañana hasta el atardecer debe haber, sido un éxtasis. Iba a menudo al parque (tan a menudo que interfería con su trabajo), se abría paso entre las inmensas muchedumbres hasta que se acercaba y podía ver el rayito de sol que había regresado al mundo desde la inmensidad de los tiempos. Y un día, parado allí, miró la lejanía azul del cielo y supo lo que debía hacer.

Era una figura de fama mundial, así que no le fue difícil que el Consejo le diera audiencia. Parado ante el augusto cuerpo de cien hombres y mujeres que administraban todo lo relacionado con la vida en la tierra, esperó hasta que el

presidente del consejo, un venerable viejo de barba blanca y más de noventa años, le dijo:

—Te escuchamos, Souvan.

Estaba nervioso, intranquilo, pero sabía qué era lo que debía decir y juntó ánimos para decirlo.

—El pájaro debe ser puesto en libertad —dijo Souvan.

Se hizo un silencio que duró varios minutos, hasta que se puso de pie una mujer y le preguntó, no sin amabilidad:

—¿Por qué dices eso, Souvan?

—Quizá porque, sin querer ser egoísta, estoy en condiciones de decir que mi relación con el pájaro es especial. De cualquier manera, ha entrado en mi vida y en mi ser, dándome algo de lo que antes carecía.

—Posiblemente lo mismo nos pase a todos, Souvan.

—Posiblemente, y por eso sabrán lo que siento. El pájaro está con nosotros desde hace más de un año. Los naturalistas con los que he discutido creen que un ser tan pequeño no puede vivir mucho. Vivimos por amor y hermandad. Damos porque recibimos. El pájaro nos ha dado el don más precioso, un nuevo sentido de la maravilla que es la vida. Todo lo que podemos darle en cambio es el cielo azul, para el que fue creado. Es por eso que sugiero que soltemos el pájaro.

Souvan se retiró y los consejeros se pusieron a hablar entre ellos, hasta que al día siguiente anunciaron al mundo su decisión. Iban a soltar el pájaro. La explicación que dieron fueron las palabras de Souvan.

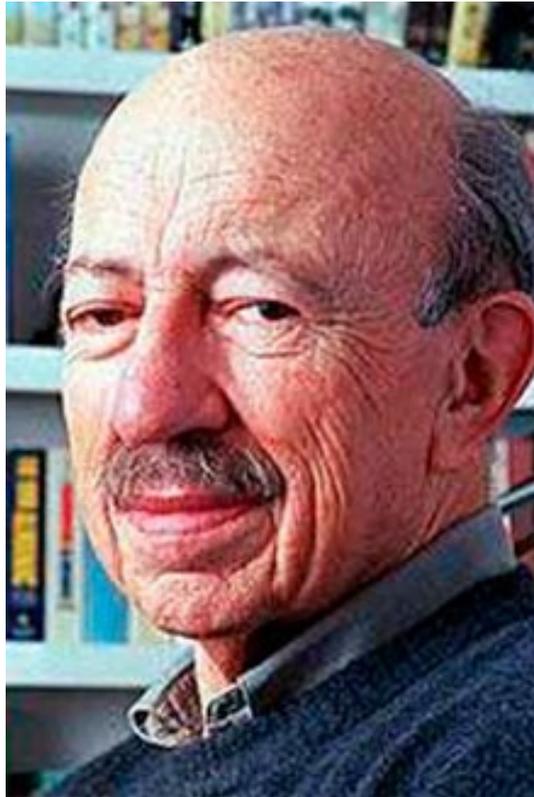
Así llegó un día, no mucho después, en que medio millón de personas se agolparon en las colinas y valles del parque donde estaba la jaula, mientras medio billón más miraba en sus televisores.

Había miles de largavistas enfocados sobre la jaula. Souvan no tenía necesidad de ellos, porque estaba junto a la jaula. Observó cómo corrían el techo de la jaula, y luego observó al pájaro.

Se quedó sobre la percha, cantando con todos sus bríos, mientras un torrente de sonidos brotaba de su pequeña garganta. Luego, de alguna manera, se dio cuenta de la libertad. Voló, primero dentro de la jaula, luego en círculos, elevándose cada vez más alto hasta que sólo fue un aleteo brillante de sol, y luego nada más.

—A lo mejor regresa —dijo alguien que estaba cerca de Souvan.

Extrañamente, el arqueólogo deseó que no fuera así. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero sentía una alegría y una plenitud que nunca había experimentado en su vida.



HOWARD FAST (1914-2003). Es uno de los escritores más prolíficos e interesantes del siglo xx. Comprometido con la sociedad de su tiempo y con los derechos de las minorías, fue perseguido durante el maccarthismo y pasó tres meses en prisión por desacato, amén de ver cómo sus libros eran retirados de las bibliotecas públicas y su nombre aparecía en las famosas «listas negras». *Espartaco*, sin duda la más célebre de sus novelas, fue víctima de esta persecución.

Su defensa de la libertad individual y colectiva se ha expresado de las formas más diversas (artículos periodísticos, obras teatrales, guiones cinematográficos y televisivos, ensayos, relatos), pero destacan en su obra una sesentena de novelas que van de la novela policíaca (a menudo con el seudónimo E. V. Cunningham) a la ciencia ficción. Entre sus más espectaculares éxitos, además de *Espartaco*, se cuentan *Rachel*, su extenso ciclo sobre la familia Lavette (*Los inmigrantes*, *Segunda generación*, *El legado*, *La hija del inmigrante...*) y su impresionante novela histórica *Mis gloriosos hermanos. Judea contra Antíoco IV*. Su obra ha sido traducida a más de ochenta lenguas, de ella se han vendido decenas de millones de copias y ha sido llevada al cine y la televisión en varias ocasiones.